

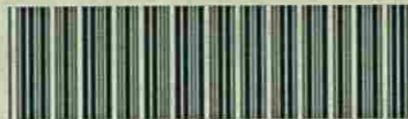
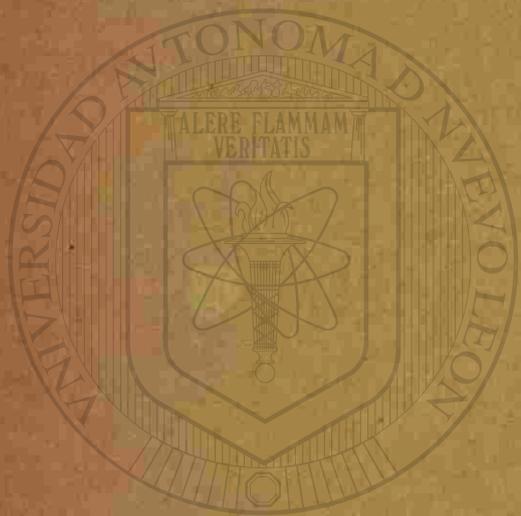
17  
22

NEBALEOS

ROQUE  
Y SEPIAS

175

PC7297  
.C4.222  
C7



1020028189



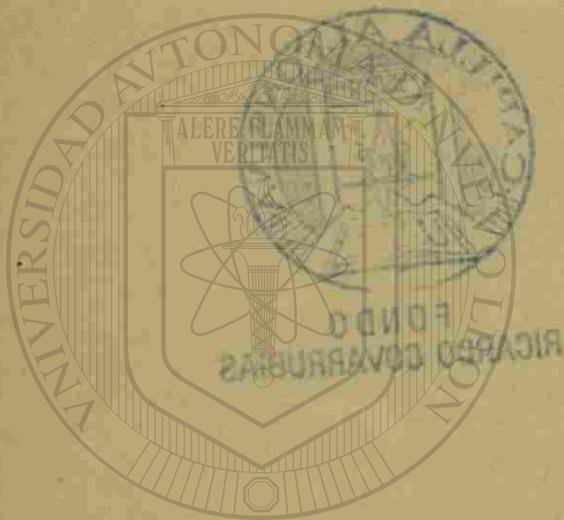
FONDO  
RICARDO COVARRUBIAS

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





Núm. Clas. <sup>ex</sup> CC  
Núm. Autor C 38707  
Núm. Adg. 33247  
Procedencia - 8 -  
Precio \_\_\_\_\_  
Fecha \_\_\_\_\_  
Clasific. *69*  
Catalogo \_\_\_\_\_

CROQUIS Y SEPIAS

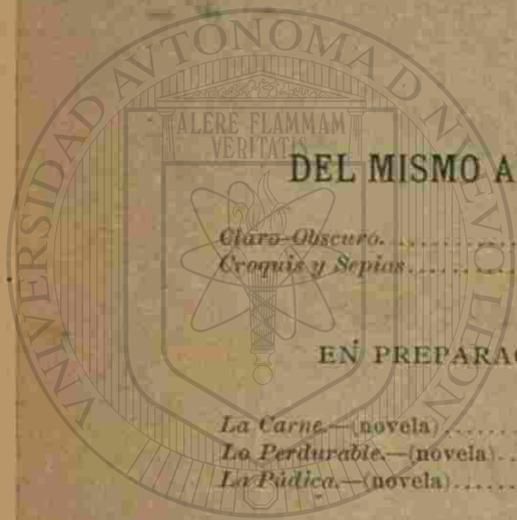
UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

098353

33247

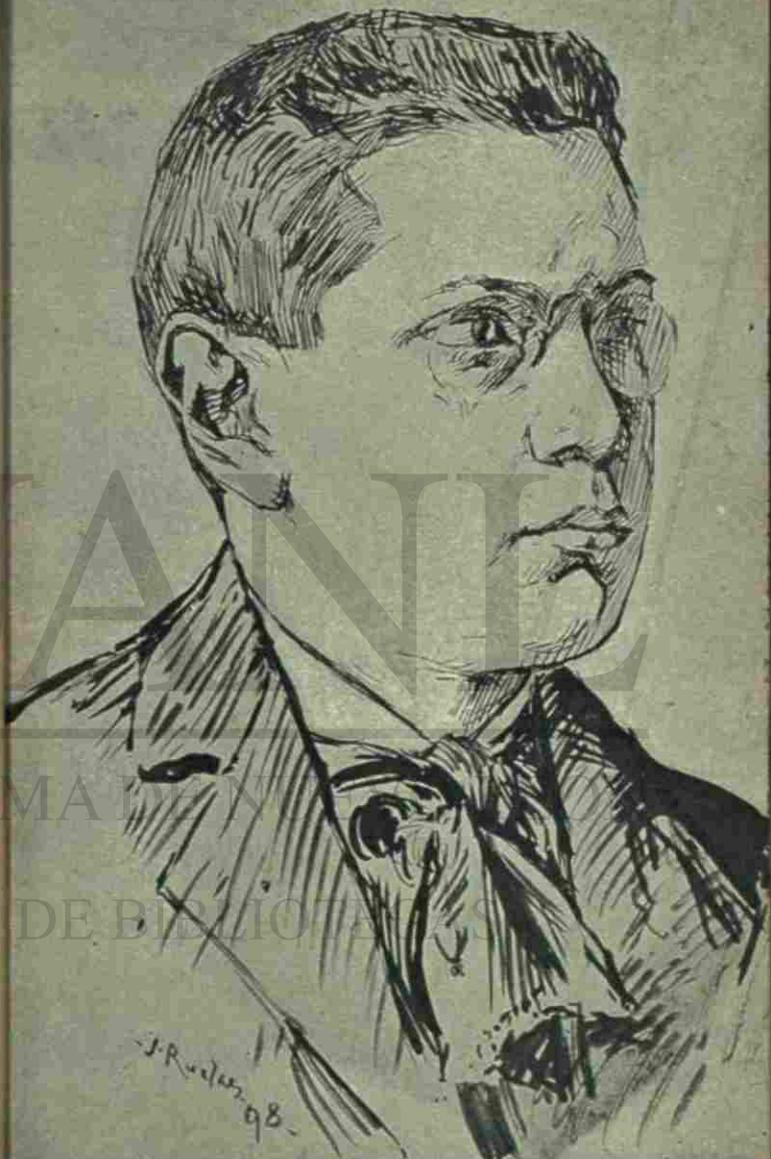


DEL MISMO AUTOR.

*Claro-Oscuro*..... 1 vol.  
*Croquis y Sepius*..... 1 —

EN PREPARACIÓN:

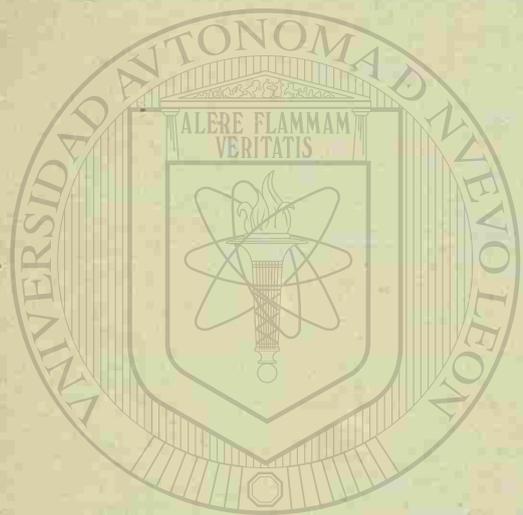
*La Carne*—(novela)..... 1 vol.  
*Lo Perdurable*—(novela)..... 1 —  
*La Púdica*—(novela)..... 1 —



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA Y ARCHIVO

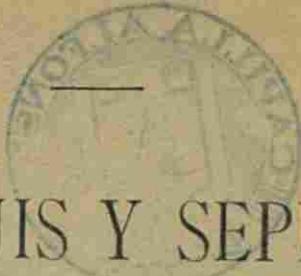
57-288



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

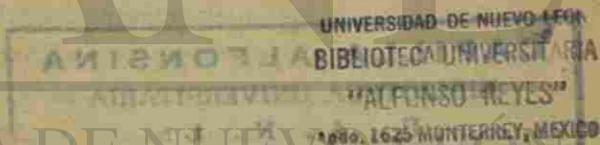
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CIRO B. CEBALLOS.



CROQUIS Y SEPIAS

(RETRATO POR JULIO RUELAS)



MÉXICO  
EDUARDO DUBLÁN, IMPRESOR

CALLEJÓN DE CINCUENTA Y SIETE NUM. 7.

MDCCCXCVIII

1898

33247

863  
C.

PQ7297

C4222

C7



FONDO  
RICARDO COVARRUBIAS

ES PROPIEDAD DEL AUTOR.

**CAPILLA ALFONSINA**  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
U. A. N. L.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
ALFONSO REYES  
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

*Señor Jesús E. Valenzuela.*

*Presente.*

*Poeta:*

*Yo creo, sin prejuicios de linaje mezquino, que dedicar un libro es cosa digna de muy escrupulosa meditación, porque las letras liminares de un volumen nuevo, en nuestro medio literario comunemente transparentan, con singular impudicia, un mercantilismo en que el arte tiene oficios vergonzosos, y la musa, que es generadora, que es sabia, que es ebúrnea, que es invicta, contaminada por los morbosos embrutecimientos de su poseedor, simula inconscientemente, contorsiones y sonrisas de bacante.*

*Escribir en las primeras páginas de un tomo algunas frases simbolizando homenajes á un hombre, como usted, generoso y caballero, es conceptuado, no sólo por los burgueses miopes, sino por los cole-*

gas mismos, como un platonismo digno del más inexperto emporcador de papel.

Y á pesar de eso, aunque á muchos cuadre mal, yo, que tengo inquebrantable fe en un desconocido advenimiento y espero olvidar mis prematuras derrotas triunfando alguna vez por mis propias fuerzas, y por mis fuerzas propias sólo, le ofrezco á usted, que no es filántropo, ni académico fósil, ni ministro de alfeñique, ni intrigante en politiquillas, estas hojas que amo con todas las telas de mi corazón porque integran la eflorescencia pristina de mis sensaciones literarias en la edad juvenil.

A usted dedico esta labor mía:

Porque no ignoro que cuando la fortuna cayó en sus brazos enajenada por frívolos histerismos, se contentó con darle un beso para enviarla después al tálamo de algún desheredado del talento.

Porque como áticamente dijo nuestro mosaicista Tablada, fué la antítesis del Rey Midas, pues si ese fabuloso monarca hacia de la nada oro, usted hizo del oro nada.

Porque supo ser bohemio en este país donde ese simpático nombre se lo adjudican los granujas.

Porque como artista ha logrado abarcar todas las percepciones que llevan á la concepción más

magnífica de la belleza inmortal, y como individuo, ha podido entender el cosmopolitismo en su manifestación más elevada, mostrándose magnánimo en las prosperidades y sereno en el olvido.

Porque es de los míos.

¿Qué mucho que ante la estética mi ofrenda valga poco?

Yo sé que no he tallado gemas vivas, ni trabajado sfligranas, ni lambricado orfebrerías como artífice técnico y viril; se me alcanza sin esfuerzos, que mi tarea, si bien paciente y complicada, perecerá pronto y quedará infecunda, porque no tiene la potencia seminal que para perdurar le fuera necesaria.

Pero, para mi disculpa á ese propósito, arguyo, que si mi juventud, mis profundos respetos por el arte y mi ferciente amor al trabajo, no arraigaran en mi conciencia interna el convencimiento íntimo de que en futuros días podré hacer cosas mejores, rompería mi pluma aunque sufriese después horriblemente; la destruiría, si, como con sus armas debe hacerlo en suerte igual un luchador, que al empuñar brega por sus banderas ya ensangrentadas y rotas, sintiese el ánimo apocado hasta hacerle cobrar heridas por la espalda.

*Barbey d'Aurevilly, el turanio aristócrata, se conformaba con treinta y seis lectores de voluntad; Pascal, daba por buenas sus especulaciones á trueque de dos leyentes, yo, que no soy ni aristócrata ni sabio, pido lo que en mi caso puedo pedir: un ocio-so que me lea.*

*¿Existirá ese amable desconocido?*

*Quiero que usted, buen amigo, acoja benévolo este modesto presente, dispensándole al mismo tiempo la indulgencia que de antemano estoy seguro le van á negar sus censores gratuitos ó justicieros.*

CIRO B. CEBALLOS.

## EL CASO DE PEDRO

A JOSÉ FERREL

Hojeando un libro de Lombroso en la biblioteca de San Agustín, encontre esta epístola que sin duda fué olvidada por un lector distraído.

Mi querido Fabricio:

Después de nuestra larguísima separación y sin haber tenido en toda ella comunicación alguna, es muy posible que te sorprenda un poco recibir estas líneas que acosado por los más horribos remordimientos, he depositado en la estafeta.

Muy pronto harán quince años que al terminar los estudios preparatorios en el colegio de San Ildefonso, la diferencia de nuestras fortunas, hizo inevitable una separación que estoy casi seguro tú has lamentado tanto como yo.

El acaso, arrojó por opuestos rumbos nuestras vidas que amablemente unidas caminaban, y después de un prolongado paréntesis, cuando ya las telarañas del olvido principiaban á inhumar nuestra amistad, la prensa periódica, entre un

*Barbey d'Aurevilly, el turanio aristócrata, se conformaba con treinta y seis lectores de voluntad; Pascal, daba por buenas sus especulaciones á trueque de dos leyentes, yo, que no soy ni aristócrata ni sabio, pido lo que en mi caso puedo pedir: un ocio-so que me lea.*

*¿Existirá ese amable desconocido?*

*Quiero que usted, buen amigo, acoja benévolo este modesto presente, dispensándole al mismo tiempo la indulgencia que de antemano estoy seguro le van á negar sus censores gratuitos ó justicieros.*

CIRO B. CEBALLOS.

## EL CASO DE PEDRO

A JOSÉ FERREL

Hojeando un libro de Lombroso en la biblioteca de San Agustín, encontre esta epístola que sin duda fué olvidada por un lector distraído.

Mi querido Fabricio:

Después de nuestra larguísima separación y sin haber tenido en toda ella comunicación alguna, es muy posible que te sorprenda un poco recibir estas líneas que acosado por los más horribos remordimientos, he depositado en la estafeta.

Muy pronto harán quince años que al terminar los estudios preparatorios en el colegio de San Ildefonso, la diferencia de nuestras fortunas, hizo inevitable una separación que estoy casi seguro tú has lamentado tanto como yo.

El acaso, arrojó por opuestos rumbos nuestras vidas que amablemente unidas caminaban, y después de un prolongado paréntesis, cuando ya las telarañas del olvido principiaban á inhumar nuestra amistad, la prensa periódica, entre un

aluvión de palabras laudatorias, me informó de que habías obtenido el título de abogado.

Desde entonces, seguí paso á paso, todas las etapas de tu gloriosa carrera, adivinando tus desalientos y sintiéndome orgulloso con tus triunfos.

Hoy, ya eres un notable jurisperito, has llegado á la magistratura, sin adular á los ministros, por la vía legal, por la ruta más difícil, esa en la que sólo pueden avanzar los que poseen energías y talentos no vulgares.

La riqueza, la frívola, arrojó á tus pies sus lingotes de oro y vives dichoso en la compañía de una interesante mujer, viendo florecer tu sangre en los hijos á quienes amas con tan singular ternura.

¡Eres feliz!

¡Amor, opulencias, triunfos, felicidad... lo tienes todo!

¡Ojalá y yo pudiese decir otro tanto en lo que concierne á mi persona!

La suerte, ó cómo nombrar quieras, á esa fuerza omnipotente que hace á las criaturas afortunadas ó infelices, ha sido conmigo muy malvada: según sabes, mi padre era un rico agricultor, y su cónyugue, una dama linajuda, arruinada por la revolución. Yo fui la consecuencia de un devaneo juvenil, el intruso, el bastardo, el espurio á quien la madre postiza aborreció siempre por suponerlo un obstáculo para hacer efectivos los

derechos de su vástago al capital del marido. Soy caviloso, é imagino, arrancando mi suposición de muchas observaciones astutas que, la mujer que me asiló en su materno claustro, no era muy virtuosa, también estoy persuadido de que mi engendrador me despreció siempre, porque sospechaba con buenas ó malas razones, que yo no era hijo suyo, sino de cierto oficial imperialista á quien mató en desafío por rivalidades amorosas y políticas intrigas.

Mi hermano era tres años menor que yo.

Desde pequeñuelo, fué acostumbrado por sus progenitores á mirarme con ese provocativo desdén que es tan de las gentes tontas con aquellos á quienes suponen sus inferiores, por la cuna, por la inteligencia, ó por el dinero. En la niñez, entretenían mis ocios los juguetes que él despreciaba por inservibles, fui algo peor que su sirviente, me golpeaba en sus horas de murria, imponíame la obligación de divertírle como si fuese un payaso de circo, y si por mi desgracia llegaba á fastidiarle mi presencia, repetía al aplicarme un puntapié en el tafanario:

—¡Lárgate... esta no es tu casa!

¡Aquellas palabras!

¡Sonaban estridentes y crueles en las pláticas de familia, en la alcoba, cuando mi padre disputaba, en la boca de los marmitones de cocina... por doquiera.

Taladraban mis oídos al tono de todas las voces, eran como diabólico ritornelo de no sé qué injuriosa sinfonía ensayada á la gama de sus notas más procaces.

Muerto mi padre, como de esperarse era, otorgó testamento á favor de Renato, haciéndome, por medio de esa disposición, la víctima inocente de un inicu despojo. Sucedió entonces, que acabado de ocurrir el trágico suceso, hallándose fresca todavía la sepultura del difunto, fui expulsado de la casa paterna, y sólo debido á la piedad de un filántropo, disfruté de la pensión que (para fomento de los estudios que por esas fechas inicié) me asignó el gobierno de la República. Después de sufrir con paciencia todas las contrariedades que van aparejadas siempre á una carrera emprendida en tales circunstancias, concluí mis asignaturas en la escuela de medicina, y tan deseoso de tranquilidad como hastiado de la vida ciudadana, vine á radicarme á esta aldehuela. Mis ambiciones exigían muy poco: un modesto hogar, la compañía de los libros, y paz, tranquilidad, apartamiento. Soy un tanto salvaje y por eso las cortesías sociales y los metropolitanos clamoreos me han sido siempre insoportables. Ya aclimatado aquí, tuve noticia de que en una magnífica posesión de las cercanías, acostumbraban pasar los veranos, Renato, y la que lleva tocas de viuda por el que causante de

mi vida fué. Al principio, la vecindad de mis amigos (cuatro millas) me alarmó grandemente; pero después de reflexionar con madurez, comprendí que ningún empeño podrían tener en dañarme, porque todos los planes que en mi perjuicio urdieron, estaban realizados ya en completo acuerdo con sus propósitos. Yo vegetaba dichoso en mi retiro. Soy el único cirujano del lugar, y los burdos habitantes me estiman tanto como al párroco, porque curo á sus enfermos sin explotarles inicuamente como hacía mi antecesor, y también, porque sin alardear de una hipócrita filantropía, protejo á los desvalidos hasta donde mis posibles consentirlo pueden.

Presintiendo que la tristeza y los fastidios, que por lo común se adhieren á las almas solitarias, podrían fácilmente apoderarse de mi espíritu, resolví, no obstante las desconfianzas que me asaltaban, buscar esposa y matrimoniarme incontinenti. Mi enlace se verificó hace aproximadamente un año. La mujer que elegí por compañera es de origen humildísimo y de una rara hermosura. Me enamoré de ella con esa ardencia de los corazones sensitivos, para los que una afección tierna, de cualquier linaje que ella sea, es como una imprescindible necesidad del organismo. La elevé hacia mí, perfeccioné sus cualidades buenas y corregí sus defectos; de la zafia lugareña supe hacer una dama de aceptable

cultura, la cuidé con tierna solicitud, y cuando más orgulloso me sentía de mi obra, en la época en que esperaba su gratitud como un premio á tan improbables afanes, todas mis esperanzas se derrumbaron ante una liviandad trivial, necia y sin poesía, como las de todas las mujeres que se pierden por un capricho de la carne . . . . .

Si, querido Fabricio, ella me ha engañado con el hombre á quien más implacablemente aborrecí, olvidando la deuda conmigo contraída, arrojando el sarcasmo y la burla sobre mi frente, no maculada aún por vergüenzas ó miserias.

Pero . . . . . no obstante su perversión, á pesar de su delito y de todo, aunque me creas cobarde, yo la amo hoy como el día en que por primera vez la poseí, y la respeto, y no me impele hacia ella ningún ensañamiento vil.

Me explicaré sin precipitar sucesos que sólo harían incoherente lo que relatando estoy.

Una noche, dormitaba yo intranquilo á causa de un ligero insomnio, y en su periodo más inquieto, fué interrumpido mi letargo por varios golpes que con extraña brutalidad daba un hombre á la puerta de mi casa, á la vez que gritaba:

—¡Pronto! . . . el médico!

Sali. Afuera esperaba un joven labrador y casi á fuerza me obligó á cabalgar sobre una acémila.

—¿Qué ocurre? . . . . .

—¡El niño Renato se muere!

Yo temblé. Creyérase que mis venas se convertían en alambres encandescidos al rojo blanco, de tal modo torturaban mi cuerpo, de tal modo se arrollaban en espirales atormentando mis vísceras más nobles . . . . .

—¿Qué dices, muchacho?

—Se está muriendo.

Y sin añadir una sílaba más, espoleó á su bestia obligándome á imitarle.

Emprendimos la carrera. Era una noche admirable. El dombo celeste parecía agujereado por los astros. En los derruidos bardales de los huertos, chorreaban guías enfloradas de mosquetas, bugambilias y campánulas, el aire, fresco, é impregnado en la esencia penetrante de los pomares en flor, azotaba mi rostro calenturiento, y tras los montes, que como ámpulas accidentaban el terreno, ladraban los perros campiranos, confundiendo sus voces de harpía con el bronco bramido de los árboles que cabeceaban lentamente . . . . .

En menos de cincuenta minutos llegamos frente á una mansión campestre, de aspecto señorial, y momentos después, estaba yo á la cabecera de mi hermano á quien un ataque de apoplejía amenazaba exterminar. Aunque el deseo de venganza me aconsejaba dejarle morir, cumplí con mi deber y apurando todos los recursos

de la ciencia logré triunfar con prontitud del accidente.

Cuando me despedía, Doña Arabela, al poner en mis manos unos billetes de banco, exclamó emocionada:

— Señor, gracias, muchas gracias.

Hice un saludo y me escapé sin aceptar su dinero.

Transcurrida una semana después de ocurrido el lance, un día canicular, regresaba á mi domicilio fatigado por la temperatura ó el trabajo, y á mi llegada, el criado que acudió al portón, señalando los vitrales de la sala de consultas, dijome:

— Está un caballero.

Sin apresurarme, imaginando que el visitante sería algún paciente posma, entré al saloncillo, y mi sorpresa fué indescriptible al ver allí á Renato que se arrojaba á mis brazos pidiendo perdón.

— ¡Te debo la vida!

Ante la explosión de aquel arrepentimiento olvidé los insultos pasados correspondiendo con franqueza á las demostraciones afectuosas de que era objeto.

Ya efectuada nuestra reconciliación, con grave solemnidad y agradablemente complacido, presenté al huésped con Teodora.

— Mi mujer.

— Mi hermano.

— Servidora . . . .

Fué todo. Luego, estando solos ya, Renato hizo calurosos elogios de mi compañera, felicitándome por la elección. Desde ese día sus visitas fueron más frecuentes é íntimas de lo que las conveniencias debieran permitir: se insinuaba con Teodora poniendo en juego las mil artimañas del hombre corrido; supo deslumbrarla sin trabajo, y logró seducirla por completo, usando de todos los refinamientos y argucias á que sus licenciosas costumbres lo habituaron desde muy temprano. Era clínico. Gastaba con la víctima epigramas y confidencias atrevidas, violentaba su imaginación obsequiándole libros malos, y flores, y perfumes, y bombones. . . . y diamantes! Ella inconsciente y halagada en su vanidad femenina, cedía á las peligrosas solicitudes y acogía jubilosamente los homenajes, permitiendo ser cortejada porque no reflexionaba en su atolondramiento, que obrando así, vulneraba sus deberes á la vez que me apocaba indignamente á mí.

Al llegar el momento en que yo alcancé á comprender la responsabilidad que el honor civil imputaba á mi tolerancia, el mal había cundido hasta lo irremediable. . . . Ya estaba perdido burlado. . . avergonzado. . . . deshonorado. . . !

Las lepras son así. Cuando los cauterios no las quemán á su primera manifestación, crecen, se multiplican y lo invaden todo.

¡La rosa purpurea del adulterio, abría en mi hogar su cáliz, como un incensario cargado con mirras venenosas!

Tuve sospechas, que muy pronto fueron convertidas en pruebas inconcusas, y muchas certidumbres, muchas, más de las que me hacían falta para ser celoso.

Como los maridos melodramáticos me han chocado siempre, por brutales y ridículos, procuré no parecerme en nada á ellos.

Otello, en nuestras sociedades degeneradas, es un grotesco anaeronismo.

Los hábitos de la vida moderna, complicada y vertiginosa, nos han hecho escépticos, y á todo trance alardeamos de un convencional pesimismo.

Cristalizamos todas nuestras sensaciones.

Espiamos los estremecimientos interiores creando en torno nuestro un medio artificial que nos mata y nos enerva.

Yo pensaba: Si Renato me hurtó la alegría cuando niño, si me hurtó la fortuna siendo joven, si me hurtó la tranquilidad y el amor en la edad viril, si fué el obstáculo que obstruccionó los oficios que el sino me marcó en la terrestre brega, si fué la nube que obscureció las estrellas que me guiaban, si fué el soplo que apagó las lámparas de mis sagrarios... debía perecer!

Exterminándolo, hacía valer un fuero natural y augusto.

Aunque atrevida, la empresa no era impracticable para mí.

Acaricié muchos días aquel pensamiento, que como gusano de sepultura rodaba por los vórtices de mi mente.

Desoí los anatemas de mi conciencia sublevada.

Apliqué todas las rebeliones de la moral escrupulosa, y con una arteria de matoide, esperé la ocasión propicia para consumir mi delito.

No aguardé mucho tiempo.

Una noche tempestuosa, Renato, pretextando que á causa de los torrenciales aguaceros que caían le era imposible marcharse por estar los caminos intransitables, decidió aceptar albergue en mi hogar hasta que despuntara el alba nueva.

Su proposición me produjo un desfallecimiento.

No tenía remedio: la casualidad se ponía de mi parte, me retaba, venía todas las dificultades para imponerme la horrenda disyuntiva: bueno ó malo, virtuoso ó perverso, oprimido ó vengador!

Fuí á mi laboratorio, y allí, entre cuchillos quirúrgicos, libros patológicos y redomillas de farmacia, pensé en la manera de matarlo, sin que resultasen huellas que pudieran después delatarme.

Contemplé mis bisturís.

Maquinalmente probé sus filos en la punta de mis dedos, y asegurado de su temple, volví á colocarlos en el estuche de terciopelo.

No me convenía herir con arma blanca.

La sangre mancha.

Acusa:

Abri el botiquín. Los frascos, á medio llenar, dormían militarmente alineados en sus cojines acolchados, exhibiendo los líquidos como un muestrario de colores.

¡Siniestra policromía!

Las letras alemanas, impresas sobre los membretes recortados á manera de heráldicos blasones, se contorsionaban frente á mi vista, anublada por el miedo, y mis manos se paseaban, lo mismo que tarántulas, sobre los cilindros de cristal... sin atreverse á elegir alguno!

¡Qué momento aquel!

Yo cavilaba:

—¿Si no tengo inclinaciones ni temperamento criminal, por qué me afano en cometer una acción tan punible?... Comúnmente las mujeres delinquen por estupidez y los hombres por malignidad: si pues, esas debilidades son por igual manera adherentes á los sexos, la delincuencia, considerada como una resultante de lo anormal, es irresponsable y por ende acreedora á la disculpa: no seré cruel, no seré vengativo,

olvidaré mi afrenta, tendré mucha, una infinita misericordia para la extraviada, y luego, seremos felices... ¿si no tolerásemos de buena voluntad todas las faltas ajenas, podríamos tener derecho á perdonarnos las propias?... Ser bueno es beatitud ó heroísmo; pero ser malo es imbecilidad: la perversión es absurda porque brota en la confluencia de las corrientes viciosas...

Interrumpió mis pensamientos un rumor comparable al que produciría un velo que se rasga: rechinó la puerta denunciando una lucha sigilosa, luego, en lo más denso de la sombra, estalló un beso apasionado: entonces, sin vacilar, extraje un minúsculo frasco, y al amarillento fulgor de la lámpara veladora lei el rótulo: acónito.

Me convenía esa droga.

Procuré oír de nuevo rumor de palabras ó frote de bocas.

Nada; un silencio exasperante, una calma interrumpida sólo por algún ratoncillo que trasegaba en los cajones del viejo pupitre...

Mi impaciencia crecía por minutos. Necesitaba confirmar mis sospechas hasta lo abrumador; deseaba, si, lo deseaba, que una vez más el escarabajo de la concupiscencia prendiera sus ásperas antenas en aquellos labios emponzoñados por la traición.

Me presenté en el comedor oprimiendo el fras-

co con la diestra: ellos parloteaban como pájaros, hablaban del último suceso escandaloso con indignación propia de personas honradas: se trataba de un matrimonio desavenido: un caso simple: el marido, miembro de un casino elegante, encontraba a su mujer fornicando con su mejor amigo: palabras insultantes, tarjetas que se cambian, un reto en la alcoba profanada, y dos infelices, que no teniendo honra, pretendían batirse por ella.

Reí á carcajadas.

Los burladores, en su erótico arrobó, eran incapaces de comprender mi estado de alma.

¿Qué era yo para Renato?

Un sér inferior, modesto, trabajador, humilde... un tacaño que caía en el lirismo de ser honrado.

¿Qué era yo para Teodora?

Un marido bueno, un pobre hombre que siempre procuró satisfacer sus frivolidades, un señor de levita negra y sombrero de seda, que en las veladas devoraba libros, y de día galopaba con su estuche de cirujano bajo el brazo, introduciéndose en las casas donde se llora, sonriendo siempre, ó bien, caminando meditabundo al lado de un cleriguillo de mirada aviesa...

Obré con ligereza y sin temores: fué muy fácil.

Una argentina carcajada de Teodora cele-

brando cualquier impúdico madrigal de mi hermano... un vaso de oporto llenado por mí...

Cuatro horas más tarde, mi enemigo, lívido y convulso, quejándose de agudos dolores, una fiebre violentísima, y luego, nuestra señora la muerte, esa madona de los desamparados, proyectando la sombra de sus alas sobre el lecho de mi oprobio: el epílogo de una vida feneciendo en la frontera de la luz: Renato, metamorfoseado de improviso en una porción de materia pronta á la fermentación de lo que hiede... muerto... muerto... y nosotros... los culpables... vivos... para torturar nuestras existencias con el peso de su cadáver...!

¡Oh, sí!

Para torturar nuestras existencias con el peso de su cadáver... vivos... vivos... vivos...!

Ya al trote de la pluma lo he referido todo, ya he saciado mi alma pervertida, en la tuya impecable, para desahogar mis preocupaciones; ya ningún peligro me espanta ni me agobia alguna duda, porque tu consejo sabio y sincero va á llegar muy pronto.

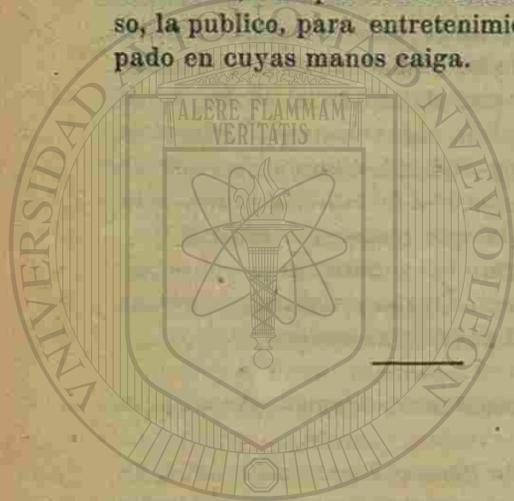
Debo presentarme á los tribunales? ...

Confesar? ...

Lo que tú resuelvas, será.

PEDRO.

Como arriba dije, la transcrita carta fué hallada por mí entre las páginas del famoso autor cuyo nombre mencioné, y sin garantizar su autenticidad, sino por considerarla un papel curioso, la publico, para entretenimiento del desocupado en cuyas manos caiga.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

## UN CRIMEN RARO.

A JESÚS URUETA.

A la hora de la siesta, punzaba el sol con sus ardientes púas el escueto patio del Palacio de justicia, y una andrajosa muchedumbre se atumultaba á las puertas del segundo salón pugnando inútilmente por franquearlas.

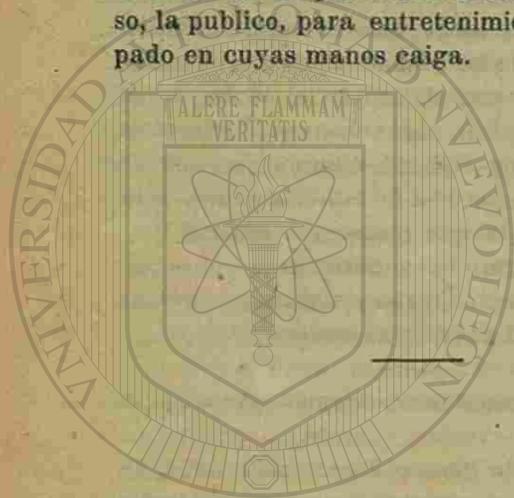
En el interior, estaban los bancos de madera repletos de plebe, y sobre la plataforma de los debates, los ciudadanos constituidos en tribunal popular, bostezaban sobre sus desvencijadas poltronas como aletargados por el aburrimiento.

En el banquito del acusado, descansaba un hombre joven aún, y hermoso, á pesar de la espectral demacración de su semblante.

Su amplia frente, de un tísico blancor y señalada por arrugas prematuras, semejaba un mármol, rubricado por las nervaturas de las vetas.

Tenia la cabellera encrespada y totalmente blanca, una verdadera maraña de lino, verdes los ojos, aristocráticas las facciones, y la barba,

Como arriba dije, la transcrita carta fué hallada por mí entre las páginas del famoso autor cuyo nombre mencioné, y sin garantizar su autenticidad, sino por considerarla un papel curioso, la publico, para entretenimiento del desocupado en cuyas manos caiga.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

## UN CRIMEN RARO.

A JESÚS URUETA.

A la hora de la siesta, punzaba el sol con sus ardientes púas el escueto patio del Palacio de justicia, y una andrajosa muchedumbre se atumtaba á las puertas del segundo salón pugnando inútilmente por franquearlas.

En el interior, estaban los bancos de madera repletos de plebe, y sobre la plataforma de los debates, los ciudadanos constituidos en tribunal popular, bostezaban sobre sus desvencijadas poltronas como aletargados por el aburrimiento.

En el banquito del acusado, descansaba un hombre joven aún, y hermoso, á pesar de la espectral demacración de su semblante.

Su amplia frente, de un tísico blancor y señalada por arrugas prematuras, semejaba un mármol, rubricado por las nervaturas de las vetas.

Tenia la cabellera encrespada y totalmente blanca, una verdadera maraña de lino, verdes los ojos, aristocráticas las facciones, y la barba,

mosaica y muy larga . . . . desmesuradamente larga . . . . fabulosamente larga!

Cumplidas las fórmulas de ley, el presidente de la audiencia, dijo al procesado:

—Póngase usted de pie.

La lividez del presunto delincuente se acentuó hasta adquirir transparencias de porcelana.

Entorvecióse el peludo ceño del funcionario y clavando en el hombre su persistente mirada de cuervo:

—Consta en autos, que la occisa era una buena mujer y nunca tuvo usted motivo alguno de queja contra su comportamiento en todo el tiempo en que por mutuo acuerdo hicieron vida marital; consta también, que trabajaba para ayudar en el combate por la existencia al que por compañero había elegido; consta igualmente, que era amorosa en el hogar y cumplió con admirable humildad todas las obligaciones que había contraído en tan siniestro abarragamiento . . . .

¿Por qué, pues, la asesinó usted de una manera tan vil, tan alevosa y tan villana . . . . ?

—¡La maté . . . . porque de noche . . . . de noche . . . . me daba miedo!

—Refiera usted con todos sus detalles las circunstancias en que perpetró el delito y las causas que á determinarlo concurrieron.

—Es un caso estupendo, inverosímil . . . .

—Relátelo usted con brevedad.

Las felinas pupilas del hombre, echaron brillanzas de carbunco, hizo una mueca de maniático, y luego, con trémulo acento, habló:

—Yo soy muy nervioso, increíblemente nervioso, también soy muy cobarde, ignominiosamente cobarde, los delirios de persecución desde la más tierna infancia fueron mi tormento. Quedé huérfano en la adolescencia, y aunque de mí soy perezoso, á pesar de que la indigencia me imponía el deber de elegir una ocupación que rindiera ventajas prácticas, estudié medicina; especulé frente á los libros de texto con tenacidad de sabio, engolfándome con entusiasmo febril en esa ciencia tan laboriosa y tan difícil. Quería ser un notable científico. Combatir con la muerte. Disputarle sus presas. Vencerla siempre. Avergonzarla siempre. Humillarla siempre. Mis maestros se escandalizaban: yo estudiaba con más tesón que ninguno de mis condiscípulos, en el examen teórico los eclipsaba á todos, pero en la práctica junto al cadáver, frente á esos cuerpos míseros de los que perecen en los lechos baldíos de la conmiseración pública, en los anfiteatros, al borde de las planchas sanguinolentas, temblaba yo como un estrangulado, se erizaba el vello de mi epidermis, mis poros se abrían despidiendo sudores, un terror indescriptible se adueñaba de mi ánimo y los instrumentos quirúrgicos eran inútiles chismes en mis manos . . . .

La sangre humeante ó coagulada, me llena el alma de pavor, las vísceras muertas me provocan náuseas, las bocas purpuradas por hemorragias me horripilan, y los ojos vidriados de los difuntos, buscan mi retina y la persiguen á la luz y á la sombra.

Abandoné los estudios por consejo de mis profesores, y después de muy serias meditaciones, decidí buscar trabajo de cualquier índole que fuese: hortera, aprendiz, operario, ladronzuelo, ó sacristán: me era todo indiferente. Después de improbos empeños, logré que me aceptara como ayudante suyo, un anciano que retrataba á los presos de la cárcel y á los cadáveres de los que sucumben en los hospitales. La pitanza era exigua é insignificantes las labores, pues mi única ocupación consistía en preparar la cámara del retratista y luego tomar copias de las películas negativas. . . . copias. . . . de los muertos. . . . de los ajusticiados. . . . de los suicidas. . . . de los ahogados. . . . de los traperos contagiados. . . . musculaturas éticas, amarillentas, pestilenciosas, labios convertidos en habitáculo de larvas, manos crispadas, pies deformes y hediondas, con uñas torcidas y cubiertas de mugre y pelo. . . . mal oficio, oficio de galeote ó de verdugo, pero no de una persona honrada!

Mis nerviosidades crecieron gradualmente hasta adquirir tamaños espeluznantes.

De noche no podía conciliar el sueño porque veía revolar en torno de mi lecho cabezas degolladas que reían sarcásticamente exhibiendo los aros formidables de sus dentaduras. . . .

Me di á las bárajás, al burdel y á la embriaguez con furia de loco, fui crapuloso desenfrenado, borracho consuetudinario é impenitente tatur; y las bacantes, el juego y el alcohol, antes que consuelos produjeron en mi organismo efectos desastrosos.

Las visiones aumentaron en horribilidad hasta elevar mis terrores á la última potencia.

MI SALUD SE QUEBRANTÓ LAMENTABLEMENTE.

La idea de morir fué el torturante y obsesor verdugo de mis días.

¡Aquello no era vida!

Busqué entonces un consuelo en la morfina. . . . y lo mismo. . . . en el opio. . . . y lo mismo. . . . lo mismo siempre!!

Después de las depresiones interiores que se sucedían al embrutecimiento de la enajenación, me sobrevenían torvos desfallecimientos y convulsiones nerviosas, que daban con mi cuerpo en tierra como si estuviese atacado de epilepsia.

Estaba irremisiblemente perdido: caí enfermo: un ataque de parálisis me tumbó en la cama, y por la primera vez en toda mi existencia me vi obligado á esperar la sombra en mi tugurio.

¡Horrenda noche!

Las palpitations de mi corazón eran brutales: ante mi vista, entre las ardorosas y exasperadas tintas del crepúsculo, veía bailar frenética rondalla á no sé qué tropa de figuras como trasgos; recuerdo que mis molares rechinaban á impulsos del pavor, hasta desportillarse en los perfiles ó triturarse por completo. . . . !

Ya aliviado, salí á la calle con el exclusivo propósito de procurarme una concubina, pues sentía mi ánimo abatido por completo, y barruntaba que ya nunca podría dormir solo con la placidez que para repararse necesitaba mi cuerpo esquelético.

La encontré muy pronto, y creí, al contemplarla, que el destino se mostraba propicio conmigo por primera vez.

Violante, parecía formada de espumas: tan blanca así era: tenía los ojos negros cual flores de histeria, manos de walkiria y formas de carnaciones atenuadas por sabias y harmónicas flacuras.

A mí me gustan las mujeres flacas.

La emoción plástica de la belleza se produce en mis sentidos con más intensidad frente á un músculo energético que ante una curva exúbera y de encarnadinos tonos: amo los perfiles á líneas rectas, de cariátide, por su soberana rigidez y porque conjuran en mi visionaria fantasía todas las leyendas que condensan las monedas

arcaicas en sus bustos alisados por el frote de profanos dedos.

Nuestra primera velada se pasó agradablemente, entre un libro de Swinburne y el sabroso picor de una charla mundana, salpicada con un buen frasco de *gin* cabezudo.

Yo me sentía dichoso, suponiendo, en mi infantil candidez, que ya nunca más me atormentarían los terrores nocturnos.

Pocos días transcurridos la realidad se encargó de persuadirme de lo contrario, con una crueldad incomparable.

Cierta ocasión, un rumor insólito me hizo despertar sobresaltado, y al tocar de un modo maquinaal el lácteo cuerpo de Violante, noté que se enfriaba, se enfriaba á un grado tal, que hubo momentos en que creí estrechar una estatua de hielo.

Al siguiente día le manifesté sin reserva mis temores.

Me escuchó atentamente, y cuando acabé de hablar se echó á reír, llamándome cobarde.

Después, tomó el libro del diabólico bardo sajón y se puso á recitar con voz pausada la *María Estuardo*.

Yo temblaba pensando en el suicidio de Percy y en la ejecución del noble Howard.

No sé por qué adiviné muchas similitudes entre la reina de Escocia y mi querida . . . . y tuve miedo . . . un miedo sin nombre . . . un miedo

de villano . . . un miedo de imbécil . . . un miedo de loco!

Llegó la noche: proveíme de una estufa de invierno y la llené de troncos, cargué con petróleo cuatro grandes lámparas, que encendí yo mismo, y así, con una temperatura abrasadora é iluminado mi aposento, me acosté, abrazando brutalmente á mi mujer!

Cerca de las doce las luces se apagaron de repente, los tizones dejaron de arder y crepitar en las parrillas . . . y Violante se helaba . . . se helaba . . . como un témpano . . . creo que aquella ocasión me desmayé, pues mis recuerdos en ese punto son muy vagos: lo que sí no olvido es que como esa noche se sucedieron otras muchas . . .

Yo deseaba separarme de esa sirena, y no podía lograrlo porque ejercía sobre mis potencias una fascinación poderosa y exclusiva: se había unimismado su temperamento al mío de una manera fantástica, la amaba, sí, extravagantemente, con una afección metafísica y de un singular espiritualismo . . .

Luego, poco á poco, sin causas legítimas y sólo debido á los efectos de un fenómeno psíquico, impenetrable al análisis, mi cariño á la barragana principió á modificarse de una manera radical, y lo que antes era anhelo insaciable de ternuras, se convirtió en inagotable manantial de odios: la aborrecía con inconsciencias de cre-

tino: su persona me excitaba, provocando mis cóleras más bestiales: llegué á abominarla como al enemigo más irreconciliable, sin duda porque los deleites que me daba eran agrios y dejaban en mí sér, después de los espasmos, un repugnante amargor . . . un capitoso perfume!

Pensé en matarla, y la criminosa idea se asoció á mi vida tan arraigadamente, hasta llegar á parecerme esa maldad una cosa perfectamente lícita y hacendera: me procuré un puñal, una gran daga del siglo XVII que me proporcionó á vil precio un rabino comerciante en antiguallas: poseedor ya de esa arma, la oculté mañosamente entre las sábanas, esperando consumir mi falta en los instantes en que Violante principiase á dormir. Por primera vez en todos mis días aguardaba la sombra sin sentirme acometido de pavuras: no me preocuparon los leños de la chimenea ni la parafina de los quinqués: abrevié la plática que de ordinario seguía á nuestro ágape de bohemios y con una impudente brusquedad invité á la ninfa al tálamo . . . me obedeció sin vacilar . . . transcurrieron tres horas, que me parecieron tres años: oía yo el latir del reloj como la palpitación de un corazón vivo aprisionado en caja de metal . . . las doce! . . . mi hembra dormía como una marmota . . . vencí el miedo sin saber cómo . . . me levanté para avi-

var la luz... necesitaba claridad de sol en el instante de mi crimen....!

Volví á la cama.... desenvainé!.... la hoja estaba muy fría, y en su espejeante pulimento tremolaban cerúleas flamillas.... afiancé el instrumento por el mango.... y herí.... herí.... herí.... con toda la ceguedad de los cobardes....

Violante se incorporó, procurando con los brazos impedir la maniobra que yo emprendía, sus grandes ojos se abillantaron siniestramente, y en sus labios contraídos por el espanto ví una contracción, que me hizo adivinar que ella se quejaba ó me maldecía como maldicen los moribundos.

¡Cerré los ojos!

¡Y á ciegas continué mi obra.... herí....

Entonces ocurrió algo espantoso.

Unas manos crispadas me estrangulaban: abrí los párpados y vi á la impura, metamorfoseada en un armazón de huesos.... era un esqueleto que peleaba conmigo pugnando por aborcar me.... era la Muerte....!

Yo arrojaba cuchilladas al aire, y las manos descarnadas de Violantese hundían como un guante de hierro en las carnes de mi cuello, dejando allí su huella!

Al fin vencí, y la mujer rodó al entarimado,

produciendo al caer sus fémures y vértebras un ruido seco y raro....

Entonces, yo, con los cabellos erizados y delirando como un demente, emprendí la fuga, hasta ser aprehendido por el agente de seguridad que me llevó á la cárcel.

Esa es mi historia: no crea su señoría que me burlo del tribunal, no, señor juez, así ocurrió aquello, que, se me castigue severamente, anhelo la expiación.... quisiera morir.... yo amaba á Violante!

Terminados los debates, que fueron reñidísimos, entraron los jurados á la sala de las deliberaciones, y mientras el asesino aguardaba el veredicto de sus juzgadores, el gendarme encargado de custodiarlo díjole con intención perversa:

—Lo fastidiaron, amigo, pero usted tuvo la culpa.... eso estuvo feo.

El reo respondió, como hablando consigo mismo:

—Era la Muerte....!



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

## EL REY DE LAS GEMAS.

A ALONSO FERNÁNDEZ.

La cabañuela se hallaba como hundida entre los erizos breñales que bifurcaban y extendían sus entecas, ramazones, serpenteando sobre el suelo estéril del vallecito.

El cazador audaz, ó el extraviado viajante que por rara casualidad llegaba á ese paraje, sólo podía darse cuenta de la existencia de seres racionales por el airón de humo que surgía del techo pajizo de aquella choza, que á juzgar por su construcción salvaje y primitiva, parecía la guarida de alguna tribu aborigen.

Llegando á la cúspide del monte más erguido, columbrábase entre torvas lejanías el campanario del vecino villorrio, y los días de fiesta, cuando lo de arriba estaba azul y una lujosa floralia matizaba los jardines cultivados, llegaban hasta la desierta mansión, amortiguados por la distancia, los tremantes clamoreos de las campanas, que echadas á vuelo, repicaban hasta

desgañitarse, invitando á los fieles á cantar plegarias y ofrendar flores silvestres en el altarito de la Virgen milagrosa.

Ignoraba Tarsila que corriese en las bocas de las lugareñas una historia sobrenatural, en la que ella fungía como protagonista.

Las villanas propalaban que la avariciosa vieja con quien la núbil vivía, después de celebrar en noche de áquelarres un pacto infernal, había ofrecido su adorable personita al proscrito del paraíso, recibiendo en recompensa de tan nefando negocio, un gran talego repleto de oro de Ofir y el derecho de cosechar en un huerto encantado, la mandrágora, los huesos de muerto desenterrados por las hienas, las cabezas de víboras, las astas de macho cabrío y todos los filtros con que la septuagenaria fabricaba sus filtros y potingues.

Las ancianas, santiguándose, maldecían aquella arboleda sin verdor; los patriarcas, al rescoldo de la chimenea, relataban á los pequeños consejos espeluznantes, y los mozos suspiraban pensando en la hermosura singular de la embrujada.

La harpía había, en efecto, prometido la doncella á un sér sobrenatural, pero no al diablo, no á ese pobre mite tan vulgar, tan feo y tan calumniado, sino á un opulentísimo gnomo, de luenga barba, roja, florida y espiraleada á ca-

nelones, patizambo y giboso lo mismo que un polichinela, con purpúrea capruza, bordada de piedras desconocidas aun de los más sapientes lapidarios, y un descomunal gorro, en cuya punta hacían remate tres cascabelitos de oro, que tintineaban cuando al agitarse la fenomenal cabeza chocaban las cuentas que había en su interior.

Era el prometido de Tarsila el señor absoluto de los imperios subterráneos, capitaneaba legiones de enanos, poseía tesoros incalculables, tenía esclavos nubios, y sus aventuras llenaban de leyendas extrañas las comarcas y las villas.

En invierno, cuando el frío mataba á los parvulillos huérfanos y se ocultaban los crestones de la cordillera bajo una clámide de astral blancura, paseaba sobre la nieve, y acompañado de una numerosa tropa de pigmeos bailaba sobre la superficie helada de los lagos muertos, bajaba á lo profundo de los precipicios, exploraba las cuevas misteriosas, raptaba á las muchachas incautas, cazaba ciervos, aturdiendo las silentes serranías con el estridente alarido de su cornamuza y las blasfemias de sus comanches.

La noche de Reyes conmovió al supersticioso pueblecillo un acontecimiento extraordinario.

Tarsila había acudido á la iglesia, solicitando del pastor de almas los auxilios de extremaunción para la vieja que agonizaba.

Los fanáticos campesinos, al enterarse de la inesperada solicitud, disuadieron al cura y aun por fuerza le impidieron ministrar alguna limosna espiritual á la moribunda hechicera.

Tarsila emprendió el camino que á su retiro conducía, avergonzada y llorosa, embargado su ánimo por misteriosos terrores é inexpressables tristezas.

Emigraba el sol. La luna ostentaba su disco clorótico, bañando en blanco todo el paisaje crepuscular, y nublazones pintadas con los tonos atormentados del cobre fundido se esfumaban y desteñían entre la lumbre purpúrea del occiduo fulgor.

Ladraban los perros en las dehesas y caseríos, los garañones relinchaban llamando á las potrancas, el ábrego simulaba rugidos de león en los desfiladeros, los árboles, enfermos, sin frondaje, cruñían como esqueletos, proyectando sombras caprichosas.

Cuando Tarsila llegó á la cabaña, salió á recibirla en la puerta un hombrecillo, un pequeño picapedrero, que con la piqueta echada al hombro hacía grotescas caravanas.

La casuca estaba invadida por una duendería que hormigueaba como república de sabandijas.

La moza contemplaba á los pigmeos, creyéndose poseída de una alucinación.

Los había decrepitos, con testas de Holofernes

degollado y barbas de burgrave, fuertes unos ó de pupilas estrábicas los otros, y todos los demás, narigudos, jorobados, monstruosos, formidables, repugnantes....

Tarsila sintió un espanto indescriptible al ver el lecho mortuorio de su abuela circuido por aquellos entes, que tomados de la mano valsaban una rondalla de valpurgis, entonando al mismo tiempo extranjeros cánticos con sus chillonas y agrias voces....

¡Tuvo miedo!

Buscó la imagen del Crucificado y vió en su lugar un símbolo fálico: intentó gritar, y el terror ahogó sus exclamaciones; quiso huír, y entonces el más viejo de los invasores, el más feo, el más odioso, el que los eclipsaba á todos, un malandrín listo y endiablado, haciendo muequecillas y ensayando brincos de marioneta, asíóla con sus brazos de tritón, y ya con la presa á cuestras, escapó á los montes seguido de los gnomos, que vociferaban saltando de roca en roca.

Eso era terrible.

Los viejos agitaban sus nudosas cachimorras, los jóvenes arrancaban de cuajo los arbustos, desprendían peñascos, arrojándolos en una pedrea ciclópea á las llanuras, rodaban bolas de nieve y destrozaban con sus hachas los obstáculos que encontraban en su carrera, en esa huída polichinesca, estrambótica, horripilante..... ritmada

por un cascabeleo monótono y chocante . . . monótono y chocante . . . monótono y chocante . . . !

El despertamiento de Tarsila fué como el comienzo de un fantástico delirio.

Estaba perdida en una gruta fabulosa, donde todo era chispear de pedrerías, irizaciones fulminantes, feéricos relampagueos, fulgencias súbitas, cristalizaciones radiosas. . . . una mágica ostentación de colores, derrochándose en indescriptible esplendor de matices. . . . la cueva de Aladino!

Fosforecían allí las fulguraciones espectrales del carbunco, disolviéndose en las flamescencias tenues de los cuarzos, y las cornualinas, los rubíes, como gotas de sangre cristalizadas, se incrustaban entre el áureo vaho de los topacios episcopales, ó en las fúnebres obsidianas, ó en las venturinas empolvadas de oro.

Palpitaban, coruscando, las glaucas estrias de los ópalos, las oblicuas facetas de los amatistas imperiales, los florescentes espatos, los ónices funerarios y las tétricas marcasitas.

Los gnomos, esos misteriosos descendientes de una raza milenaria, no sólo son dueños de los ricos veneros ocultos en lo profundo de la madre única, también poseen joyas y valiosas preseas, porque en las noches tristes, al mortecino fulgor de los luminares del cielo, han profanado las alcobas de las princesas merovingias para robar-

les sus cofres de sándalo y sus insignes pedrerías.

Tarsila, enajenada por voluptuoso estupor, contemplaba aquel espléndido apoteosis, creyéndose la heroína de un cuento de hadas.

El tuno Puck se irguió, elevando su vientre de Gambrinus:

—Aquí hay, dijo, tesoros suficientes para perder á todas las mujeres, desde Eva hasta la última que aliente amor al lujo sobre la costra terrestre: los hombres, los pobres necios, no podrán nunca seducir á sus amantes con una fortuna como ésta: las emperatrices y las cortesanas de los césares romanos serían humildes perdioseras ante esta opulencia extramundana: yo me río de Cleopatra y otras como ella, porque tengo arcones reforzados de herrumbre enmohecida, que guardan en su fondo negro perlas vírgenes y pálidas, caídas de la luna cuando la invicta Venus se fué al cielo, y también perlas brunas, más bellas que las que brotaron adheridas á la concha de Anadyomena . . . . .!

¡Oh, si, yo soy magnífico é invencible, yo poseo muchas pedrezuelas de esas que absorben la luz y rutilan como estrellas sobre la frente de Sulamita; yo tengo en mis cavernas todas las pepitas de oro que fuesen necesarias para cubrir la tierra; tengo todas las gemas que codiciara la reina de Saba; yo tengo un elixir mágico, el elixir de la inmortalidad, que mata á la muerte y ha-

ce la vida perdurable; ven conmigo, doncella pensativa, ven conmigo, ámame y serás como diosa.

Los gnomos aplaudieron con entusiasmo.

El tuno Puck se irguió, elevando su vientre de Gambrinus.

—Nosotros, los habitantes de las grutas, sublimamos á las mujeres hasta las más imponderables excelsitudes: por ellas envejecemos buscando piedras nuevas; por ellas somos gambusinos; por ellas bajamos á las minas, despreciando los derrumbes y el grisú; por ellas llevamos el mandil suspenso al cinto y la piqueta pronta á romper la nervatura de los filones; por ellas nos hacemos artífices mosaicistas y talladores de diamantes; por ellas padecemos de avaricia y enancecemos prontamente. . . . por ellas. . . . por las mujeres. . . !

Los gnomos aplaudieron.

—Yo te ofrezco mis riquezas, muchacha melancólica; serás mi señora, poseerás mis palacios subterráneos, tendrás vasallos á miles, beberás cerveza negra en el vaso de Federico el Barbarroja, podrás ataviarte con las vestiduras de Grimilda ó Brunequilda. . . serás inmortal. . . ¿lloras. . . ? ¿pues qué más quieres?

—Amor. . . .

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

## AMOR INSULSO.

A LUIS G. URBINA.

Se conocieron siendo todavía muy jóvenes.

Desde el primer instante atrájoslos una viva simpatía, pero nunca lograron ver prosperar sus deseos debido á la tenaz policía materna que á ella perseguía, y á la susceptibilidad un tanto quijotesca de él.

La primer floración del amor, que había de consumirles toda una vida, fué desde muy temprano asperjada por las lágrimas.

Su idilio era misterioso y mudo, con el mutismo cobarde y púdico de las afecciones superiores.

Interrumpíanlo á luengos intervalos, viajes veraniegos, ó enojos, originados, ya porque él observó con pecaminosa insistencia á otra mujer, ó ella fué perseguida por cualquier mentecato, ora porque pasó él por los lugares donde acostumbraba encontrarla y nó la vió, ora porque

ce la vida perdurable; ven conmigo, doncella pensativa, ven conmigo, ámame y serás como diosa.

Los gnomos aplaudieron con entusiasmo.

El tuno Puck se irguió, elevando su vientre de Gambrinus.

—Nosotros, los habitantes de las grutas, sublimamos á las mujeres hasta las más imponderables excelsitudes: por ellas envejecemos buscando piedras nuevas; por ellas somos gambusinos; por ellas bajamos á las minas, despreciando los derrumbes y el grisú; por ellas llevamos el mandil suspenso al cinto y la piqueta pronta á romper la nervatura de los filones; por ellas nos hacemos artifices mosaicistas y talladores de diamantes; por ellas padecemos de avaricia y encanecemos prontamente. . . . por ellas. . . . por las mujeres. . . .!

Los gnomos aplaudieron.

—Yo te ofrezco mis riquezas, muchacha melancólica; serás mi señora, poseerás mis palacios subterráneos, tendrás vasallos á miles, beberás cerveza negra en el vaso de Federico el Barbarroja, podrás ataviarte con las vestiduras de Grimilda ó Brunequilda. . . . serás inmortal. . . . ¿lloras. . . .? ¿pues qué más quieres?

—Amor. . . .

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

## AMOR INSULSO.

A LUIS G. URBINA.

Se conocieron siendo todavía muy jóvenes.

Desde el primer instante atrájoslos una viva simpatía, pero nunca lograron ver prosperar sus deseos debido á la tenaz policía materna que á ella perseguía, y á la susceptibilidad un tanto quijotesca de él.

La primer floración del amor, que había de consumirles toda una vida, fué desde muy temprano asperjada por las lágrimas.

Su idilio era misterioso y mudo, con el mutismo cobarde y púdico de las afecciones superiores.

Interrumpíanlo á luengos intervalos, viajes veraniegos, ó enojos, originados, ya porque él observó con pecaminosa insistencia á otra mujer, ó ella fué perseguida por cualquier mentecato, ora porque pasó él por los lugares donde acostumbra encontrarla y nó la vió, ora porque

un día lluvioso se asomó ella á la ventana en un momento triste, y no pasó él por la calle.

Cuando se columbraban en algún lugar, su fugaz vistazo era un simpático saludo.

Ella parecía decir:

—Ha dormido poco ó le aniquila algún pesar interno; sí, debe ser de los que sufren solos: los tristes tienen una fisonomía cuyas contracciones sólo perciben con claridad aquellos que han padecido alguna vez... esos ojos de mirada altiva, su semblante sañudo, la mueca desdefiosa, me lo dicen claramente... será pobre...?

Por su parte, divagaba al contemplarla él:

—Yo te quiero mucho, una voz sigilosa dice aquí dentro que me estás predestinada y debes ayuntar tu destino al mío con cadenas inrompibles: junto á tí mi existencia sería paradisíaca: muchas noches, en las horas de insomnio y amarguras, cuando evoco los ideales muertos y me hace temblar el frío de la soledad, reconstruyo poco á poco la quimera: una casita nueva en el campo, arriba mucho azul, abajo perenne primavera: nos besaríamos á la sombra de los árboles, contemplaríamos la fuga del sol en los atardeceres de otoño; al acercarse la noche, sentiríamos el pavor del Angelus, oyendo tremar broncamente los cobres del campanario; después la cena de enamorados, luego una visita á los desvalidos del bohío, y por último el reposo, so-

ñando en un querubín rubio y blanco como tú... podríamos tan fácilmente ser dichosos... si tú quisieras!

Otras veces se veían en el teatro y sus cavilaciones peregrinaban en el Hipogrifo de las conjeturas:

—¿Seré un simple?... ¿cómo pudieron acordarme las opulencias de esta niña?... ese vestidillo no acusa á la heredera orgullosa é inaccesible; la tela es barata, su confección deja mucho que desear, las flores del sombrero se han estropeado y veo en todo su continente no sé qué desgaire de mal tono... parece distraída... ¿será estúpida?... lo supongo... ¿por qué se ríe de las majaderías de ese comiquillo de la lengua?

Ella observaba al mariposear de su abanico:

—No es un hombre vulgar, me enamora su elegancia por lo sobria y atildada, sus modales son impertinentes pero distinguidos, porque nunca llegan á la grosería... parece un burlón de gran tamaño... ¿tendrá dinero?... probablemente... la miseria y el orgullo no han podido unirse nunca... ¡me está mirando!... ¡con qué fijeza!... quisiera corresponder á su mirada... manifestarle de algún modo que me simpatiza... pero no... es mal visto... creería que soy coqueta... procuraré estudiarlo con el rabillo del ojo... al disimulo... ¿sería yo ven-

turosa á su lado? . . . ¡quien sabe! . . . creo que no . . . mamá lo dice.

Luego solían encontrarse uno y otro, y la idea que incubaba su pensamiento era idéntica:

—¿Quién será?

—¿Una rica?

—¿Un hortera?

Y ocurría también con frecuencia, que al verse, pasaban de largo como viejos camaradas que por conocerse mucho no tienen ya nada nuevo que decir.

—El . . . !

—Ella . . . !

O bien:

—La veo muy pálida.

—¿Por qué irá tan distraído?

Sus existencias por largo período se deslizaron mansamente y sin accidentes, acariciando una esperanza, que acaso porque era muy remota los hacía felices.

Adriana estaba segura de que Bernardo nunca se vería impresionado por los coquetismos de otra mujer que no fuera ella.

El, con candidez impropia de varón, fiaba incondicionalmente en la fidelidad de su desconocida.

(El tiempo, ese viejo alado de barba florida, llovió ceniza muchos inviernos y hojas de rosa otros tantos veranos.)

Tornóse Adriana seria y huraña, por parecerle el recato, llevado al puritanismo, la mejor prenda de una mujer discreta; y Bernardo, herido en su amor propio por lo que se le antojaba injusto desdén, fué hosco y brutal con la muchacha.

¡Singular fenómeno! Mientras más empeño ponían los dos en convencerse íntimamente de la antipatía que se revelaban, más omnipotente y grandioso se levantaba en sus corazones el cariño; llegaron á odiarse neciamente, porque los amores, cuanto más grandes, más vecinos del aborrecimiento se hallan: sus miradas, aquellas miradas que se besaban voluptuosas y tiernas en otros días, al cruzarse, chispeaban como puntas de espadas, eran algo semejante al reto provocado por un insulto imperdonable. . .

Asistieron cierta vez á un baile, en donde la casualidad tuvo á bien ponerlos, sin trabas, en contacto, y él, después de ridículas é infinitas vacilaciones, decidióse á solicitar un vals de la doncella: Adriana atendió á la súplica, sonriente, y por toda respuesta extendió, trémula y avergonzada, la etiqueta: Bernardo apuntó su nombre con letras incomprensibles, y después de muchos rigodones y ceremonias frívolas, viéronse estrechados por furioso abrazo y confundidos en el turbión de los bailantes.

La no prevista emoción de aquel encuentro

33247

entorpeció sus sentidos, embotando la sensibilidad de los dos en una atonía sólo equiparable al idiotismo.

El joven, que no era tonto, dijo aquella noche todas las patochadas que decir podría en su caso un cretino de buena cepa, y la enamorada, á su tiempo, incurrió en las torpezas propias de una pazguata.

Bernardo no osó estrechar un poco el talle que se agitaba entre sus brazos, ni á su boca acudieron palabras que pudiesen interpretar las violentas sensaciones que á su espíritu embaraban.

Adriana no supo alentar á su amador á las pláticas y licencias que en el caso especial en que se hallaban hubieran sido buenas y lícitas, aunque á las fronteras del atrevimiento tocasen.

Al despedirse, sus manos se trituraron en un rudo estrechamiento.

Ella murmuró:

—¡Me desprecia!

El se dijo:

—¡Me aborrece!

Aquella equivocada suposición bifurcó sus destinos bruscamente para no volverlos á juntar jamás.

(El tiempo, ese viejo alado de barba florida, llovió ceniza muchos inviernos y hojas de rosa otros tantos veranos.)

Los amantes asistieron, conturbados, al lento é impasible alejamiento de su juvenilia.

En las reflexiones íntimas apareciöseles el cadáver de su afecto, poetizado con todos sus romanticismos, y frente á él sentíanse abrumados por la vergüenza de su simplicidad, al comprender que si no les tocó una parte de dicha en el terreno abrojal, era porque se rezagaron en la carrera, henchiendo pompas de jabón y desperdiciando ocasiones que no con frecuencia se presentan al mortal.

El ímpetu que animara sus primeros entusiasmos estaba ya debilitado por la edad, el fuego sagrado se apagaba lentamente en sus corazones, y el épico ardor de la edad moza había cedido ya sus trofeos á la torpe displicencia de los años . . . !

En sus arterias no correría más la sangre enardecida por las fiebres pasionales, porque, amadores líricos, encendieron piras al amor humano y no supieron coronar de pámpanos sus frentes. . . .

¡Es muy triste presentir la aproximación de la muerte cuando aún no han probado los labios el vino quemante del deleite!

(El tiempo, ese viejo alado de barba florida, llovió ceniza muchos inviernos y hojas de rosa otros tantos veranos.)

Los enamorados esquivaban mutuamente su presencia, comprendiendo que sus arruinadas fi-

sonomías eran ya una implacable burla del pasado.

¿Se debe amar cuando la calenda de los deseos no saciados ha disecado los músculos y el rostro es sólo la máscara gesticulante de los sufrimientos agazapados en lo más impenetrable del espíritu?

¿La atracción psíquica, ó animal de dos seres, prevalece á través de las distancias y las corpóreas metamorfosis cuando la imagen querida se plantificó en las más sensibles placas de la mente?

¿No?

¡Si!

Se debe amar cuando la calenda de los deseos no saciados ha disecado los músculos y el rostro es sólo la máscara gesticulante de los sufrimientos agazapados en lo más impenetrable del espíritu.

La atracción psíquica, ó animal de dos seres, prevalece á través de las distancias y las corpóreas metamorfosis cuando la imagen querida se plantificó en las más sensibles placas de la mente.

¿Qué importa que el tiempo, ese viejo alado de la barba florida, haya llovido ceniza muchos inviernos y hojas de rosa otros tantos veranos?

La tragedia de la vida llegó al fin, anunciando la comedia pavorosa de la muerte.

Adriana y Bernardo, viejos ya, mortificados por la consunción y el reuma, agobiados por los

dolores de una vejez solitaria y la necesidad de algún afecto, comprendieron que en el instante trágico de preparar el bagaje del material embeleco para consignarlo á las entrañas de la gran generadora, debían juntarse, santificando en una unión filial el martirologio de sus sueños idos.

Y en ese minuto supremo, un pudor senil, una última timidez, su postrimera cobardía, los separó, hasta que se perdieron claudicantes en la sombra eterna . . . fué su suerte!

JUAN L

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

®



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

## MONOGRAFÍA.

A RAFAEL DELGADO.

Mi amigo, Monseñor Hermógenes Arcipreste y Tendilla, insigne orador sagrado y desde lontana época obispo de V. . . persona honorabilísima por sus teologías, por su amplio conocimiento de la vida, por sus virtudes preclaras y por sus muchos años, garantizándome ser auténtico, puso en mis manos el cuaderno que con metódica puntualidad transcribo.

Conforme á mi sentir, no osaría suponer y mucho menos afirmar que las impresiones consignadas en el escrito hayan sido apuntadas por una persona del sexo femenino.

En ese supuesto, no me hago en manera alguna responsable de la verosimilitud que pueda atribuirse al mamotreto. ®

Lo que sí creo y propalo, es que el dignísimo prelado en cuyo poder se hallaban los papeles, es una persona incapaz de mistificar á nadie.

He aquí ese curioso caso psicológico:

Ocúrreseme escribir un cuadernillo de recuerdos, eso es costumbre hoy día, y moda, y hasta *snobismo* de buen efecto: mi nombre es Benedicta; mi edad, la de una bella, diez y ocho años; mi cultura mediana; por lo que á mi físico se refiere, aseguran muchos que soy hermosísima, aunque como garantía á esa afirmación sólo poseo una dote capaz de enamorar al caballero Brunnel que, según sus admiradores cuentan, fué la flor y espejo del dandismo.

Es mi dama de compañía una *miss* espigada y reseca como un bacalao de Noruega, con limpiadas pupilas, pies de andarín y cabellos como hebras de ámbar; se llama Jenny Collins y fué traída del ahumado Manchester á esta tierra de cielo hermoso para ser mi preceptora ó mi *governess*, como ella dice frunciendo graciosamente su coralina boca.

Aunque posee conocimientos de sabio y no es poca la experiencia que tiene, frecuentemente rebosan sus conceptos una candidez sajona que nunca ha podido empalmarse con mis malicias de mujer latina y marisabidilla por lo tanto. En sus modales es recatada hasta lo ridículo; á todas sus palabras les da un barniz de pulcritud que la hace caer en amaneramientos estrafalarios; profesa religión protestante (metodista), bebe whiskey como un contraamaestre, usa sombreros iguales á esquilas, viste trajes de grueso pa-

ño y corte varonil; en sus ocios, lee á Dickens, á Swinburne, al brutal Walterio Whitman y al idílico Longfellow. Todas las noches recita los versículos de la Biblia, en su alcoba, que es un amplio salón atestado de libretes, maletones, muebles monumentales y periódicos extranjeros; su padre es pastor de almas en no sé qué aldeilla de Edimburgo y mantiene activísima correspondencia con la ilustre y morigerada mentora.

Mi buen papá es, según su propio dicho, un hijo del acaso; hace contratas, especula en la banca con audacia increíble y obsequia con babilónicos banquetes á ministros parásitos, periodiqueros *chantagistas* y políticos envilecidos.

En su vida privada es muy bueno; siente por mí un cariño que llega hasta la adoración, obedece sonriendo á mi madre y su figura exactamente igual á la de un bedel ó á la de Sir John Falstaff, hace huir, como parvada de gorriones, á los pretendientes que me asedian.

Dofia Eulogia (así la que me llevó en su vientre se llama) es una matrona caritativa, biliosa, amiga de la clerigalla y muy aficionada á bachillar por confesonarios, sacristías y lugares peores. Pertenece á muchas cofradías y sociedades de esa índole. Aborrece á su esposo porque en su opinión es un hereje; yo, le importo un poco menos que sus bigotes (los gasta de buen tamaño), adora con todas las telas de su corazón á un

perro pitañoso y protege al sacristán de la vecina parroquia, que es ratero y borrachón.

Probablemente á muchas personas que esto leyeran podría parecerles irrespetuoso el concepto que emito á propósito de los autores de mi existencia.

No me disculpo. Esa apreciación entraña toda la sinceridad de mi criterio, y miss Collins me ha repetido muchas veces, que si la verdad es horrible, lo es más la mentira, por mucho que la embellezcan y disfracen los hipócritas; además, esa libertad de pensamientos de que abuso á menudo, se debe en buena parte á la briosidad innata de mi carácter y á las disolventes peroraciones de mi profesora que es socia corresponsal de no sé cuál congreso feminista y está bien versada en letras profanas, en artes liberales y en filosofías positivas.

Esta endiablada señorita Collins, sería muy capaz de sostener una tesis diaria en la Sorbona, de empuñar la tizona y pelear con las bravuras de Juana de Arco, de mutilarse la lengua como Leena, y en cuanto á eso de la honra, á su lado, Lucrecia queda en pañales!

Mis costumbres son idénticas á las de todas las niñas burguesas que tienen dinero bien ó mal habido y ganas de verlo gastado por algún majadero de los que, famélicos y muertos de hambre, pululan por estrados y paseos.

Dejo el lecho á las nueve de la mañana; después voy al baño, luego al tocador, y allí, cierro cuidadosamente las vidrierillas: si alguna vez es leído este cuadernito seguramente no sabrá el curioso en cuyas manos caiga lo que hago yo en aquel retrete; podremos las mujeres en momentos anormales y arrebatadas por las sinceridades peligrosas de la pasión, hacer confesiones indiscretas y hasta caer en debilidades irremediables; pero siempre guardamos en cofre de veinte llaves algún secreto improfanable, porque somos hipócritas, y lo que de nosotras subyuga más á los varones, es lo que menos estimamos en lo íntimo. En toda hembra hay algo de las fealdades y los misterios de la Esfinge: yo desafío á los exhumadores del pasado (esas hienas de las crónicas muertas y los ideales hechos polvo), á que adivinen las leyendas que guarda el coloso de granito ante cuya impasibilidad idólica se trocaron en cenizas las epopeyas de mil siglos y cien razas.

No puedo entender por qué me inspiran desprecio esos presuntuosos que pretenden conocer á Eva, sólo porque pervirtieron á la inocencia, arrugando corpiños con brutalidad cabría, ó espantando al ángel de la guarda del tálamo virgineo de una niña para poner en su lugar la efigie bifronte del pecado.

Después voy á mi alcoba.

Imagináos un aposento de regulares dimensiones, con góticos frisos en el techo, representando alegorías estrambóticas, dignas de los retiros de aquellas castellananas del tiempo en que los hombres eran bravos y las mujeres bonitas.

Del centro del historiado *plafond* pende una lámpara de bronce que en las noches, al encenderla, trae á mi recuerdo no sé por qué singular asociación de ideas, la que alumbraba la estancia mortuoria de esa beldad trágica y lunar que Edgardo Poe llamó lady Tremanion de Tremaine.

Mi tálamo es amplio y regio; frontero á él se halla un lujoso mueble, obsequio de un anciano pariente mío, tío en segundo grado, galanteador manido, libidinoso por oficio y hábitos, que me acaricia como á una niña porque sabe que soy mujer, se pinta el pelo, desafia las neumonías trasnochando por los barrios de Afrodita; es amigo de las bailarinas del teatro y también de cenas orgiásticas, pependencias, barajas y botellas de la viuda de Clicot.

En los tapices que visten las paredes hay dos cuadros con pinturas de mérito: uno firmado por el colorista Delacroix y el otro de Jordaens.

Contemplando el del último pintor, pienso inmediatamente en Amberes y Brujas, en trahumantes tabernas, frecuentadas por hermosos ebrios de musculación grosera y mofletudas fisio-

nomías bermellonadas por la mostaza, los jamones ahumados y esas salchichas de Frankfort capaces de hacer vomitar las pajarillas á un tiburón; pienso también, en grandes emparrados de lúpulo, en rollizas mocetonas de albeante delantal y doradas trenzas, que mueven parsimoniosas las espitas de panzudos tonelones para llenar de burbujeante malta los jarros de greda curiosamente trabajados. Por largas horas emigra mi fantasía á esas tierras húmedas, se pasea por las limpias calles contemplando los molinos de viento, las casas de argamasa con sus oblicuas techumbres de teja, las atrevidas chimeneas de las fábricas, que parecen retemblar en sus cimientos de ladrillo cuando chillan los silbatos de las calderas llamando á los trabajadores. . . . y aquellos hombrotos que con la pipa en la boca y las velludas manazas metidas en los bolsillos del pantalón recorren la ciudad ostentando su talante satisfecho, ni más ni menos que figuras de Hogarth que adquiriesen vida.

Tengo un ajuarillo estilo Luis XV, biombos asiáticos en cuyos flancos hay lienzos con pájaros exóticos y niponas quimeras de seda, columnillas de forma salomónica, estatuillas, porcelanas, terracotas, cacharrillos y muñecos.

Junto al balcón está una pequeña mecedora, al lado una mesa de laca, sobre ella el último li-

bro de París, y á mis pies, en un cojín de plumas, ronroneando siempre el gato.

Es mi silla favorita. Desde allí veo desfilár á los que pasan como á través de los vidrios de un cinematógrafo. Hago en la imaginación un romance de cada uno: este me es simpático, aquel me es odioso, el otro me inspira compasión, quien desprecio, tal risa ó cual miedo.

Quiero mucho al viejecito que pasa por la mañana remolcando un racimo de niños en cada mano; sin duda, la mamita quedó en casa preparando la colación ó aplanando la ropa de los pequeños. Me chocea la afectada infancia de la colegiala: estudiante tronera que te perezcas por esa superficial normalista, deja de hacer malos versos y divagar á lo Musset frente á la copa de ajeno, eres pobre, los lirismos de tu romancesca juvenilia no podrán nunca interesar el corazón de esa bachillera que se da á leer á los de la cáscara amarga; ve al hospital, allí te esperan las planchas, los cuchillos y el cadáver; ve á la tribuna del pasante, allí está la elocuencia, el pugilato de la palabra. . . . la gloria acaso! Ese individuo de hirsuto pelambre y lamentable vestimenta, con aspecto hastiado y pesimista, será un infeliz, sin duda el Edipo de alguna de esas tragedias de la vida privada donde no corre la sangre ni espejean puñales: le engañará su esposa; imagino el caso; él, un tímido indolente, ella, una

graciosa casquivana á quien el lujo causa vértigos. . . . Aquel patán de grasiento chambergo que gesticula como payaso y divierte á los papanatas, será un jugador, un dipsómano. . . un lunático. . . por qué cayó tan bajo? . . . . ¡Quién sabe! . . . . Acaso es desdichado y pretende ahogar sus lágrimas en vino. . . . ¡Y los borrachos! . . . . Habéislos visto bien? . . . . Son formidables. Pasan en comparsas, tambaleantes, puercos, torvos, sinietra la mirada y belicoso el ademán; el aguardiente es bueno para los que sufren mucho; al inflamarse en la mente enciende las cincuenta mil lámparas del cerebro convirtiéndolo en un castillo de fuegos artificiales: yo quiero y respeto á los bebedores, son los rebeldes, los sensitivos, los soñadores; consultad las estadísticas y observaréis que su número aumenta á medida que las razas degeneran y los ideales se acaban y los dioses se mueren. . . .

El rostro es comunmente el retrato más sincero de las almas. Estudiad una faz triste y notaréis que pertenece á algún sufriente, ved al menos el indigo que interrumpe vuestro paso, es horrible y asqueroso porque lleva adentro un drama: la Miseria. Cada biografía es una novela por que todos los humanos hemos vertido lágrimas y padecido amarguras y experimentado pasiones. ¡Ay de los seres tranquilos! ¡Ay de aquellos que nunca gimieron ni emborracharon su espíritu con el

perfume de ese asfodelo lívido y siniestro que se llama fiebre.

Yo también tengo mi historia. Espero al pálido navegante del buque de velamen color de sangre y mástil negro, soy la mediatriza Senta, que hilando capullos de algodón piensa al monótono ron ron de su rueca en el incógnito marino del Navío Fantasma. Mi hombre, el imaginado, el bienvenido, es de carne y hueso, no usa armadura de caballero andante ni lleva al dorso el mandolín de los trovadores medioevales, viste levita á la moderna, no inventa rondeles decadentes ni le desvela el engrandecimiento de la patria ó la dicha de la humanidad, es normal, robusto, ágil, amable; lo aguardo noches y días con una impaciencia creciente porque tengo miedo de que llegue tarde... cuando las flores de mi juventud se hayan secado... sería muy triste!

No ha muchos años, cuando asistía al colegio del Sagrado Corazón, noté que muchos jovencitos me observaban con miradas insolentes, y una vez, el más osado de la tropa, arrojó á mi balcón una misiva garrapateada con la incorrección propia de los escolares que al escribir se manchan los dedos con tinta y empuercan el papel.

Recuerdo que en aquella epístola, decía entre peores cosas, que yo era una necesidad para él, que de mi antojo dependían su felicidad ó su des-

ventura en toda la vida, que lo amara un poco y el viviría á mis pies adorándome como á la Virgen los devotos, y todas las manoseadas figurillas retóricas y amatorias zarandajas de que abundan en su pecaminoso comercio los enamorados cursis y los muchachos currutacos.

Confieso que en muchas noches turbó mi sueño la serafinesca imagen de aquel rapazuelo: tomélo á lo serio, inconscientemente y sin comprender su ridiculez; creí, en mi simplicidad, que los amoríos eran bello entretenimiento, y como las mujeres somos de nuestro frívolas y experimentamos siempre un vivo é irresistible interés por todo aquello que halaga nuestros caprichos y vanidades, decidíme después de muchos temores é infinitos melindres, á creer que amaba al chiquitín. Prodiguéle sonrisas picarezcas cuando él hacía lo propio, hícele cabalísticas señales, correspondiendo á las suyas, por más que de buena fé ignorase lo que ellas pudieran significar, condecoré mi pecho con una flor estúpida que él me ofreció á hurtadillas y respondí á su plieguecillo con otro plagado de disparates, lunares negros y faltas de ortografía. Suponed una alondra borra-chita de rocío y tendréis una completa idea de mi estado de ánimo en aquellos días. Tenía catorce años, y aunque parezca estupendo, es la verdad monda y lironda, que conservaba invicta mi pureza. No tuve amigas íntimas en la es-

cuela ni me persiguieron los erotismos y crueles curiosidades que acompañan siempre á la crisis sexual de la edad púber. Tal vez por eso mis coquetismos con el amator fueron sanos é inocentes, y sin rubores junté mi boca con la suya, y sin malicias permití que su mano precozmente libertina profanara mi cuerpo en momentos de infantil lujuria. ¡Era un pillo aquel fantoche! Mi noviazgo escandalizó á las profesoras, excitó envidias y rencores en mis discípulas, y entre la garzonía del plantel de varones más cercano, condensó una nube de odios que se resolvió muy pronto en iracunda tempestad de puñetazos que sólo pudo aplacar un concepto denigrante para mí.

—Es coqueta!

Enterada mi madre, afianzóme de una oreja y haciendo avinagradas gesticulaciones, preguntó:

—¿Eso aprendes en el colegio?

—No, mamá.

—¿Entonces por qué lo haces . . . desvergonzada . . . me has visto á mí en esas cosas? . . . te he dado mal ejemplo?

—No, mamá.

—¿Qué vergüenza! . . . una hija mía metida en tales escándalos . . . exponiéndose á que todos la señalen con el dedo . . . nunca lo hubiera yo creído . . . las monjas están apenadísi-

mas . . . y tu papá . . . imagínate qué pensará si llega á saber lo que has hecho . . . ?

—¿Es acaso un crimen?

—¡Silencio! Cuando yo te haga un extrañamiento debes callarte y no replicar ni una palabra . . . ! entiendes . . . ? ni una palabra . . . !

Y se me echaba encima, levantando el índice de su derecha mano como si pugnase por meterlo en las fosas de mi nariz.

—Mañana mismo te confiesas . . . ésta tarde después del sermón hablaré con el padre Alariste y verás cómo las gasta!

Pedí perdón, y convencida por entonces de que el tan cacareado amor era una mala cosa, me propuse no querer á nadie nunca.

Terminado el superficial aprendizaje que mis maestras llamaron con singular enfatismo, brillante educación, inicióse en mi sér una violenta metamorfosis. Padecí insomnios, y cualquier niflería excitaba mis nervios provocándome intempestivas explosiones de lágrimas ó de risa: afinóse mi sensibilidad haciendo vibrar mi organismo á la más leve conmoción: el espejo me causó pavuras, despertó en mí á otra mujer que dormía soñando en no sé qué diabólicas epifanías, me hizo amar los crepúsculos encandescidos, las notas tremulantes de mi piano, los versos elegiacos, los niños rubios, las tardes grises . . . y también las novelas . . . ¡Los libros que

leí arrancaron un acorde estridente á mi espíritu trastornado, cristalizaron un idealismo inefable, robando á mi corazón esa nota sentimental y tierna que se pierde siempre en lo vago con el primer suspiro, que al exhalarse, evoca el recuerdo de un varón; el hombre brotó en mi mente íntegro y triunfal, dueño y poseedor de todos los sortilegios de Satán, fué el fantasma obsesor de mis anémicas divagaciones, el objeto de mis pensamientos, la causa directa de mis goces y mis torturas, mi confidente, mi enemigo y atormentador . . .

Me absorbía y me misticaba: su voz vibraba á mis oídos invitándome á pecar; lo olfateaba, presa mi alma de una dolorosa y punzante voluptuosidad, hería de continuo mis sentidos para elevarlos y quintaesenciarlos hasta la última potencia, estaba en el cielo, en la tierra y en todo lugar. Cuando en casa, alguna señora mayor pronunciaba palabras que yo no entendiese, ó bien que entendiese demasiado, sentía el rubor quemar mi rostro y cometía las más imperdonables incorrecciones. Al suponer que un individuo del sexo contrario pudiese ver el nacimiento de mi cuello, la punta de mis choclos ó el arranque de mi brazo emergiendo entre la espuma de los encajes, temblaba, acometida por una turbación que no he podido saber aún si era producida por la cólera, el miedo ó la alegría.

Fuí á los teatros y tuve éxito.

Al aparecer contra las exigencias del recato, y en obediencia á las de la moda, con los brazos y el seno desnudos, en el palco que por derecho de abono pertenecía á mi familia, notaba que, incontinenti, una batería de gemelos me asestaba fuego graneado de miradas.

Tras de aquellas máquinas agresoras veía cráneos de todas clases y conformaciones: desde el de mono cinocéfaló, hasta el ejemplar más perfecto de la raza caucásica: caprichosos peinados, cabelleras encrespadas, inicuas calvicies, rizadas pelucas, orejas pollinezas y occipucios amarfilados y limpios como bolas de billar . . . !

Al principio aquella curiosidad me mortificó, después fuéme indiferente, y por último, llegó á complacerme tanto, hasta recibir la observación de esos impertinentes que me desnudaban mentalmente, con la cínica imperturbabilidad de las beldades que están seguras de exhibir un pecho auténtico y de morbideces esculturales.

Con irritante frecuencia llegaban á nuestro lado caballeritos cursimente acicalados, que de todo hablaban, expectoraban más patochadas que un cura de aldea, y contra todas las conveniencias, pretendían elogiar mi hermosura usando símiles é hipérboles pedestres. Ese lado tonto y desabrido de la vida social, me atormentaba, llegó á serme odioso sobre toda ponderación, y

nunca en los lugares públicos hice esfuerzo alguno para disimular el hastío que me causaba. Los espectáculos jamás llegaron á entretenerme: las malas óperas me ponían muy nerviosa, los dramas adulterinos me producían dolores de cabeza y las zarzuelas pornográficas me daban asco.

Infinitas veces, al subir al cabriolé dijo mi madre muy colérica:

—Estás insoportable; dijérase que eres una pequeña salvaje ó has nacido en Java.... decididamente te empeñas en mortificar á todos y en poner á tus padres en ridículo.

Al llegar al hogar, pretextando fatiga, me encerraba en la alcoba y gemía mucho. Entonces, el augusto silencio de la noche era rasguñado por la voz agria de miss Collins que, caladas las gafas, leía al poeta de Putney-Hill.

Mis tristezas se desvanecían como por encanto al escuchar á la buena inglesa en cuya alma simple no se efectuaron nunca las tormentas que en tantas vigiliás torturaron la mía.

Varios idilios de amor que ví en los melodramas y operetas á que tan de mala gana concurría me hicieron pensar muy seriamente en el ceguezuelo: las ideas que por aquella época me sugirió el ocioso querubín fueron incoloras, abstractas y anodinas casi, carecían de una deter-

minación positiva y real, fueron algo semejante á nebulosas y fantasmagóricas clarividencias....

En un invierno se anunció rumbosamente cierto gran sarao que en obsequio á sus amigos iban á dar los esposos Valdivieso con motivo de su retorno al país después de una excursión de placer por casi toda Europa.

Cuando en México, en esa feria de lo cursi que los cronistas domingueros han dado en la flor de llamar sociedad de gran tono, es anunciada una reunión de tal naturaleza, pierde su tranquilidad de boa repleta toda esa burguesía que á sí propia y sólo porque ha acumulado unas cuantas talegas, se intitula pomposamente aristocracia.

Y por cierto que es muy cómica la minúscula agrupación que aspira á conservar intactos los ideales y preceptos nobiliarios que tan por abajo andan en esta tierra: las poquísimas familias que ostentan títulos y de nobles hacen blason y alarde, han permitido de buena voluntad y sin manifestar rebelión alguna, que sean injuriados sus gules y motes por las botas ensangrentadas de los bandidos de la República.

El señor Valdivieso era respetado por todos: alternaba con personas de viso, debido únicamente á los millones que había amontonado en el comercio de animales inmundos, á sus concesiones ferrocarrileras y á sus minas de cinabrio.

Confieso que al notificarme mi mamá que había sido particularmente invitada á la fiesta, no me hizo la nueva ni tantita gracia. En mi sentir, el baile es sólo un pretexto para que los hombres falten al respeto debido á las señoras: al compás de la música debemos consentir que el compañero zarandee á su antojo, nuestro cuerpo, enseñar de él más de lo permitido por la decencia, dejarnos estrechar el talle y la mano, exhibir nuestras carnes con natural ó aparente coquetería, enlazarnos en libidinoso abrazo para beber el aliento del valsador, que muchas veces no es agradable; tolerar que aproxime su rostro al nuestro hasta molestarlo con la barba, y por último, escuchar los consabidos juramentos de un galanteador grosero; porque todas esas homilias que cantan los hombres entre los brinco del vals, son la directa é inminente consecuencia del coñac libado ó el fruto de alguna excitación bestial.

El baile ha degenerado tanto y se ha prostituido de tal modo, que hoy, como en los tiempos de Mesalina, se hace necesario un Claudio que mande degollar á los bailantes.

Yo creo firmemente que toda hembra á quien deleita esa farsa, en la que resulta defraudado nuestro sexo, se estima en muy poco, ó es muy fea, ó muy tonta, ó muy coqueta.

Mi traje fué confeccionado con sobriedad y

elegancia: formábalo vaporosa falda de crespón blanco adornada con punto de Alençon, y un corpiño muy corto guarnecido de encajes: la peinadora me presentó varios modelos, más ó menos complicados y vistosos: yo preferí á todos el preraphaelista: no consentí en que colocasen adornos en mis brazos, y por complacencia, y sólo á las tenaces instancias de Miss Jenny, llevé un hilo de perlas brunas, ajustado cuidadosamente al cuello. Mi madre declaró que el tocado era elegantísimo, y mi buen papá, después de prender una crisantema en mi seno, pescó al vuelo una de mis manos, exclamando entusiasmado:

—¡Estás muy linda!

Después de cubrirnos cuidadosamente con los abrigo subimos al carruaje, que echó á correr rumbo á la morada de los Valdivieso.

Yo iba triste, profundamente triste, como si me condujeran al patíbulo; repantigada en un rincón veía las calles embargada por una sabrosa taciturnidad; todo me conmovía: los goterones que caían sobre el piso artificial, manchándolo, los transeuntes que desfilaban á paso tardo ó veloz, el haraposo voceador de periódicos, la muchacha prostituida, el castañero que arrebuja en su manta pregonaba con cavernosa voz la mercancía, el disco de luz verde esmeralda ó de un rojo brutal que reberberaba en los

escaparates de la farmacia, la mano gigantesca que salía de la puerta del guantero, proyectando su sombra colosal sobre el asfalto, las letras doradas de una tienda de lencería ó las vitrinas de colores de la cantina yankee.

La avenida del barrio nuevo donde habitaban nuestros invitadores, se hallaba totalmente ocupada por coches y curiosos.

Como la noche era oscura, las siluetas negras é informes de los vehículos simulaban compacto ejército de cocuyos, visto á través de una lente de mil diámetros, pues los encendidos faros imitaban perfectamente las fosforescentes pupilas de esos animales.

En los salones causó mi presencia un movimiento de asombro.

Un joven de aspecto enfermizo y con fisonomía de caballo corredor, que hablaba con un vejete amojamado y cubierto de condecoraciones, al verme, dijo á su amigo con entusiasmo:

—¡Qué bonita es!

Aquel madrigal tan simple y tan ingenuo me produjo una impresión muy fuerte.

Había selecta concurrencia.

Diplomáticos que paseaban sus fraes bordados de laureles, mujeres de todas las edades, de todas las reputaciones y de todos los volúmenes; pisaverdes que á cada momento recomponían sus casacas confeccionadas por Cheuvreuil ó

Duvernard; militares sin cruces y generalotes abrumados por ellas, viejos negociantes y políticos hipócritas, banqueros alemanes, contratisas ingleses, poetas, novelistas, tribunos, gomosos... y académicos!

Decididamente los señores Valdivieso sabían hacer las cosas bien.

Allí se encontraban amalgamados y sin que resultara de mal tono la mezcla, los elementos más disímolos: el pensante, el holgante, el especulante y el peleante.

Me mareaba tanta gente!

Separóse mi padre de nuestro lado y fué á compartir, discutiendo el tipo de cambio ó las políticas de la Sublime Puerta, con unos ancianos de barbas proféticas, modales teatrales y testas emplastecidas por tinturas y tricóferos.

Mi madre me condujo al lado de la dueña de la casa, haciendo mi presentación con solemnes mímicas y exageradas cortesías.

—Mi hija Benedicta.

—¡Adorable criatura!

Y sus brazos, secos y enguantados, estrecharon afectuosamente mi busto.

—¿Qué edad tiene usted, señorita?

—Diez y ocho años.

—Honorato tiene veinte.

Era la de Valdivieso una viejecita de verba

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

BIBLIOTECA CENTRAL DE BIBLIOTECAS

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
No. 1825 MONTERREY, MEXICO

encantadora: tenía pupilas negras aún no amortecidas por esa opacidad que la vejez, como anuncio de la muerte, pone en los ojos de los viejos; sus facciones, acentuadas por la demacración, habían adquirido una severidad imponente; vestía con lujo severo y era una de esas damas que en sociedad se hacen perdonar los achaques de la senectud porque poseen las gracias del talento, esa hermosura que avasalla siempre y no envejece nunca.

Se habló mucho de nada: los sombreros llegados de París, las telas acumuladas en los anaqueles de Bayonne, el reciente atentado anarquista ó el suicidio de un joven romántico..... que abundan todavía.

En menos de cinco minutos nos vimos rodeadas por un enjambre de caballeros, que haciendo caravanas solicitaban mi etiqueta para apuntar su nombre allí.

Aquellos efebos, entre los cuales descollaba uno que parecía beduino, me fastidiaron tanto, que por no verme al lado de ellos declaré rotundamente mi propósito de no bailar, aunque procediendo de ese modo faltase á las más rudimentarias fórmulas de la buena crianza.

Preludiaban los filarmónicos el primer rigodón, cuando el señor Valdivieso, precediendo á un caballero, se aproximó á nosotras y después de las fórmulas que son moneda corriente en los

salones, me presentó á su hijo en la persona del que le acompañaba.

Era éste un joven de agradable figura: usaba ligero bigote, erizado en las puntas, sus cabellos oscuros estaban prolijamente alisados por el cepillo y brillaban en la luz con reflejos charolados; tenía los ojos verdes y altivos, fuertes las manos y el cutis pronunciadamente meridional.

Después de prodigarme frases de aquellas que por su inofensiva galantería pueden decirse en todas partes y á cualquier mujer, propuso que bailásemos.

Yo acepté, temblando de vergüenza.

Durante la fiesta no se separó un momento de mí, ni se ocupó de otra mujer que yo no fuese: díjome todas las palabras amables que puede decir un hombre de talento á una dama elegante y culta; simpatizóme tanto, que cuando yo no oía ó mal entendía sus conceptos, le suplicaba que los repitiese, aunque sintiera afluir la sangre á mi rostro.

Aquella noche velé pensando en él.

Nuestras relaciones con los esposos Valdivieso, enfriadas por no sé qué desavenencias financieras entre mi padre y el de Honorato, tornaron á reanudarse con mayor intimidad que nunca.

Menudearon por ambas partes obsequios y visitas; en las últimas siempre se apersonaba con-

migo el heredero de nuestros amigos, y derechamente y sin disimulos de ninguna especie procuraba distinguirme con sus más delicadas atenciones: me hacía solemnemente la corte. Como de mí soy arisca y testaruda, al frecuentar su trato procuré conocerle bien, entre otras muchas razones, porque comprendí que estaba á punto de prendarme de él.

Era un caballero. Poseía sólida y vasta instrucción: había leído mucho, adquiriendo por medio de las lecturas un gusto artístico, refinado hasta lo increíble; era bueno, no por virtud, sino porque juzgaba el vicio feo; entendía la música y la pintura, hablaba idiomas, traducía á Horacio y á Baudelaire, jugaba al billar con admirable elegancia, era capaz de escupir á un prócer y dejarse abofetear por un mendigo; ante los débiles, era débil, ante los orgullosos, era un monstruo: lo ví muchas veces usar de la ironía como de un látigo y con ella castigar en la faz á los soberbios; ningún pretendiente como él tan digno de ser amado, ninguno como él capaz de amar . . . sin embargo . . . era de hielo.

Me cortejaba con exquisito tacto: sus pláticas eran pirotecnias en mi honor; para las demás hembras guardaba las galanterías como Arpagon sus tesoros, y ante mí derrochaba la gracia y el ingenio cual Buckingham sus perlas; nunca abusó de mí rubor ni se me echó encima con

esas manifestaciones perrunamente fogosas, que ponen en caricatura al enamorado, y aunque no lo sea, hacen tonta á la mujer.

Y . . . á medida que le trataba y crecía mi devoción por sus cualidades, más lejos sentía del suyo mi corazón. Comprendí que sus madrigales envolvían siempre algún sarcasmo, no de otra suerte que entre corolas de velumbios puede un escorpión hallarse oculto: en su vida yo no significaba nada: me había elegido entre las demás por parecerle más bella y menos insubstancial, mas no obedeciendo al instintivo y tierno impulso del que busca en la novia el objeto de un cariño sereno y perdurable. No me amaba, y me atrevo á asegurar que nunca había querido á nadie, porque pertenecía á esos terribles hombres del siglo que por el análisis lo han eliminado todo; además, desde muy pequeño viajó encomendado á la tutela de poco escrupulosos tutores, para educarse, y también para perder el amor á los suyos: Munich con sus edificios de fachadas escalonadas y cubiertas de pinturas; Roma con su historia, su pontífice blanco y sus museos; París con sus lujos y sus libertinajes; España con sus corridas de toros, su linajuda nobleza y sus chisperos; Grecia con sus ruinas; Inglaterra con sus escuadras, y New York con sus prodigios de electricidad, desarrollaron en su inteligencia el amor al cosmopolitis-

mo, ampliándolo hasta el extremo de hacerle romper las fronteras de todo, hasta obligarle á desconocer los derechos del alma, los de la religión, los de la patria y los del egoísmo. . . .

Profesaba un severo culto á la verdad, y siempre la imponía sobre todas las argumentaciones, con un desprecio inaudito al idealismo, con una impasibilidad marmórea, con una punzante y venenosa ironía; había en sus ideas horribles ateismos, y al exponerlas usaba símiles y paradojas que acobardaban al más valiente por sus amarguísimas y lógicas conclusiones.

Su presencia llegó á producirme pavores; me veía tan pequeñita y tan insignificante á su lado, que pensar en quererle me parecía una insensatez. . . .

Cierta mañana, al dirigirme á mi alcoba, mis papás siguieron mis pasos; y mi mamá, al llegar yo al aposento, dejándose caer sobre un mueble, habló:

—Benedicta: tienes diez y nueve años y es necesario que pienses muy seriamente en el matrimonio, pues no has de quedar soltera toda la vida; tu educación y la fortuna que aportarás al que sea tu esposo, te dan derecho á aspirar á un hombre digno; hoy, creo que ha llegado el momento en que una determinación tuya sea la decisión de tu suerte en toda la vida: los señores Valdivieso han venido á pedirnos tu mano para

su hijo: inútil creemos hacer resaltar á tus ojos las prendas que adornan al que consideramos ya como tu prometido. . . .

Mi padre, un tanto embarazado, pues nunca fué una potencia en eso de los discursos, frotando la cadenilla del reloj y afirmando sus gruesos espejuelos en la ternilla, interrumpió á su consorte:

—Veinticinco años, poco más ó menos, hermosa presencia y admirable cultura, inteligencia clara y perfectamente cultivada, agregado á una legación, un joven, en fin, de brillantísimo porvenir; sigue la carrera diplomática y seguramente en la edad madura le veremos representar á su país ante una potencia europea: hija mía, creo que muy difícilmente logrará nuestra familia contraer una alianza más ventajosa. . . .

Admirado de su elocuencia, sintiéndose con bríos para continuar, garraspeaba, arrugando el niveo y resplandeciente chaleco entre las manos.

—Quieren ustedes que me case?

—Naturalmente, respondió mi madre.

—Entonces. . . . obedeceré.

Mi papaito tornó á tomar la palabra, y haciendo gesticulaciones y movimientos de orador sagrado:

—Hija mía, mi buena Benedicta, nosotros sólo deseamos tu felicidad; si ella estriba en el proyectado casamiento, nos complaceremos; pe-

ro si el pretendiente no es de tu gusto ó tienes otro carifio . . . entonces no hemos dicho nada.

Arrojéme á los brazos del buen viejo:

—No me quiero casar, me carga la diplomacia y los que representan á su patria en China ó en Babilonia.

El aguerrido negociante se emocionó: su mano regordeta acarició mi cabeza con amor, sus ojos se empaparon en lágrimas, y al buscar mi frente con su boca afeitada y limpia, repetía:

—Lo que tú quieras, niña.

Mi mamá se levantó con aspecto de pantera; fué á la puerta que se hallaba abierta, cerróla dando una vuelta al picaporte, luego echó á rodar el primer mueble que hubo á mano y volviendo hacia nosotros:

—Ya estamos solos! . . . ahora tú, masón, liberalote, me vas á oír, y tú, mosca muerta, hipocritona, también me vas á oír y me vas á obedecer, comprendes, me vas á obedecer, á obedecer . . . á obedecer . . .!

—¡Pero mujer . . .! no te conozco!

—Ya lo creo que no me conoces!

—Cálmate, estás vociferando mucho . . . se enterarán los criados . . . es penoso.

—¡Que se enteren! . . . de que aquí sólo yo mando, de que no hay más voluntad que la mía, de que Benedicta es una muchacha voluntariosa, y tú . . . tú! . . .

Buscaba el vocablo más injuriente para herir con él la faz de su marido.

—Querida, estás muy excitada . . . que preparen una taza de tila . . .

—Eres un ladrón . . . por tí expulsaron á las monjitas . . . expropiaste un terreno que pertenecía al curato del padre Alatríste . . . calumniaste al señor Arzobispo en esos periódicos hebrejes que serán quemados el día del juicio . . . tú! . . . tú! . . .

—¡Pero mamá!

Virando hacia mí:

—El mes que entra te casarás con Honorato, señorita melindres, sin chistar, obedientita como una hija bien nacida, porque si no . . . si no . . .!

Caí al suelo.

Una bofetada certeramente aplicada por la irascible señora, inflamaba una de mis pupilas, provocando á la vez abundante hemorragia de sangre por mis fosas nasales.

Entonces ocurrió algo extraordinario.

Mi papá, aquel hombre excesivamente tolerante, ese señor perennemente bondadoso, en cuyos amorosos labios había siempre una sonrisa benévola y acogedora, se levantó soberbio, como gladiador que se siente herido por un mal golpe, tomó de las manos á la que lo insultaba, con hercúlea fuerza arrastróla hacia la

puerta, y ya en el dintel la arrojó lejos de sí, diciendo al mismo tiempo con voz serena:

—Aquí solo yo puedo.

Volvió á mi lado:

—¡Te ha pegado... pobrecita!

Doblegó su gran cabeza y escondiéndola en las blondas que cubrían mi seno, gimió como un niño en el regazo de su madre:

—¡Si no fué nada!

—¡Te ha pegado... pobrecita!

¡Con qué suavidad besaba los rizos de mi nuca!

¡Con qué ternura limpiaba sus ojos en mi pañuelo ensangrentado!

Yo me eché á reir alegremente.

—Te burlas?

—Si no me burlo, pero estás muy gracioso... te has ensuciado la fisonomía... con esa cara no podrá nadie tomarte á lo serio... hoy no haces buenos negocios... lo aseguro.

Busqué un espejo y lo coloqué ante su faz.

Se contempló atentamente en el cristal y después me devolvió el objeto, radiante de gozo.

—¡Es tu sangre!

Ruidosa vocinglería estalló en la pieza contigua, é incontinenti apareció Miss Jenny con el sombrero fieltro colocado al revés y las ropas manchadas de lodo; tras de ella, un pobre hombre con la cara ensangrentada, y después dos

gendarmes de aspecto imbécil y lamentables uniformes.

Interrogó mi padre:

—¿Qué ocurre?

Todos hablaban á la vez. Los guardianes, con voz aguardentosa é insolentes ademanes se decían representantes de la ley; el herido pedía un médico y la señorita Collins se indignaba:

—Este país... no civilizado!...

Y contemplando su máquina rota, una bicicleta newyorkina, de blandísimas yantas y niqueladas ruedas, aumentaba su cólera, que como la de Hércules, amenazaba no acabarse nunca. La amagaban con cárcel y multas á ella?... ¡A una profesora con títulos de London, Cambridge y Boston...!

Se quejaría á su cónsul, el gobierno de su Graciosa Majestad reclamaría enérgicamente, y si sus notas no eran atendidas con prontitud, la primer escuadra del mundo, que se ha paseado en todos los mares para inmiscuirse en lo que no le importa, amenazaría los puertos mexicanos con las bocas de sus cañones... y lloverían torpedos!

Las dificultades se arreglaron fácilmente. Mi papá encontró una buena oportunidad para ser magnánimo, y lo fué como un Gómez de Silva. El mal ferido se marchó á su casa con un buen rollo de billetes, la dómina londinense se calmó al

serle ofrecida una bicicleta de triple valor que la inutilizada, y los repugnantes municipales se largaron también en vista de la pacífica resolución de aquel conflicto, que amenazaba ser internacional.

Cuando la calma se hizo, colgándome al brazo del banquero, díjele:

—Papaito, decididamente me reconcilio con la diplomacia.

Volvióse, admirado:

—¿Aceptas á Honorato?

—¡Qué ocurrencia!. . . . á quien yo amo es á tí. . . . á tí. . . . diplomático insigne. . . . con mi mamá fuiste de hierro como el príncipe Bismark. . . . con Miss Jeuny. . . . de hule. . . . como el Santo Padre.

—¡Bravo!

Bajamos lentamente la escalera: llegamos á una puerta con cristales esmerilados, sobre los que en letras negras estaban anunciadas las horas de despacho y los días de pago: estalló un beso en mi frente, y después, levantando mi falda en la parte delantera, torné á subir de nuevo por los marmóreos escalones. . . .

• Mi madre bajaba afianzándose al barandal.

Le ofrecí mi brazo y fui ásperamente rechazada:

—¡Ya verás. . . .!

—¡Mamá. . . .

—Voy á ver al padre Alatríste!

Luego, oí los herrados cascos de los caballos golpetear impacientemente las baldosas, la portezuela que se cerraba, el brinco del lacayo, el fuetazo del cochero y el resoplido de las bestias que con ruido de cadenas tiraban del carruaje y se lanzaban triunfantes y piafadoras á la calle.

Corrí al balcón.

El coche desaparecía en la esquina, y por la ventanilla no asomó, como de costumbre, la diestra de la anciana que agitaba su pañuelo blanco.

Quedé inmóvil, atónita, apesadumbrada. . . .

Tuve miedo, pensé en el fraile que había oído mi confesión de niña, en el que por primera vez puso en mi boca el pan eucarístico, en el que me amenazó con el infierno y sus horrores, en el que me dijo que el mundo es malo, que la paz verdadera y definitiva sólo existe en el claustro y que el único amor indeficiente es el que sienten las monjas por el Crucifijo de marfil, por ese mártir ebúrneo que enclavado al madero deja correr la sangre de su costado para con ella lavar los pecados de las criaturas. . . .!

Acostumbraba pasear todos los días por el bosque acompañada de Miss Jenny, y después que caminábamos una hora, que se medía con el exactísimo cronómetro de la inglesa, descansábamos en un banco de los más solitarios.

Junto á nosotros estaba siempre un joven que leía.

Debía padecer terriblemente. Así lo revelaba su abatido aspecto, la sombra violácea que rodeaba sus negros ojos, la palidez anémica del rostro, el discreto descuido del tocado, y la sonrisa, aquel gesto infinitamente triste en el que lei después un poema doloroso.

Confieso que la primera vez que contemplé al misterioso desconocido me formé de él un juicio que en nada le favorecía, y dije á mi erudita compañera:

—Un estudiante que mira tanto las nubes, estará mejor para areonauta que para abogado, ingeniero ó veterinario. . . .

La ciclista me vió con sus límpidas pupilas, y después de una pausa prolongada respondió severamente:

—No lo crea usted, señorita, no todos los que ven las nubes sirven para areonautas, ni todos los que leen estudian para veterinarios. . . . señal de mala crianza es juzgar satíricamente los que no conocemos bien.

—¡Es verdad!

Andábamos muy espacio, sin hablar, pensativas las dos, contemplando distraídamente las hojas que crujían bajo nuestra planta.

Cohibida mi censora por el mutismo mío y aca-

so por la inusitada acritud de su reprensión, reanudó la plática con infantil timidez.

—Se ha enfadado usted?

—Yo? . . . no, señora. . . no hay razón.

La sajona suspiró profundamente.

No sé por qué desde aquel día imaginé que el pasado de mi dama de compañía envolvía una elegíaca historia de amor, una novela sin ímpetu ni histerismos meridionales, un poema lánguido y lleno de rayos de luna como las baladas escandinavas, uno de esos episodios desabridos y grises que leen con romántico interés las *ladies* pudibundas y las quintañonas de perdurable y empedernida doncellez.

Desde entonces comencé á fijar mi atención en aquel mancebo: al primer día noté que tenía muy bellos ojos, al segundo admiré su rebelde cabellera, el tercero estudié sus facciones y después descubrí en sus modales una elegancia que contrastaba notablemente con su modesta indumentaria: se parecía á Beethoven.

Poco á poco se introdujo en mi corazón por no sé qué caminos misteriosos; hizome experimentar muchas sensaciones singulares; engendró ideas raras en mi mente; cuando lo veía sentía que algo parecido á una invasión de luz inundaba toda mi alma. . . . lo amé castamente y con una ternura muy poética.

Me propuse hacer su retrato. Como todas las

mujeres desocupadas, sabía bosquejar acuarelas de esas que tienen en primer término una casita de pajiza techumbre y humeante chimeneilla; en segundo, una arboleda imaginaria y hacia el fondo un sol calumniado que pugna por ahogarse en un crepúsculo sangriento.

Dibujaba aceptablemente, y los colores aceitados eran menos rebeldes en mi imperita mano que los en agua diluidos.

La homonimia de Beethoven y mi hombre era tan completa, que me serví de un busto del eximio músico para obtener la copia que deseaba. Principié mi trabajo furtivamente, ocultándolo á todas las miradas y poniéndolo á salvo de todas las inquisiciones.

Desperdiocé muchos lienzos, rompí colérica no sé cuántos bastidores, eché á perder botecillos de pintura, inutilicé paletas, espátulas y pinceles, y hasta el caballete fué coceado en las crisis nerviosas que me acometían....!

Quería producir una concepción artística, y el convencimiento de mi impotencia me exasperaba.

Al fin, después de muchos infructuosos ensayos y prolijas enmendaduras, llegó á su término mi fatigosa tarea. No estaba del todo mal. El dibujo no carecía de belleza y fidelidad, honraba á mi maestro: la posición del retrato era elegante y natural, simpática la perspectiva, bien sombreada la lejanía, harmónicas las medidas.... pero

el color estaba muy lejos de satisfacerme, tenía suciedades cenagosas y tonos parecidos á los que adquieren las aguas estadizas en el período de su corrupción; en partes era muy vivo, en partes excesivamente descolorido; el contraste estaba buscado y hacia el efecto con una infelicidad tal, que á primera vista aquella testa parecía copia de un cromo barato.

Aplicaba los últimos toques al embadurnado trapo cuando llegó mi padre al estudio.

—Qué piensas, mi Benedictina?

—De qué papacillo?

—Vino el cura Alatríste, se apersonó conmigo, me espetó un patético sermón, habló de los deberes sociales, de mis herejías, de la humillación sufrida por tu mamá.... también de tu dicha futura.... y tu porvenir!

—¿Y tú, qué le dijiste?

—Lo envié al demonio.

—Muy bien... ¿qué te parece mi última obra?

Mi padre se preciaba de conocer pinturas é incunables.

Se aproximó al caballete y observó lo que había en él con esa meticolosa atención de las personas míopes.

—No está del todo mal.... muchachita.... pero.... me parece que has retratado á una persona sin vida.... es una cabeza trágica.... patibularia....

Después de un minuto de meditar:

—¡Qué niña ésta! . . . . ¿dónde has visto ese modelo?

Extendí mi brazo hacia el busto de Beethoven.

—Pues . . . se parece . . . . y no . . . . dijérase que has pintado el espectro de ese músico presuntuoso . . . . y le has puesto bigotes . . . . más color, niña, más color . . . . cuando termines buscaremos un marco veneciano . . . . Pellandini los tiene muy elegantes . . . . hará buen efecto en mi galería de pinturas . . . .

Un siniestro temblor sacudió todos mis miembros.

—Hablas seriamente, papá?

—Ya lo creo!

—Es decir que yo he pintado á ese hombre . . . . muerto . . . .!

—Así me parece á mí.

—No me lo digas . . . .

Y sin poderme contener caí en sus brazos llorando amargamente.

El me besaba en la frente, repitiendo:

—Presuntuosilla . . . .!

Y para aplacar lo que creía mi enojo se remontó á las más elevadas esferas de la hipérbole:

—Lo colocaremos entre la Virgen de la Silla que es admirable y la copia de la creación de Burne-Jones . . . . si no te gusta allí . . . . lo colgaremos . . . . frente al original de Denner que po-

seo . . . . treinta mil francos, criatura! . . . . y lo compré barato porque el vendedor era un imbécil . . . . qué admirable trabajador era ese artista! . . . . nada se escapaba á su observación! . . . . Tu obra está hecha con talento, pero no es perfecta ni podría serlo, pues á un ensayo sólo puede exigírsele el diletantismo bien comprendido; sin embargo, me gusta, me gusta . . . . esa faz livida que parece brotar de lo negro . . . . hace buen efecto . . . . así es el procedimiento de Carriere . . . . los retratos de Paul Verlaine, Edmundo de Goncourt y Alfonso Daudet, hechos por él, son muy hermosos.

Prometi á mi papá otra cosa mejor, y abusando de su cariño contrarié su propósito llevando á mi alcoba el objeto disputado.

¡Dios mío! Cuántas veces lo besé! Que impúdicas revelaciones eróticas le hice en voz muy baja! En las noches, al correr los pabellones del lecho, acometíanme pudores de recién casada, parecía que las pupilas del retrato observaban con pecaminosa insistencia mis movimientos y cuando el sueño llovía mi pensamiento con sus partículas de oro, sentía junto á mi rostro un aliento ardoroso y escuchaba ternezas á la vez que unos labios se tendían hacia mi anhelante boca para desflorar allí sus besos . . . . sentía su bigote, su bigote negro, posarse en mi belfo como las alas

tendidas de una mariposa negra que se prendiera en el cáliz de una flor de granado. . . .

Al despertar hallaba el tálamo en desorden, y á él, á mi bien amado, lo veía lejos, á millones de leguas, como los mundos que brillan en el cielo. . . .

Entonces mi alma se llenaba de noche: apuñaléabala el sufrimiento con implacable rabia y me llegaba el cansancio de la vida, ese amargo desamor que engendra el hastio y sigue siempre á los hondos padeceres.

Y se amontonaban en mi cerebro, como alados fantasmas, las conjeturas:

¿Qué dirá de mí? . . . . le parezco bella? . . . . elegante? . . . . distinguida? . . . . creará que tengo talento? . . . . le inspiro interés? . . . . curiosidad estúpida? . . . . amor profundo? . . . . ¡No me quiere . . . . si así fuese adivinaría lo que le dicen mis miradas. . . . seguiría mis pasos, comprendiendo que le estoy predestinada. . . . ! ¡Y por qué he de creer que es malo cuando acaso sufro más que yo? . . . . además, parece pobre. . . . . y . . . . naturalmente . . . . mi lujo y mis coches lo intimidan! . . . . qué desgracia ser rica! . . . . si yo fuese una humilde muchacha sería fácilmente dichosa!

Creo que mis facultades mentales padecían.

Sentíame débil: perdi el apetito, y la histeria se declaró muy luego por medio de obsesiones

y melancolías. Los médicos hablaron de baños termales y pobreza en los glóbulos sanguíneos, pretendiendo curar mi mal con frascos de emulsiones, vinos ferruginosos y duchas de alta presión. Ignoraban que había bebido un filtro mágico, y mi hechizo únicamente podrían curarlo las caricias de aquel que no llegaba! . . . .

Un día cualquiera, en el momento de salir, fui á buscar á mi costurera para que arreglase un pliegue de mi enagua, y encontré que había sido separada de la casa.

Esa noticia me agradó mucho: la mujerona que á mi servicio estaba era bachillera, viciosa, ladrona y murmuradora.

Después hallé en el costurero á la sustituta: una muchacha vestida pobremente, que escuchó con los ojos bajos las instrucciones que respecto á sus cotidianas labores le di:

—Aquí tiene usted mis llaves: la de metal sirve para las chapas de los guardarropas; la grande corresponde á la cerradura de la alcobita; esa níquelada y plana que tiene unos piquitos en la punta, es la del tocador, ya sabe, la pieza del espejo grande; tendrá que ver diariamente mi ropa para que esté siempre en buen estado; los sombreros serán guardados en sus cajas, los guantes se limpian muy bien. . . . . la señorita Jenny le enseñará el procedimiento. . . . los zapatos se colocan en la cómoda de cajones. . . . .

deben conservarse perfectamente aviados... cuando haya desperfecto en ellos hay que avisar al almacén para que provean de nuevo... allí tienen mi forma... este llavín de plata es el del alhajero... lo conocerá sin gran trabajo... una caja de palo negro con incrustaciones... las perlas y los diamantes se lavan con amoniaco... lo de oro con agua y unos polvos especiales que hallará en la casa de Wiener... creo que eso es todo por ahora... ah!... le recomiendo que todas las mañanas mande comprar rosas blancas, y cuando no haya rosas, violetas... se ponen en el mueble de peinar... ya sabe.

—Muy bien.

—Ningún criado tiene que ver con usted... está exclusivamente á mis órdenes... cuidará mucho al gato!...

—Sí, señorita.

Como estaba enamorada, me hallaba en el período más optimista de la vida, en ese ciclo psicológico en que todo lo bueno que hay en el humano sér se desborda en corrientes de altruismo y no queremos que haya pesadumbres en torno nuestro, porque tenemos una moneda de valor para el mendigo, un consuelo para el afligido, una lágrima para el huerfanillo y una tolerancia inagotable para todas las miserias...

Sentía hacia la joven muy vivas simpatías.

Favorecía en cuanto pude. Me infundían religioso respeto la austera sencillez de sus costumbres y su modestia tan sincera, aquella humildad de mujer resignada á todo, que la elevaba á tan gran altura sobre mí; hablaba poco, nada más lo indispensable para contestar á las interrogaciones que se le hacían, su voz tenía sonoras modulaciones, creeríase arpa eolía pulsada por los dedos de un poeta, sonreía tristemente y siempre ocultaba los ojos tras el fleco sedefío de sus arremangadas pestañas.

Confieso que la blancura de su piel, su vestido de poco costo, el pañolón de burda lana que cubría sus hombros, la encarnada mascadilla que ataba á su cuello, hacían de ella un tipo interesante.

Adiviné muy pronto su pobreza, una indigencia sobrellevada sin desesperación ni desalientos; en su impassible calma comprendí un corazón enérgico y casi varonil, que luchaba por la piltrafa con la angusta perseverancia de las almas superiores, y muchas ocasiones, al comparar mis rubios cabellos con los negrísimos de Evangelina, sentí en mi pecho el áspid de la envidia, esa culebra ponzoñosa que nos impide admirar las cualidades que otros tienen.

Un día le pregunté la causa de esa morriña que la consumía, y contestó, clavando en los míos sus grandes y flamescentes ojos:

—No me entristece la miseria, me aflige la soledad.

—¿No tiene usted padres, parientes, amigos, novio?

—Nada.

—Ningún afecto? . . . ¡es increíble!

—¿Verdad que es muy triste vivir entre muchas gentes y no estar ligada á ninguna por vínculos de ternura?

—Ciertamente. Pero usted es joven. . . . podría, sin trabajo, encontrar un buen marido.

—¿Casarme? . . . eso no. . . . para qué? . . . los hombres son malos.

—No lo crea usted, el mundo no es tan perverso como lo imaginan los que se sienten abrumados por el peso de un padecimiento: habrá muchas espinas en la estepa de la vida, la ingratitude nos hará desfallecer en muchos instantes crueles, los odios gratuitos nos atacarán rudamente en las encrucijadas; pero siempre pasarán á nuestro lado gentes buenas, gentes piadosas que nos tenderán la mano para impedir que maldigamos al destino, que es el dedo de la fuerza universal y nos impulsa á un fin que nuestra inteligencia no podrá abarcar por mucho que especule. . . .

—¿Será cierto? . . .

Otras veces hablábamos familiarmente, como

dos hermanas que hubiesen vivido un luengo lapso de tiempo separadas:

—Verá usted, señorita, las tagarninas son de muy difícil manufactura, el uso de las tijeras lastima los metacarpos, el cuchillo hiere las puntas de los dedos, la espalda se encorva y los dolores de nuca son terribles. . . . luego el hedor del tabaco. . . . un minuto es agradable, á la hora, repugna, á los quince días, enerva, al año, comienza á matar: también fui pitillera; la uña de lata estropea la piel y en invierno salen sabañones. . . . y después la compañía. . . . gente-cilla de barrio bajo, de malas costumbres y aficionada á mortificar á las decentes. . . . porque yo no soy una cualquiera. . . . mi madre fué dama de honor de Doña Carlota. . . . y mi padre tenía un gran empleo en palacio. . . . chambelán. . . . figúrese usted.

Un domingo fué Evangelina á mi alcoba por algún objeto, y al ver el retrato que yo había hecho, interrogóme con angustia:

—Quién es?

—No lo sé. . . . esta pintura me la obsequió mi papá. . . . por qué me hace usted esa pregunta. . . .?

Guardó silencio largo tiempo y habló después, recalcando sus palabras:

—Da usted importancia á ese retrato?

—Ninguna absolutamente.

—Entonces. . . . . démelo. . . . . para mi es la dicha!

No supe qué responder, y ella, aprovechando mi atrojamiento, gritó rabiosamente:

—Pues si no me lo da, lo tomo.

Descolgó el objeto de la disputa, y salió de allí dejándome admirada.

Instantes después llegó Miss Collins hecha un brazo de mar.

—¡Oh! querida amiga, he tropezado en la escalera con esa pobre muchacha, y me ha lastimado su dolor. . . . mientras más estudio á usted más me convenzo de que carece de sensibilidad y no tiene interés por los pobres. . . . le voy á traer algunos libros buenos para que modifique un poco sus ideas. . . . es necesario saber que la vida no es amable para todos.

Cuando volví á ver á mi desconocido, dominando mi emoción le sonreí carifiosamente: quedóse alelado ante mi atrevimiento, y observando yo que no seguía mis pasos, descalceme un guante y al disimulo le llamé: estaba decidida á todo, hasta á defraudarme en el concepto que de mi recato se formase.

El homenaje de aquel hombre era necesario para mi tranquilidad, me apoderaba de él ejerciendo mi derecho de hembra; si la costumbre, la conveniencia ó la ley me condenaban, la naturaleza me absolvía. . . . era mío. . . . y nadie

debía perturbar las concomitancias que hermanaban nuestros corazones.

Lo demás fué fácil. La primera carta y también la respuesta consiguiente, ese prólogo perennemente vulgar que se repite en casi todos los dramas sentimentales; después un noviazgo epistolar con sus puntas de romanticismo, los temores á la materna policía, flores con el perfume de su amor en mis cabellos, un canje de fotografías, y tantas y tantas bagatelas de esas que á pesar de su trivialidad pueden eslabonar dos almas para amalgamarlas luego perdurablemente.

Recuerdo las escenas que con rapidez de melodrama se fueron sucediendo.

Mis padres se enteraron de nuestro comercio y hubo en casa peloterías y disputas: que yo era una descarada y carecía de recato y educación porque había degradado mi clase hasta abajarme al nivel de un pobre hombre; mi progenitora se avergonzaba haberme parido, y su maldición, el iracundo anatema, era lo que irremisiblemente me esperaba si persistía en tan depravadas inclinaciones.

Yo, encaprichada, respondía con imperturbable calma á todas las indirectas y á todas las argumentaciones:

—¡Lo quiero!

Me sentía feliz padeciendo por él. Fueron im-

potentes, amagos de castigos inquisitoriales, preparativos de un viaje, amenazas de abandonarme y la perspectiva de un porvenir que, según la irascible señora, estaba lleno de indigencias y arrepenimientos. Las argucias más hábiles se estrellaron ante el paladión de mi voluntad: intervino el juez, fui alojada en casa extraña mientras se tramitaban las fórmulas de ley, y á pesar de todos los obstáculos, y á pesar de todas las contrariedades . . . me casé!

Realicé todas mis ambiciones: era rica, joven, hermosa, tiernamente amada . . . y . . . sin embargo . . . la dicha, la mosca de oro que persiguen en su fiebre de egoísmo las almas que no se difunden, no aleaba aún por los tuestos de mi ventana . . . !

Mi padre no pudo resistir al dolor que mi elección le causó.

Jamás dejó de manifestar afecto á mi marido, nunca permitió que en su presencia mi madre se desmandara en sus estropicios, y como lo acostumbra, me prodigó caricias y me regaló presentes lo mismo que en mis tiempos de muchacha soboncilla.

Pero de grueso que era se trocó en escuálido, de atlético y viril, en desmadejado y canijoso, de alegre y epigramático, en taciturno y solitario, de entusiasta y bravo, en indiferente y apocadado . . .

Su cerebro se descompuso, perdiendo la habilidad y el atinado golpe de vista que tan notable lo hacían en los negocios: se metió en mil empresas descabelladas, y la megalomanía financiera que le dominaba fué causa de muchos y sucesivos descalabros, que, como era de esperarse, mermaron prontamente su capital: primero una compañía colonizadora, luego un yacimiento carbonífero, después no sé qué manantiales de aguas sulfurosas, y por último, minas de oro, monopolios de trigo, plantaciones de hule . . . bonos de la deuda . . . terrenos baldíos . . . la ruina!

¡Pobre hombre! Después de sufrir un desastre buscaba consuelo en sus cuadros y en sus libros empolvados, olvidando por unas cuantas horas que la bancarrota llegaba destructora como un incendio y terrible como un mar que se desborda.

La fuga de un granuja que huyó, llevándose consigo una buena suma de dinero y documentos importantísimos, dió al traste con su cordura, y los primeros síntomas de la enajenación mental comenzaron á hacerse manifiestos.

Pretendía hacer un catálogo bibliográfico, y para procurarse datos gastaba en volúmenes todo el dinero que por sus manos pasaba: los bibliómanos, los bibliógrafos y los libreros lo robaron descaradamente. En un espacio de varios meses nuestro hogar se vió invadido por los

especuladores y comerciantes de lance, y ese inicuo vandalismo no acabó hasta que el anciano salió de la casa rumbo al manicomio!

Innúmeras ocasiones procuré contener su inaudita manía.

—No compres ya tantos libros, papacito, todos esos pillos que traen infolios te roban y explotan tu candidez... estás siendo víctima de un abuso repugnante....

—Déjame, chula, yo sé lo que hago.

—Mira que te engañan como á un niño.....

—No lo creas.

—Si lo estoy palpando... has pagado ochenta duros por ese tomo inútil.... es justo?

—Un Ovidio, monina, un Ovidio!.... y aquel con pasta de pergamino, que ves junto al tintero, es la historia de los incendiarios de bibliotecas, fueron... muchos... Omar... Amurates IV.... Tito.... León el Isáurico.... Nerón.... es una obra muy curiosa y me propongo comentarla....

Temiendo la inminente aproximación de un desastre económico, que necesariamente acabaría con las reducidas rentas que me quedaban, pedí consejo á Miss Collins, pues mi madre no salía de la iglesia, y mi marido, por una delicaza mal entendida, me había prohibido terminantemente que le hablase de los negocios atafie-deros á mi fortuna particular.

Mi desconsuelo fué muy grande. Parecía que todos los habitantes de aquella morada habían perdido los bártulos. La inglesa se negó á escuchar mi consulta. Andaba muy preocupada por no sé qué misteriosos asuntos. A la de alba se desencamaba: después de rapidísimo aseo tomaba asiento junto á su mesa de lecturas y escribía larguísimas cartas, pliegos alargados á manera de minutas de notario, cuadernos como folletos, notas copiadas de libros, cálculos algebraicos, figuras geométricas.... qué sé yo! A las tres de la tarde tomaba un ligero alimento y se echaba á la calle, rumbo al correo, para enviar documentos y recabar su correspondencia, que cada día era más voluminosa. Aunque yo estaba muy acostumbrada á las extravagancias de la prójima, sus manías, cada vez más singulares, y la vida misteriosa y funambúlica á que se había dado, principiaron á preocuparme: temí que la ilustre dama se hallase en connivencia con gentes tenebrosas... anarquistas, conspiradores ó fabricantes de moneda falsa.... era capaz de eso y mucho más..... Una tarde, aprovechando su ausencia, entré á su aposento, y sobre el famoso pupitre ví muchas cartas con los sobres dirigidos..... Mme. Jeanne Dieulafoy..... Miss Maud Gonnet... Comtesse de Mirabeau... Mme. Margarite Poradowska.... Mme. Alfred Vallete.... Mlle. Louise Michel... Mme. Mary

Summer... el feminismo había acaparado todos los alientos de la señora... ¡menos mal!

Edmundo estaba siempre triste. Padecía una enfermedad sin nombre y su salud se arruinaba violentamente. Era un melancólico incurable. A mi lado siempre se mostraba huraño y tímido; mis más apasionadas carantofías le hacían sonreír tristemente, y á mis preguntas de mujer enamorada sólo tenía contestaciones vagas.

—¿Por qué estás tan torvo, maridito?

—No tengo nada.

—Yo quisiera verte riente y endiablado como un chiquitín... parece viejo.

—Es mi carácter.

—¿Vamos esta tarde al teatro?... Maggi no es un genio, pero tiene discreción... dan un drama de Henrick Ibsen... ha hecho furor en París... creo que te distraerás un poco... mando comprar los billetes...?

—Si tú quieres.

—Digo que enganchen?... iremos al bosque... por el parque de los venados... donde nos conocimos... te acuerdas...?

—Donde gustes, menos allí.

—¡Dios mío!

—De qué te quejas, Benedicta...?

—Yo... de nada!

Le adoraba, veíale siempre generoso y bueno, cada día engrandecerse y elevarse más á mis

ojos... y alejarse... huir de mí. Cuando íbamos al panteón á depositar coronas sobre la lápida que en memoria de su madre se había erigido allí, lloraba mucho, y era tan grave la depresión moral consiguiente á esos accesos de sensibilidad, que frecuentemente después de visitar la ciudad de las tumbas, caía en cama.

Si dejaba de rociar con sus lágrimas las magnolias que florecían en aquel pedazo de tierra abonada por el cadáver venerado, volvíase más pensativo y huraño, le acometían ataques epilépticos con aterradora intermitencia, y yo, acobardada, lo conducía de nuevo á esa huesa que me daba celos... .

Su salud, cada día más quebrantada, hizo que trasladásemos nuestra residencia á una finca rural.

Cuando paseábamos por los campos, los arrendatarios nos saludaban con respeto y lástima á la vez; á fé que esa compasión tenía razón de ser: éramos dos juventudes aniquiladas por el sufrimiento y las enfermedades, una pareja desventurada, dos amantes desahuciados del placer, que veíamos á lo lejos abrirse una sepultura que en nombre de no sé qué fuerza incógnita, pedía para la tierra el tributo de una vida.

Yo no era ya aquella mujer tan bella y celebrada, que respondía con hechicera sonrisa á los intencionados piropos de sus devotos. Había si-

do radical la metamorfosis. Mis formas se exanguían rápidamente, estaba mi rostro anguloso, icterica mi piel, ásperos mis cabellos y mortecinas mis miradas. Las modistas no descansaban en la tarea de angostar mis vestidos; en mis sienas blanqueaban hilos de plata . . . y . . . arrugas . . . si . . . arrugas tempraneras extendían muy hondos surcos por mi frente y por mis sienas . . . estaba vieja!

Una noche, Edmundo, que adormecía su calenturienta cabeza en mi regazo, levantóse fieramente y habló como un sonámbulo:

—Comprendo que eres muy desgraciada, mi buena Benedicta, y el sufrimiento tuyo aumenta cada día el peso de la carga que me abrumba . . . he sido malo . . . te arranqué de una vida de placeres para darte otra de lágrimas . . . no he logrado que seas feliz á pesar de haberte amado tanto . . . también hay otra mujer con la que yo fui verdaderamente infame . . . una huérfana que desde que éramos pequeños cifró en mí todas sus ambiciones juveniles . . . es Evangelina . . . la conoces tú . . . escucha, Benedicta mía . . . cuando yo muera . . . será pronto . . . buscarás á esa muchacha . . . la protegerás . . . la amarás, porque tienes con ella un débito de cariño . . . me lo prometes?

—Sí . . .

—Oh! . . . dílo muchos veces, repítelo á cada

momento; que haga desaparecer la música de tu voz el ruido que me atormenta desde el día en que nos casamos . . . es así como si se me hubiese introducido un moscardón en cada oreja . . . tú eres una santa y no podrás nunca saber cuán severa é implacable es la conciencia . . . no me ha dejado dormir tranquilamente . . . ni una noche . . . ni una sola.

Llegó el doctor minutos después que le mandé llamar.

Observó á Edmundo con prolija atención, hizo preguntas lacónicas luego escribió nerviosamente una fórmula y salió de la habitación muy preocupado.

Había sido condiscipulo de mi esposo.

Al despedirse de mí noté que su mano temblaba ligeramente. Condújelo al salón principal, y ya convencida de que nadie nos oía:

—Dígame usted la verdad . . . se lo suplico.

—Animo, señora.

—Qué tiene . . . ?

—Se está muriendo.

Quedé atónita. Las ideas se me escaparon. Suponía que el galeno me engañaba. No quería ver de cerca esa desgracia que se aproximaba, evocando con su aparición las injusticias que iba á imponerme la suerte, arrebatándome al hombre á quien con toda mi alma amé en la vida.

Conservo en la memoria, fotografiado con opa

cos colores, el lúgubre cuadro de aquella noche.

Una lamparita iluminando con mortecina claridad la alcoba. El silencio interrumpido sólo por los alaridos de los perros de las vecinas granjas. Un olor de farmacia difundido en la atmósfera viciada de la alcoba: el regimiento de redomas con diversas medicinas, alineado en batalla sobre el mármol de algún mueble... y la muerte, como verdugo que espera á un condenado... haciendo guardia con su guadaña al hombro!

De repente, agitóse el enfermo entre los cojines.

Desplomóse en las almohadas... y me abracé á un cadáver.

Pensé en Evangelina... que sería de ella?... había quedado abandonada; sin duda buscó trabajo, y no logrando obtenerlo, realizó el modesto mobiliario... acaso el lecho en que dormía... tal vez las ropas que cubrían su cuerpo macilento... luego... crecieron las mareas, llegó el instante de las luchas desesperadas, y aquella mujer indiferente á todo porque en su alma no quedaban ya ni momias de esperanzas, ante el espectáculo de su ruina y de sus creencias, desesperada de tantas bregas sin victoria y no teniendo ya objeto alguno que cambiar por dinero, diría como Fantine:

—Vendamos lo que hay!

Como al evocamiento de un conjuro, ví á mi lado á la infeliz en quien pensaba.

No era sueño.

Miss Jenny Collins la llevaba de la mano.

—Señorita Benedicta, sé que ha muerto Edmundo y vengo á suplicar á usted que me permita besar su frente... amortajarlo... acompañarlo al camposanto...!

—¡Todo, amiga mía!

Nos abrazamos. La señorita Collins interrumpió nuestra expansión con brusquedad:

—Traigo noticias importantes.

—Qué ha ocurrido...?

—Su padre de usted ha muerto de parálisis ascendente en el Hospital de San Hipólito, y en cuanto á su mamá, me encarga notificarle que ayer ha marchado para Italia en compañía del canónigo Alatríste, para formar parte de una peregrinación que va á visitar al Papa...

—Muy bien... Evangelina... ya estoy sola... usted será mi hermana... vivirá siempre á mi lado... no es verdad?

—Sí...

Y yo?...

—A Manchester... con sus bicicletas... sus biblias... sus libros... sus impertinencias... y sus majaderías... me tiene frita la sangre!...

—No me voy.

—Pretende una indemnización pecuniaria... bien... le doy todo lo que tengo.

—No!

—Entonces...?

—Quiero que me siga usted, que se asocie a la empresa que me preocupa y una sus energías a las mías para hacer el bien hasta donde nuestras fuerzas morales y nuestros materiales elementos lo consientan....

—No entiendo....

—Nosotras tres debemos fundar una colonia...

—Una colonia....!

Y se disparó con un discurso:

—Huyamos de las ciudades que corrompen, ya que vegetando en ellas no podemos hacer nada en pro de los desheredados; alejémonos de las metrópolis tremolando como lábaro redentorista, una bandera inmensa, lo suficientemente grande, para poder cobijar todos los padecimientos; lo suficientemente augusta, para poder enjugar todas las lágrimas; lo suficientemente hermosa, para poder sublimar todas las almas! Cultivemos la tierra que es proficua; hagamos vida primitiva y laboriosa, protestando de ese modo contra los errores y los crímenes de una civilización degradada por las más irremediables decrepitudes; dejemos de ser escarabajos de la montaña de estiércol, siquiera en nombre de los millones de tejedores, cuyas madres, cuyas esposas, cu-

vos hijos, perecen de frío en los suburbios; siquiera en nombre de los millones de mineros que mata la hulla; siquiera en nombre de los millones de tahoneros cuyas familias diezma el hambre; siquiera en nombre del proletariado, en nombre del derecho al bienestar que desconocen los acaparadores que inicualemente explotan al trabajo!

Evangelina aplaudió jubilosamente:

—Tiene razón la señora!

Protesté con timidez:

—Esas ideas son bellas, sugestivas... pero impracticables!

La evangelista respondió transfigurada:

—Cualquiera utopía, cuando entraña algún altruismo, no es locura.

—Usted propone la disgregación social, el repudiamiento de las leyes que rigen y unifican todas las agrupaciones de gentes, un desastre indescriptible y horrendo.... el caos, en fin!

—De la nada surgieron los mundos!

Y tornó a vociferar arrebatada por su demolidora elocuencia.

Accionaba exactamente como un *leader* en un *meeting* de antiesclavistas ó demagogos, de esos que sudan sangre.

Algunas horas después, cuando la dama jadeante y medio muerta se dejó caer en brazos de Evangelina, como abrumada por su elocuen-

cia, yo ya estaba tan convencida como ella y la que después de haberme odiado, fué mi amiga más amada.

Al albear se levantó la arengadora, y señalando el horizonte, alumbrado tenuemente por el primer albor solar, se dirigió á la puerta:

— En marcha.

Las tres, tomadas de las manos, echamos á caminar sin rumbo ni derrota, porque íbamos hacia el porvenir, á un mundo nuevo y preñado de esperanzas, para predicar el verbo futuro, y si preciso fuese, si las persecuciones y las injusticias nos orillaban á ello, á azuzar á la gleva á una lucha formidable, á una pelea rabiosa, que alumbrarían siniestramente las explosiones de las bombas que, acompañadas de las blasfemias de los dinamiteros, se elevarían como un gran grito estertoroso y trágico, sobre los escombros de una sociedad destruida por los furores del oprimido.

Entiendo que la historia de Benedicta no debe, propiamente, terminar aquí.

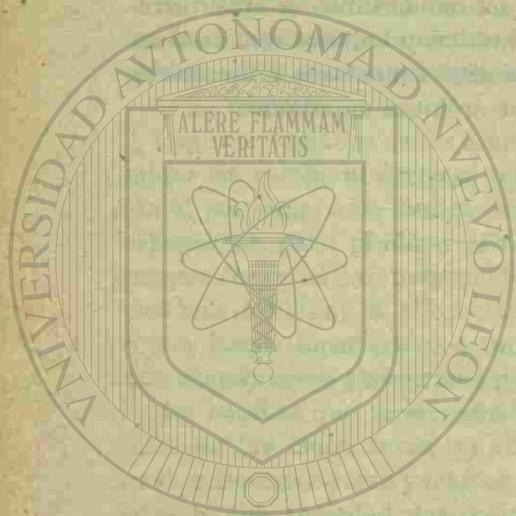
Creo que la novela interesante de ese espíritu tan sensitivo y superior, comienza á iniciarse en el punto en que fina la relación que he publicado.

Pero, por una deplorable desgracia, la curio-

sidad de los lectores no podrá quedar hoy satisfecha, pues el virtuoso varón que me facilitó los papeles que indiscretamente lancé á la publicidad, abandonó no ha muchos días la vida terrena, quedando sus infolios y valiosos manuscritos en manos de cleriguillos simoniacos é incapaces de preocuparse por crónicas mundanas.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

## EL VIEJO ERROR.

A JOSÉ JUAN TABLADA.

Quando conocimos á Pedro de Guevara, era un mozo bastante agradable, muy social y de un regular talento.

Nunca al frecuentar su trato llegamos á imaginar el fin trágico que á su vida estaba reservado en venideros días.

Se hacía simpático, porque las prendas que le adornaban, si bien vulgares, se destacaban muy superiormente en el medio despreciable en que ellas gravitaban.

Tenía modestia natural, y no se consideraba necesario porque sabía perfectamente que la vida de la criatura nunca llega á pesar una dracma en los destinos universales.

Desde que aprendió en la escuela la fábula del elefante y la hormiga, arraigó en su mente la convicción inquebrantable de que nadie es superior á nadie, y nunca pretendió imponerse á

los demás ni por la fuerza, ni por la inteligencia, ni por el valor, ni por la virtud, sosteniendo, con muy moderadas razones, que un coloso puede tropezar con un gigante, un erudito con un sabio, un valeroso con un temerario y un virtuoso con otro, que lo sea infinitamente más.

Encontraba siempre el principio de lo relativo vinculando las más opuestas divergencias de las cosas: no admiraba nada á fuerza de juzgarlo admirable todo: anonadábanle por igual manera las grandezas cósmicas como las insignificancias terrenas. Era altruista sólo por bondad, sin beatitud, practicaba el bien ocultamente, procurando no alcanzar fama de hombre bueno, respetaba todos los dogmas religiosos, porque en su aparente ateísmo había un credo en el que se interesaban todas las sectas, creía que morir es tan natural como nacer, buscar la muerte sin obedecer á un impulso superior á ella le parecía ridículo y tonto, esperarla impasible, sin desprecio ni temor, lo creía soberbio.

Siendo displicente y áspero (sin trasponer las fronteras de las buenas formas) le querían bien las mujeres, quizá porque su atrevimiento en las lides del corazón estaba siempre en sabia armonía con el peso de sus bolsillos; poseyendo oro arriesgábase á las más peligrosas empresas, asaltaba con impasibilidad heroica fortalezas inexpugnables, y vencía frecuentemente, tratando á

las viejas como niñas y á las niñas como viejas.

Cuando estaba pobre descendía rápidamente el termómetro de sus entusiasmos, y como sus idealidades ó ambiciones eran susceptibles de maravillosa elasticidad, contentábase con triunfos fáciles, porque como es de suponer por lo ya dicho, era de esos feroces razonadores que prefieren algo á nada, y una victoria sin lauros á un desastre con ellos.

El dinero hacía las grandes metamorfosis en sus costumbres.

Cuando frotaba en sus manos un buen puñado de metal acuñado, acicalábase cuidadosamente, hablaba recio, ensayaba grotescas posturas ante el espejo y corría por las calles monologando alegremente:

—Puedo gastar, luego soy rico, veinticuatro horas, diez, dos ó una, no importa eso, mañana amaneceré sin un centavo, pero hoy no soy inferior á ningún potentado: iré al baile de máscaras, comeré una langosta en la fonda de Recamier ó el café de Paris, luego me dejaré arrastrar por cualquier coche de alquiler, haciéndome la ilusión de que es un regio cupé Dorsay con asiento trasero é innóviles lacayos... aprovecharé mi tiempo.

Y aquel desdichado, que vivía de un empleillo de segundo orden, almorzaba en el restaurant más elegante, bebía champagne, jugaba, y apa-

recia en una butaca de la ópera con la majestad de un secretario de embajada.

En aquellas crisis, no era extraño que el Pedro de Guevara que visteis ayer repantigado en el landó, sonriendo con opulenta estupidez al lado de una belleza difícil, fuera el mismo que en la noche trepaba las empinadas escalerillas que conducen á las galerías del teatro por horas, para oír maullar á la Soler, acompañado de la obrerilla pispireta, ni más ni menos que un hortera de infima calaña. . . .

En sociedad era muy distinguido.

Nunca se manifestó refractario ni entusiasta á la coyunda matrimonial, y cuando algún camarada de las primeras calaveradas le anunciaba su matrimonio, se contentaba con desearle, con la mejor buena fe del mundo, paz octaviana y numerosa y masculina sucesión.

Eso no obstante, el día en que se despidió de la goma, anunciando en preciosas esquelas su enlace con la señorita Loulie Parkes, los viejos compinches se escandalizaron.

¿Por qué?

Simplemente porque Pedro de Guevara, á pesar de lo ampuloso de su apellido, era pobre, pobre como un sopista, y su futura compañera la hija de un millonario, de uno de esos ingleses de narices coloradas, guantes amarillos y bastones horribles, que nos llegan á México triturando el

español y se nos van cargados de libras esterlinas . . . . .

Abundaron bromas ultrajantes, hubo epigramas sangrientos aguzados por la envidia, la dignidad del mancebo quedó como no murmuraran dueñas, y en cuanto á la que le aceptó, era una pazguata que ni el manicomio merecía.

Loulie Parkes amaba á Pedro de Guevara?

He ahí un problema.

Porque sir John Gordon Parkes, á pesar de sus narices y de sus biceps robustecidos en todos los sports usuales en su poderosa isla, se había casado en Nápoles con una milanese algo vieja, que en sus mejores días había hecho las delicias y las aventuras donjuanescas del teatro de la Scala.

Fruto de aquel ayuntamiento fué la blonda Loulie.

Lo cual quiere decir que por sus venas corrían mezcladas, en iguales partes, la sangre latina y la sajona.

Nosotros creemos que la solterita amaba á su adorador, porque sin vacilación alguna, al ser solicitada, le ofreció su linda mano, suponemos también que le quería á su modo, todo lo que estimarle podría una beldad que en el piano era una potencia, en la mesa un trapista, en la calle un figurín y en la vida doméstica una plaga más terrible que las que al Egipto asolaron.

El joven poseía virtudes de buena cepa, era caballeroso y leal, pero esas prendas, que hubiesen constituido el ideal de una mujer de talento, no fueron ni con mucho el talismán que sedujo á la heredera.

Pedro agradó á Loulie porque anudaba la mariposa de su corbata con elegancia incomparable, porque había observado ella en su manera de vestir, una originalidad sobria y distinguida, y también porque sabía de muchas fuentes verídicas que Coblentz le proveía de guantes, que en los talleres de Chaveau confeccionaban sus levitones y que muchas mujeres de la vida alegre y de la triste se pirrabán por él.

Eso es simple y ridículo si se quiere, pero... á quién echar la culpa de que las más reñidas batallas de amor las ganen frecuentemente un bigote, una sortija, un sastre y un peluquero.....?

Referimos un caso vulgar.

Loulie Parkes merece muy grandes indulgencias porque no es Lucrecia ni Cornelia, ni Artemisa, sino una mujer del día que permite á la moda ensayar en su cuerpo las mayores extravagancias, tiene abono en frontones, hipódromos y teatros, caballos ingleses en la cuadra, crisantemos en el invernáculo, admiradores en el estrado y una gran dosis de fastidio en el alma, el hastío enervante de las niñas frívolas, el engendrador de la clorosis y los noviazgos inspidos, el

torcedor sempiterno de las señoritas ricas, cuya principal ocupación consiste en no tener ninguna.....

Al obscurecer de un ventoso día de Febrero, Loulie, recargando sus elegantes brazos en la baranda del balcón, ensimismábase en una de esas meditaciones que frecuentemente se acoplan á la limitada imaginación de las hembras de su porte.

No veía el astro rubio fundiendo sus postreras lumbres en un crespón de nubes, que colorándose en todas las tintas se disolvían en suavísimas esfumaciones sobre el fondo violáceo del espacio, ni los primeros parpadeos de Aldebarán y el Serpentario, ni las hojas del jardín doradas por los últimos pincelazos de la luz, ni el espejo ensangrentado de la fuente ó los pájaros que murmurando se acurrucaban en los nidos.

Pensaba que la vida aristocrática es chocante en un país donde la palabra aristocracia carece de etimología, que algunas veces escasean los placeres y no hay saraos ni campestres caravanas, ni siquiera una hecatombe ferrocarrilera que sirva de pretexto á una fiesta de caridad, en la que á nombre de los desvalidos se pueda reír un poco, exhibiendo el último vestido.

Buscó el diario noticiero, esperando un minuto de distracción, y nada! ni una croniquilla escandalosa velando en las iniciales nombres conocidos, ni un lance de honor entre hombres que

nunca tuvieron honra, ni una riña á tiros en la Maison Dorée ó el Peñón Turf Exchange, nada! ni siquiera un sátiro que estupre á una niña de nueve años ó un mamón de veinte meses que asesine á sus papás.

Loulie Parkes se exasperaba, cerraba los puños, poseída de una rabieta muy cómica, y como el tirano deseaba que Roma tuviese una sóla cabeza para cortarla, ella quisiera que el mundo fuera el ramillete prendido á su seno palpitante, ah! entonces lo desmoronaría en los dedos como á esas pobres rosas que en su arrebató deshojaba.

Entró Pedro de Guevara esmirriado, zancajeando, bastón de caña en la cubierta mano, monóculo en el ojo, y pomada hasta chorrear, en la cabeza prematuramente calva y ornada ya de argénteas hebras: muy distinguido.

La damisela lo consideró un instante: soberbio: decididamente era un tipo: bonitas patillas, la levita irreprochable, espejeante el disco adherida á la cuenca de su izquierda pupila, aplanchada y bombacho el pantalón, insinuante la sonrisa, no tenía remedio, ese caballerito valla más que los otros que ella conocía.

Loulie Parkes estaba elegre.

Y para halagar á su amigo tradujo una frase muy inglesa:

—Está usted muy Brummel

El no dijo nada; buscando un mueble bajo, tomó con las puntas de los dedos las de su redingot, metiéndolas entre sus piernas que á la vez cruzaba de tal modo que descubriesen la media, y modulando la voz como un comediante, habló tres palabras de arte, cuatro sílabas de política y unas cuantas interjecciones admirativas de toros ó pelotas.

Loulie Parkes, sugestionada por la discreción de su visitante, ó asaltada por súbito capricho, que eso á punto fijo no lo sabemos, dirigió la plática, con habilidad femenina, á un terreno que acabó por colocar al joven á sus pies, jurándole amor como un mentecato.

Ese fué el origen de la proyectada unión.

El casamiento estuvo fastuoso: celebróse en un templo elegante y fué un derrochamiento de lujo, un certamen de hermosuras y tocados, una verdadera feria de las vanidades.

Acabada la ceremonia, los novios, después de ofrecer una flor de azahar á sus amigos íntimos y oír las felicitaciones de ordenanza, subieron dichosos al carruaje que esperaba en el atrio de la iglesia.

Condújolos el vehículo á una estación ferroviaria.

Trasladáronse al instante al Pullman Car.

Sonó un pitazo disuelto en cauda de humo, y el caballo del siglo echó á correr.

Un tren que se va, parece un pájaro que vuela; huye rápido como zaeta que lanzó el arco de hábil tirador, deja en el aire una estela blanquecina avanza mucho, hace gemir las paralelas encorvadas destacándose ante el ojo del observador lo mismo que una gran pipa humeante, luego, empequeñece gradualmente, hasta quedar reducido á un punto negro y desaparecer en los tramontanos horizontes. . . .

Cuando regresaron los desposados nadie los conocía.

Loulie gastaba un lujo de princesa rusa, su hermosura hubiera causado envidias á las amadriadas; todos admiraban la ventura de Pedro, ese dichoso que era poseedor legítimo de una mujer admirable, dueño legítimo de una fortuna fabulosa y padre legítimo de un niño como un querubín; decididamente tenía buena fortuna!

Y sin embargo, la aparente felicidad del matrimonio era como el telón que discretamente ocultaba el escenario donde iba á representarse muy pronto una tragedia que daría pasto á la murmuración social.

Su ventura era sólo una urdimbre de apariencias.

Estaba triste y arrepentido de aquella locura que en un instante de irreflexión aherrojó su existencia á una voluntad robustecida con los derechos insolentes del que paga.

Los esposos escondían bajo el velo de las más alambicadas ceremonias un odio mutuo é intenso, enconado y cruel, cobarde y brutal, artero y vil, comprendían que al juntarse habían cometido una equivocación que había de pesarles todo el tiempo que la vida les durase. Loulie aborrecía á Pedro porque instintivamente adivinó la gran superioridad moral que sobre ella tenía; él, por su parte, la encontraba demasiado rica, reconocía que, al casarse, hizo la más sangrienta y cobarde inmólación de su libertad, que la dote que ella aportó á la sociedad conyugal era un título, una fuerza, una pragmática de que usaría para imponerle sus antojos, obligándole por la violencia á transigir con hábitos que él detestaba.

¡Pobre incauto!

Al cambiar de vida, al trocar su pobreza alegre y su buhardilla de soltero por una riqueza metafísica y unas comedidades burguesas, soñó con las dulzuras del hogar, los amores castos de la esposa y los besos de los hijos, y tenía un pequeño miedo que su mujer no amamantaba por miedo de perder la belleza, un niño que enfermaba en brazos de las niferas y seguramente moriría, mientras la madre pensaba en futelezas y apasionada del boato y ostentaciones triviales, derrochaba dinero á manos llenas, abriendo una brecha irreparable al capital!

Apareció muy luego la pobreza, y tras de ella la miseria disimulada de las grandes casas. Pedro de Guevara, sonreía indefiniblemente ante el naufragio de los tesoros que había codiciado sin gozar jamás, y lloraba con inmensa amargura, pensando en su honra escarnecida, su verdadera ruina, la de los sentimientos y la dignidad, que es mucho más triste y dolorosa que la del dinero.....!

Un pinche de sus cocinas, un alcahuete despreciable, se lo dijo todo en un momento de embriaguez alcohólica: Loulie tenía un amante.

Hubo un proceso de divorcio que divirtió por espacio de dos semanas á una sociedad ávida de emociones de índole malsana, los litigantes promovieron por medio de sus apoderados jurídicos innumerables y chocantes diligencias, y después de muchos discursos ampulosos y protestas ridículas, fallaron los Magistrados del Tribunal Superior á favor de la adúltera, quedando á su lado, en virtud de esa resolución, el fruto único del atrabiliario matrimonio.

El dolor del esposo fué muy grande.

Se alejó de aquel hogar donde nunca fué feliz, sin despedirse de su cónyuge ni besar siquiera al hijo á quien con locura amaba.

Como un recuerdo del pequeño, llevóse consigo un juguete que el niño estimaba en mucho: era un polichinela con jorobas pectorales, nari-

ces embadurnadas de rojo y hocico contraído por un gesto de payaso.

Dos meses después.....

Pedro de Guevara apareció muerto en un cuarto de hotel.

Tenía el cráneo perforado por un balazo aplicado á la sien izquierda.

En sus brazos, rígidos ya, estrechaba convulsivamente al polichinela de jorobas pectorales, narices embadurnadas de rojo y hocico contraído por un gesto de payaso.....

ANL

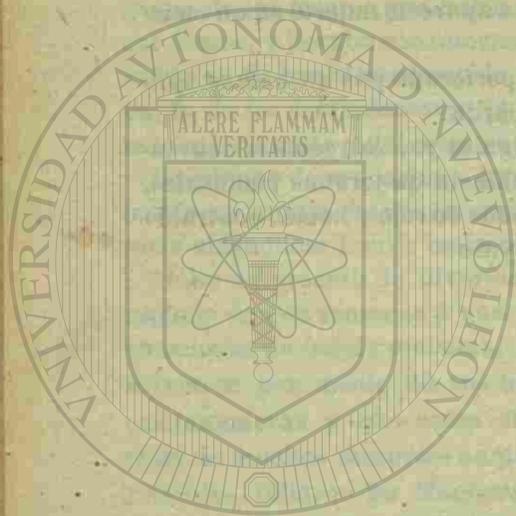
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

1965 MONTERREY, NUEVO LEÓN



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

## ESCRUTINIO.

A RUBEN M. CAMPOS.

María Elena descaperuzó graciosamente su cabeza, y alisando las cenicientas volutas del pelo rubio, con el pie (digno de bailar pavanas en un salón del rey Luis al ritmo de los clavicordios) empujó la puerta que franqueaba el aposento de su prometido.

Vencidas todas las dificultades, recabado el consentimiento paterno, tomados los dichos y confectionado en París todo su avío, no quedaban ya trabas que pudieran impedirle hacer una furtiva visita á la estancia de su bien amado Enrique.

Estudiaba con interés todo el bello desorden de aquel cuarto de soltero, vela los objetos allí amontonados con la intención investigadora de la mujer que por primera vez conoce una parte muy íntima de la existencia de un novio á quien se ha visto siempre con una aureola extraordinaria. Adornaban los tapices, bocetos impresionistas, máscaras del Japón, armas antiguas y lorigas

de la edad guerrera. Las revistas literarias y los libros nuevos yacían abandonados sobre los cojines de la sillera, y sobre una gran piel de oso polar extendida junto á un estante giratorio, donde asomaba sus lomos de colores una moderna librería, dormitaba con indolencia, un gato blanco. Sobre la carpeta china, que como manto exótico cubría una pequeña mesa de trabajo, reposaba, abierto al acaso, un volumen de Gabriel d'Annunzio, al que servía de atril un busto de Pallas modelado en bronce.

Flotaba en el aire, acre, penetrante, un tufillo á hombre que inflamaba sensualmente las fosas de la naricilla de la intrusa.

María Elena tenía miedo, la embargaba un temor muy parecido al que debieron sentir las sabinas en los fornidos brazos de sus robadores.

Estaba sola, ahí, en la casa del que muy pronto sería su amo, podía registrar los muebles é inmiscuirse audazmente en todos los secretos de aquel calavera que la había enamorado con sus extravagancias.

De repente fijáronse sus pupilas en una llavecita introducida en la minúscula cerradura de elegante arqueta laboreada con incrustaciones de concha y pastorales estilo Watteau.

Instintivamente sus fuselados dedos acariciaban aquel llavín que podía descubrir las intimidades del que iba á poseerla para siempre.

Levantó con resolución la tapa, y cuando aún no estaba completamente repuesta del remordimiento que esa violación causaba á su conciencia de señorita cristiana y bien educada, se encontró frente á un montón de papeles de colores y colores diversos, cosas viejas, cintajos, mechones de cabello, desde el rubio mortecino de la inglesa hasta el negro azulado de la lujuriosa criolla: aquello era el archivo de los amores ya idos, la cripta depositaria de las momias de mil ideales difuntos, la historia palpitante de ese joven distinguido á quien ella idolatraba sólo por su fama de audaz y afortunado: tenía delante el libro biográfico de una vida gastada con aturdimiento en las bacanalas más monstruosas, iba á conocer hasta en sus detalles más baladíes la novela de las desgraciadas que ocuparon el tiempo de un relámpago aquel corazón tan versátil.

Ya desató un legajo y contempla burlona el cerúleo listoncillo que en moño muy gracioso ató las cartas... cayó un retrato... qué risa... una colegiala del Sagrado Corazón... es muy fea... tiene ojos de rata moribunda y trenzas de cáñamo cardado. ¡Cuántas soserías! Fué ese amorío un ensueño vírginal, etéreo y con sentimentalismos empapados en poesía lamartiniana, el primer despertamiento genésico en los temperamentos sensitivos de una pareja adolescente, perfumado con bucólicas arcaicas... el último

plieguecillo está garrapateado incoherentemente, las letras borradas . . . lágrimas . . . romántica!

¡Basta de niñerías, otra novia!

Es un rico medallón de oro con cristal de roca, creyérase trabajado por David, tan bella así es su manufactura; el artista pintó una sofiadora de veinte años, muy linda, con grandes ojos de histerica, negros é inmensos como las pesadumbres de Luzbel: aquello era serio; el estilo de la enamorada hacía suponer un temperamento impetuoso y decidido, juraba como en las novelas de folletín, y con fiera rebelión, acusaba á sus padres, á los viejos testarudos é insensatos que la hacían desgraciada oponiéndose contra viento y marea. ¡No tenían corazón! En las postreras páginas suplicaba, quejábase de los desdenes de su Enrique, imploraba perdón por una falta de la que ella no era responsable, y casi borrosa, estampaba una expresión sublime: le ayudaría á trabajar.

Cuando María Elena llegó á la tercera olvidada, desahogó la violenta cólera que sentía en una explosión de risa: el bucle de cabellos que acompañaba á la consabida fotografía tenía muchas hebras de lino. ¡Una vieja! Era una de esas pasiones ridículas é insensatas de las mujeres que mirando correr al galope la juventud ó la hermosura, se entregan al primero que atrapan,

sin orgullo femenil, con humildad de siervas, arrollándolo todo, indiferentes ante preocupaciones y escrúpulos de costumbres, ajenas á pudores y principios de recato. Las vehementísimas epístolas de la inflamable cuitada, hablaban hasta el fastidio de amor mal correspondido, infidelidades y honra escarnecida, había desbordamientos de una sensibilidad muy cómica, súplicas vergonzosas, amenazas estrafalarias, elogios injustificados, y en los papeles de ruptura, todas las injurias de una despechada de cuarenta y cinco años.

La otra era una cirquera: escribía en *patois* de volatineros, rasguñaba pliegos y cartulinas ocupándose de orgías, hacía cínico alarde de sus más inmundas desvergüenzas, defendía á sus amigos con calor, y protestando ser una señora muy fina, pedía dinero, dinero . . . siempre dinero!

María Elena, que se había puesto de mal humor, no acabó de leer esa correspondencia porque había pasajes de una crudeza ruborizante.

Después de la saltimbanqui, una mundana.

La joven busca afanosa el retrato.

¡Cuánta abominación!

Es posible que llegue á tan increíbles extremos la impudicia?

¡Una mujer desnuda . . . completamente desnuda!

¡Muy hermosa; soberbios muslos, senos firmes, ancas atrevidas, cuello venusino, pies diminutos, perfil sereno. . . . opulenta cabellera! . . .

¡Un montón de bagatelas: ligas, guantes, pañuelos, órdenes de embargo, papeletas de prestamista y facturas de comerciantes: el placer carnal comprado con la ruina. . . . billetes escritos por las cuatro carillas. . . . qué dirán? . . .

¡Ah, no, no los leería, su curiosidad se acabaría ante el cinismo de aquellas pornografías. . . . se quisieron? . . . ¡Imposible! . . . el amor es una radiación de luz, el vicio un antro. . . . un bestiarío!

¡Aborrecible criatura!

Había más, una gazmoña!

Timideces de fanática, escrúpulos é inexplicables vacilaciones, abandonos voluptuosos en las capillas, coloquios junto al altar, manos que se enlazan torturándose con las cuentas de un rosario, el diablo abrazado á la cruz. . . .

Todo un idilio romántico, con fiebres de lujuria mística, palpitando en las pavorosas naves, la creyente conturbada en su fé por el fantasma del seductor, y por fin, Satanás oficiando en la misa de unas bodas negras, la hipocresía social ensayando con la rispida fanfarria de sus bur-las el trágico epitalamio de la caída; luego, el olvido, el cansancio del libador de amores produciendo ese inmortal hastío que clavará perdura-

blemente su venenoso aguijón en el hymen de la flor que lividece y muere.

¡Seguí el escrutinio!

Las hojas que agitaba el aire en la diestra de la novia, estaban escritas con letra varonil, eran vagas y no precisaban fechas, referían á discretos rasgos una aventura terrible. El amigo leal, un pobre hombre, incapaz de ser valiente, convertido en la víctima expiatoria de una gran vileza: una virgen de alma pura que se pierde, el olvido de todos los deberes en uno de esos supremos instantes en que se abate el ánimo de la perseguida en lucha incesante; luego, el arrepentimiento tardío, lágrimas amargas, padecimientos crueles. . . . las puertas de la cárcel que se abren. . . . una tumba que se cierra!

Aunque la intrusa tenía miedo, propúsose llegar hasta el fin, armada de una resolución que tenía algo de feroz.

Desdobló otro paquete.

Era el cuento vulgar que hace la cotidiana croniquilla en los periódicos que viven del escándalo: una obrera amando á un señorito: la víctima indefensa que sucumbe, asechanzas del vicio por todas partes, un hijo espurio, y el mal, colgando un ensangrentado trofeo en la panoplia de sus glorias: el infanticidio, (esa venganza de las parias contra una preocupación que conculca los derechos naturales) y como epílogo, el espec-

táculo de una decepcionada que se revuelca con furor de víbora en las más infectas letrinas.

La joven, arrebatada por verdadero furor, siguió leyendo.

¡Había llegado al capítulo de las tragedias!

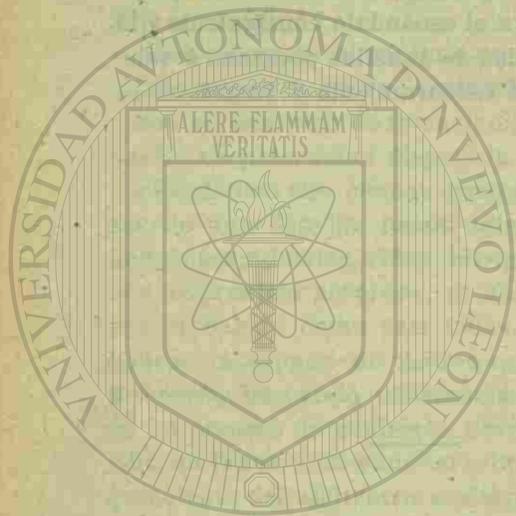
Una mujer de moda, el marido burlado, entrevistas en una casa de fama denigrante, un recién nacido de paternidad disputada, la maledicencia voceando con sus cínicas trompas las vergüenzas de una familia hasta entonces respetada, anécdotas ridículas, riñas, intrigas de culpables, una imprevista sorpresa, el amante fugándose por el balcón como casi todos los ladrones de honras, la espada de Astrea que escarba el estercolero, buscando constancias para sobreseer en un proceso de adulterio, después el delito social, un lance y un cadáver sobre el mármol sanguinolento del anfiteatro: el del marido.

María Elena retrocedió horrorizada ante las infamias consignadas en aquel catálogo galante que por sus concupiscencias era digno de los comentarios de un Brantome.

Sin poder analizar con precisión las causas, sentía un inmensa piedad hacia la gran legión de mujeres infamadas é irredentes en cuyos corazones parece que se han coagulado, convertidas en dolor, todas las maldiciones que pesan sobre el llamado sexo hermoso. . . .!

Esa y no otra fué la causa por que la sensible

joven, llegado el día de sus esponsales y en plena ceremonia nupcial, se negó rotundamente á aceptar por esposo y compañero al calavera, causando su negativa el escándalo consiguiente y la ruidosa indignación de aquellas personas á quienes interesaba el celebramiento y remate de la boda.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

## DOS CARTAS.

A FRANCISCO M. DE OLAGUIBEL.

Querida Adela:

Llegué, por fin, á esta metrópoli, que en el retirado cortijo imaginábamos sería una ciudad encantadora.

Lamentable desencanto!

Calles sucias, casucas enmohecidas, vetustas barriadas, todas las iglesias construidas en la época virreinal elevando á lo azul sus cruces, parques que exhiben una cultura infantil, pocas diversiones, mujeres bonitas y feas, lujo chillón, y sobre todo, apariencias, apariencias, apariencias!

Un capricho del físico, el tierno amor de mi padre, ese honrado palurdo enriquecido en las faenas rurales, el insaciable deseo de ostentar la riqueza que consume á mi querida mamá, y mi clorosis, mi enfermedad amarilla, fueron los elementos que, robusteciéndose día á día, acabaron por empaquetarnos como sacos de bagaje en el

compartimiento de un tren Pullman, la cual máquina, después de estropear nuestros cuerpos bonitamente, acabó por arrojarlos á la ciudad como cualquiera carga inútil.

Principiaron muy luego las exigencias de la vida culta.

Visitar á la modista, oír malas óperas aunque se desmaye una de sueño ó sienta en los palcos mal ventilados, que las neumonías le persiguen azuzadas por la muerte, relacionarse lo más íntimamente posible con la aparatosa aristocracia del dinero, que es como soportar en pleno rostro las coces del asno de oro. . . . ! Las carreras, bajo un cielo tórrido, el ciclismo, el sport británico, la kermese ó la corrida de toros á beneficio de algún hospital ó casa de asilo, porque, según es costumbre y uso, para que los ricos nos apiademos de los pobres, es necesario, antes, divertirnos un poquito á su costa. . . . !

Aturdirse mucho, ahorcar los hábitos sencillos del pueblo por los histriónicos melindres del buen tono, alambicar el idioma de allende las montañas, para confeccionar, aquende, en el salón, un chiste sin chiste que celebre, arqueando su espinazo, un majadero; imitar los híbridos gustos de estas mexicanitas murmuradoras, aprender todo un centenar de palabras exóticas, sólo porque están en moda, y después, calentura, habitación abrigada, el catarro arañando impaciente el cris-

tal de mi balcón, sobre el buró la tacita china que humea haciendo valsar las diablerías del té azul. . . . !

La fiebre empieza!

Me embriaga de néctar, envuelve en una nube de luminosas partículas mis confusos pensamientos y con sus dedos pálidos me ofrece la copa del rey Tulé. . . . Los endriagos del biombo se mueven, abren sus dentadas bocazas de caimán, abanicando las aletas de pescado, los ibis plateados, bostezan, agitan las alas extendidas y vuelan en bandada, dibujando pesadillas japonesas sobre el fondo sedoso donde los bordó la manecita icterica de alguna *musme* con oblicuos ojuelos y enanos piececillos. . . .

¡Todo, adquiriendo extraña vida entre las azuladas nébulas de un vapor etéreo y odorífero como humo de terebinto cribado á través de ingrátido cendal. . . . !

¡Despierto. . . . horror! . . . . he ocultado el termómetro entre las sábanas y la columna mercurial marca una cifra que me aterra.

Sacuden mi cuerpo nerviosas convulsiones, me siento cobarde y un terror pánico se apodera de mi ánimo, obligándome á gritar. . . .

Llega el galeno, formula lacónicas preguntas, subleva mi pudor con sus groseras auscultaciones, escribe cuatro líneas en latín bárbaro, y haciendo serviles caravanas se larga á su casa. . . . !

Después, dieta, reposo absoluto, persianillas entornadas, obediencia pasiva, y tisanas, y piladoras, y caldos desabridos, y mil y mil prescripciones inquisitoriales.

Yo creo que la dicha, si existe, estará en el lugar donde no haya médicos; crispanseme los nervios al pensar que desde pequeñuela los he visto á mi cabecera, mudos, feos como vestiglos, lividos, ceremoniosos, vestidos de negro, animando sus torvas fisonomías una sonrisita de verdugo, ordenando impasibles las maniobras de un regimiento de redomas con venenos y membretes de farmacia.

Son los ugieres de la tumba; su palabra, antójase el anatema de una esfinge ensangrentada, en las arrugas de la frente llevan grabado el jeroglífico indescifrable del extramundo, imagino que serán secuaces de los trasgos y las brujas, que vivirán en lóbregas cavernas alumbrados por carbuncelos, fabricando filtros y encantadas panaceas para lastimar las llagas del cuerpo con el cauterio del dolor material, como si las almas al hacer su fatal connubio con la carne no aportaran á esa sociedad de bancarrota una porción incalculable de amarguras.

Llevo ocho días de encierro, taciturna, aislada de la agitación exterior, contemplando tras los visillos la puesta del sol en las parduscas nublações, pensando, en que allá, muy lejos, tra-

montando la muralla montuosa que columbro en los amaneceres, está un jardincito do flocean en Octubre los naranjos, un perro cariñoso, un abuelito que sabe muchos cuentos, y dos millas más al norte, atravesando el bosquecillo de magnolias, salvando los setos de dos ó tres plantaciones, en una parcela donde hay mucho bienestar y muchas vacas. . . . mi novio! . . . un hermoso mocetón, con musculaturas de Hércules Farnesio, un muchachote fuerte, sencillo, bravo y noble como un león, que me adora con fanatismo, y no politiquea, ni se agorzoma en huelgas, ni se le da un ardite que el progreso avance ó que reviente el mundo. . . . el globulillo!

Adela, hermana mía, yo siento la nostalgia del terruño, mi corazón se encoge, se acalambra y muere, es extranjero en la ciudad, me daña el aire fétido que se respira aquí. . . . Necesito unirme de nuevo á los míos, emborracharme de sol, de flores, de cielo y de amor, en esas noches de mi pueblo, pálidas, místicas, cuando la luna parece una hostia perdida en el palio fúnebre del infinito, y el viento suena á plegaria, y las corolas exhalan perfumes de incienso. . . .

No puedo, no, no logro olvidar tus confidencias en el banco musgoso de la ermita, ni á Pablo, ni á Juan, nuestros zagales en aquel idilio pastoril, que trepaban á los fresnos arrancando nidos de gorriones ó bajaban á las cimas de las torrente-

ras para obsequiarnos después el ramillete de enfermizas trinitarias.

Recuerdo al señor cura, con sus caireles de lana cardada, y el rostro, beatífico, arzobispal, á lo Rossini, tocando su *stradivarius* con ferocidad de energúmeno, allá, en el salón desmantelado, donde cabeceaba mi padre con la Biblia entre las piernas, rehilaba su ronquido el gato negro y nosotras reíamos á hurtadillas aprovechando las pausas de semifusa del desventurado filarmónico.

Y todo lo ha cambiado un viaje en ferrocarril! Veinte horas!

Malditas locomotoras!

Dile á Pablo, que su imagen es como una luminosa epifanía que esplende en mis vigiliás, magnífica y serena, que su recuerdo perfuma mi alma y la ennoblece, que le rezo mucho á la Santa Virgen, rogándole en mis oraciones, que me ame siempre y sea muy bueno, que lo quiero tanto, tanto, tanto, como el día en que sin saberlo nos besamos.

Carlota.

Adela mía.

Te escribo, avergonzada y deseosa de aplacar tu enojo, porque en mis acerbás aflicciones expe-

rimento la necesidad de algún consuelo, siquiera sea el ganado por la compasión.

Segura estoy de que al saber cuán amarga ha sido la expiación de mi delito, lo disculparás, apiadándote después de mi.

¡Qué quieres! . . . somos muy cobardes las mujeres, la frivolidad y la ingratitud son las causas que primordialmente integran nuestra manera de ser, he sido débil, y he sucumbido, como una, como muchas . . . como todas! . . . Arrasaron mi sér las llamaradas de ardorosa hoguera, llegó con rachas de tormenta un desastre de ideales, y hoy, sobre las cenizas de aquella extinta lumbre, subsiste sólo la memoria de mi ensueño, identificada en un remordimiento que tiene horribilidades espantosas . . . ¡Cuántos días bellos huyeron apagando en su crepúsculo una claridad del alma, un cariño tierno, una ilusión sencilla y exenta de impurezas . . .!

Confieso mis culpas: he sido mala y perjura, hundi en la desesperación á Pablo y entregué mi cuerpo y mi destino á un hombre malo . . .

Pero el castigo ha sido cruel!

Tras la jubilosa ceremonia de mis bodas siguió una noche de abandono, una velada de la enamorada de vestido blanco que agnarda temblorosa al gallardo prometido . . .

Las horas nupciales transcurrieron en vela, cayendo en la clépsidra del tiempo, sin llevarse

una palabra tierna, el estremecimiento de una caricia ó el rubor de un beso de dos novios que están solos . . . .

Luego . . . .

¡La aurora: chorros de sol tamizándose en polvillo de topacio por las cortinas holandesas del balcón, las golondrinas comadreando en los alambres del teléfono, y por el hemisferio celeste es maltado en lapislázuli, flotando albeantes y multiformes nubes, jirones de la túnica de Urania que el viento desgarraba . . . .

¡Lassiete . . . llegó mi marido! . . . dejóse caer en un diván! . . . habló balbuceando! . . . besos! . . . abrazos! . . . caricias! . . . creí que iba á pedirme perdón! . . . pero no! . . . habló de la dote! . . .

Pasados diez meses representóse en mi hogar una escena semejante: creí morirme, y en mi agonía sentía un indecible placer: mi hijita nació rubia, con mis cabellos de fuego que tantos madrigales suyos conquistaron . . . lo esperaba impaciente, y á la madrugada, muy tarde ya, entró de puntillas á mi alcoba, acercóse al lecho, besó con frialdad á la recién nacida, y sobando mis manos con las suyas temblorosas, preguntóme:

—Puedes firmar?

¡Oh, mi Dios . . . por qué no quedé yo muerta en ese instante?

—Puedes firmar?

—Sí, si puedo! . . .

Quería verme librada de su presencia.

Dióme una pluma mojada en tinta, y con mis dedos trémulos estampé en el papel timbrado un garabatito que robaba á mi Mauricia su fortuna . . . .

Después, las alhajas, luego los muebles, por último, abandonar la casa invadida por los acreedores y vegetar en infecto tugurio como unos miserables.

Este Arsenio, tiene todos los vicios sin ninguno de sus refinamientos.

Esa palidez amarfilada de su rostro, que tanto me enamoró, es la agobiante fatiga de las cráspulas y los desvelos; la aureola violácea que hermosea sus pupilas, es el insomnio causado por el remordimiento de mi abandono; la sonrisa escéptica que de tan interesante modo arruga las comisuras de sus desdeñosos labios, es el despecho del jugador sin fortuna . . . !

Arrastra una existencia estúpida y funambulesca; he sorprendido en los bolsillos de sus ropas, pliegos de acre perfume, garrapateados, de mala ortografía, con ese estilo agrio é inculdo de las mujeres perdidas; he visto retratos, y facturas de un diamantista, y programas de orgiásticos banquetes . . . !

Soy muy desgraciada . . . !

Mi niña está muy pálida, enflaquece y sus ojos

van adquiriendo una opacidad de vidrio empañado que me hace temblar porque pienso que su vida se acaba lentamente.

Habla el doctor de una vieja y fatal enfermedad, de herencias y atavismos que su ciencia no puede combatir, y receta cosas muy raras... muy raras!

Adios, querida Adela, no te escribo más porque el llanto me lo impide.

No me hables de Pablo, ni á él le mientes mi nombre... perdóname tú, y quíereme mucho, porque ahora más que nunca me hace falta tu cariño... creo que si ese afecto, donde quiero refugiarme, me fuese infiel... moriría!

*Carlota.*

## LA MUERTA.

A BERNARDO COUTO CASTILLO.

El hijo del sepulturero había vegetado siempre entre fosas y ataúdes.

Cuando niño, acostumbraba jugar con los cráneos de los muertos que desenterraban las hienas, y eran después devorados por los canes hambrientos y los pájaros de rapiña.

Nunca había oído más música que el susurrar de las cordilleras, el bramido de las olas que rompían sus flancos en las rocas del litoral, el grito de los buhos que en las noches de invierno bordoneaban fúnebres melopeas en las huesas de los pescadores á quienes el mar no había engullido, y el gemir de los cipreses cuyos troncos crujían al erguirse, resistiendo el empuje del aire que continuamente embestía el árido montículo donde estaba ubicado el camposanto.

Santiago había llegado á la edad en que el muchacho se va á convertir en hombre.

van adquiriendo una opacidad de vidrio empañado que me hace temblar porque pienso que su vida se acaba lentamente.

Habla el doctor de una vieja y fatal enfermedad, de herencias y atavismos que su ciencia no puede combatir, y receta cosas muy raras... muy raras!

Adios, querida Adela, no te escribo más porque el llanto me lo impide.

No me hables de Pablo, ni á él le mientes mi nombre... perdóname tú, y quíereme mucho, porque ahora más que nunca me hace falta tu cariño... creo que si ese afecto, donde quiero refugiarme, me fuese infiel... moriría!

*Carlota.*

## LA MUERTA.

A BERNARDO COUTO CASTILLO.

El hijo del sepulturero había vegetado siempre entre fosas y ataúdes.

Cuando niño, acostumbraba jugar con los cráneos de los muertos que desenterraban las hienas, y eran después devorados por los canes hambrientos y los pájaros de rapiña.

Nunca había oído más música que el susurrar de las cordilleras, el bramido de las olas que rompían sus flancos en las rocas del litoral, el grito de los buhos que en las noches de invierno bordoneaban fúnebres melopeas en las huesas de los pescadores á quienes el mar no había engullido, y el gemir de los cipreses cuyos troncos crujían al erguirse, resistiendo el empuje del aire que continuamente embestía el árido montículo donde estaba ubicado el camposanto.

Santiago había llegado á la edad en que el muchacho se va á convertir en hombre.

El vástago del camposanero, el amiguito de la muerte, se hacía grande, crecía malvado y cruel como un cuervecillo, crecía dañino y fiero como un buitre empollado en una nidada de víboras.

Era vigoroso y fuerte como un atrida.

Debido á que su cultura moral y su educación intelectual eran completamente nulas, sus instintos, entorpecidos hasta el embrutecimiento, lo hacían digno de habitar entre trogloditas.

Nadaba como un tritón y se batía con los cetáceos, reñía con los lobos, robaba á las águilas sus nidos y trepaba á los más ásperos pedregales como si fuese un cabro montaraz.

Todos aquellos que han tenido que ver mucho con las cosas serias acaban por perderles el respeto casi supersticioso que inspiran á los demás.

El sepulturero, habituado á la horrible faena de enterrar, llega á ser indiferente á las lamentaciones de los huérfanos y á las lágrimas de las viudas.

Aquella tarde no había cesado de llover.

El cielo arrojaba á la tierra lloviznas velludas que barrían el polvo y las hojas otoñales, dejando limpias y abrillantadas las lápidas de los sepulcros.

La reja del panteón gimió en sus goznes, y una doliente caravana franqueó el vestibulo que conducía á la ciudad muerta.

Cuatro hombres llevaban en hombros un lujoso féretro.

Precedía á la comitiva un joven cuya inquietud denunciaba extraordinaria irritación nerviosa.

Cumplidos los trámites del caso, fué conducido el ataúd á un lugar muy apartado de la necrópolis.

Santiago y su padre comenzaron á cavar la fosa.

Los que habían llevado el cajón observaban silenciosos é indiferentes el rudo trabajo de los enterradores, y los demás individuos de la comitiva, doblegadas las testas, baja la vista y tardos los movimientos, parecían espectros galvanizados por arte de magia.

Cuando, jadeantes, los enterradores terminaron su obra de excavación, aproximáronse á la caja para levantarla, sin respeto alguno y con el exclusivo ánimo de abreviar ceremonias.

Entonces, el joven inquieto, el que había precedido á la doliente tropa, se adelantó hacia ellos, impidiendo con un ademán la maniobra.

—Un momento... quiero verla...!

Y su pañuelo, un lienzo al que podían expresarse las lágrimas, obediente al movimiento de la mano, fué á cubrir sus ojos para humedecerse más.

Santiago, clavando la gastada hoja de la aza-

da en el montón de tierra que había extraído del suelo, contemplaba impasible á los circunstantes.

De improviso, separóse el desconocido de los brazos que le estrechaban y ordenó con el imperio del que á mandar está habituado:

—Abrid pronto . . . yo lo quiero!

Un viejo, un viejecillo de cerúleas gafas y dientes orificados, desabrochó parsimoniosamente su redingote y extrajo luego del bolsillo del chaleco de terciopelo una llave pequeñita, la cual, encorvándose, introdujo en la cerradura á que pertenecía.

Cualquiera levantó lentamente la tapa del cajón.

Un muerto provoca curiosidades siniestras; una muerta, centuplica esas mismas curiosidades, aumentándolas con los malos pensamientos que zumban siempre en torno de las perversidades que brotan de lo que puede ocultar alguna profanación.

La luz hurafia del satélite alumbró fantásticamente el cuerpo de la difunta, un cuerpo joven y de técnica esculturación, un cuerpo nítido como el pecho del cisne de Leda, un cuerpo frío, un cuerpo que al ser contemplado hacía encabritarse á todas las concupiscencias, y al ser tocado las helaba todas . . .

Santiago tuvo la revelación de sus virilidades, adquirió la conciencia del vigor genésico, su ju-

ventud exhaló en ese terrible momento un grito de alarma, grito que sensibilizó sus nervios hasta dejarlos como el cordaje de un violín, grito que le produjo algo semejante á una apocalipsis espiritual, grito que increpó severamente á su virginidad tardía, levantando, como roja llamada, la eclosión de sus sentidos.

Sus ojos vislumbraron, momentáneamente, las más épicas teorías de la lujuria, de esa lujuria cruda é insana que desde aquel día le iba á obsesionar, agitando sus alas de cantárida . . .

El verbo de su ideal, de ese ensueño presentido torpemente, se había hecho carne al fin, pero carne de la sepultura, carne corrompida, carne hecha para hartar á los gusanos . . . para abonar el humus!

El más anciano de los dolientes, el viejecillo de gafas azules y dientes orificados, dirigióse al padre de Santiago:

—Cuándo acabas . . . imbécil!

Las selváticas pupilas del enterrador chispearon. Propinó á su hijo unas cuantas patadas, y con ágil mano se sirvió del azadón para echar paladas sobre el fastuoso féretro.

La tierra caía acompasadamente, produciendo un ruido seco y fastidioso.

La noche se hizo. Los cuerpos humanos se convertían en bultos informes, los pinos metamorfoseábanse en espectros, los rumores nocturnos se

volvían quejidos, las cruces abrían sus brazos desesperadamente, y los mármoles de las sepulturas imitaban muy bien los lechos de un hospital.

Cuando el cortejo se hubo marchado, el viejo sepulturero, rascándose la cerdosa barba, dijo á su hijo con chillona vocecilla:

—Más tarde vendremos.

—Sí.

—Viste esos diamantes . . . ?

La vía láctea se tendió en el vientre del cielo como una franja de inconsútil niebla; Marte brilló lo mismo que un pequeñito rubí; Aldebarán y Venus se cambiaron miradas de amor; Sirio clavó su penetrante pupila en la negrura intensa del espacio, y Capella, igual á un diamante azul, fulguró trémulamente.

Los dos hombres caminaban rumbo á la reciente huesa. Creeríaseles dos espectros, dos sombras de sombras, dos larvas . . . avanzaban con paso de ladrones, alerta la oreja, visionarios los ojos, palpitante el corazón, cauteloso el movimiento de las piernas, y las manos extendidas, como si pugnasen por tentar el viento.

Llegaron sin contratiempo. Cuando el cajón estuvo en la maleza y con un escoplo rompió el avaro la artística tapa, en el instante en que la muerta apareció con siniestra majestad á la vista de los profanadores, Santiago tomó con las su-

yas una de sus manos, llevándola con religiosa unción á los reseco labios.

Entretanto, el otro se adjudicaba las alhajas, y no sintiendo, á pesar de ese hurto, saciada su codicia, la desnudaba, llevándose también las vestiduras.

—Yo me escapo, échala tú al hoyo . . . y lo tapas bien.

El muchacho se encontró ante esa desnudez formidable.

Era admirablemente hermosa la mujer: su carne tenía turgencias eximias, en el grano de su piel, de blancura géida y viscosa ya, había suavidades de raso, sus cabellos rubios y desordenados se bifurcaron en mechones que imitaban lingotes de oro.

Un buho que instalado entre las ramas de un ciprés, contemplaba el crimen con sus ojos ávidos, protestó chillando, como si le estrangulasen; pero Santiago ya no oía, había levantado el inerte cuerpo para colocarlo sobre el ónix de una tumba, y después, allí en ese tálamo negro y horrendo, lo violaba!

Fenecido el espasmo, se incorporó el miserable, contemplando arrobado á su insensible víctima. . . .

En ese momento, un hombre saltaba sobre las tapias del panteón, y al llegar á la fosa de nue-

vo abierta, se encontraba cara á cara con el mattoide.

Era el joven misterioso, el que había mandado abrir el féretro.

Una mirada le bastó para adivinar lo sucedido en aquel lugar.

Instintivamente comprendió Santiago su obligación.

Después de introducir la diestra en sus andrajos, la sacó armada de un puñal, y con un ademán retó á su enemigo. . . .

Los dos pelearon con bravura. . . .

Asegurado el enterrador de haber quitado la vida á su rival, arrastró sus despojos mortales hasta el agujero vacío, y echó tierra: después, llevando á cuestas á la mujer, se alejó lentamente de allí: eso fué todo.

## DOS PASIONES TRÁGICAS.

A AMADO NERVO.

Pedisteis, queridos amigos, una novelilla objetiva y enteramente impersonal, de aquellas en que el autor no encaja el escalpelo del análisis en su propio corazón, que son por los demás vidas, y el observador las copia para disipar el hastío de unos cuantos fastidiados cual vosotros.

Yo traigo algo mejor que la historieta; traigo un caso de amores, una aventura juvenil que naufragó en humeante coágulo de sangre, la novela de cuatro seres que teniendo derecho á esperar la dicha fueron terriblemente desgraciados.

En el drama que á su pesar representaron mis personajes, flota el mal sobre la atmósfera de sus pasiones combustionadas, sobrenada sobre los sedimentos de la inmoralidad, aletea como pájaro siniestro, exhalando rispidos graznidos, y devora las entrañas de sus inconscientes víctimas, gangrenándolas con los venenos del odio.

vo abierta, se encontraba cara á cara con el mattoide.

Era el joven misterioso, el que había mandado abrir el féretro.

Una mirada le bastó para adivinar lo sucedido en aquel lugar.

Instintivamente comprendió Santiago su obligación.

Después de introducir la diestra en sus andrajos, la sacó armada de un puñal, y con un ademán retó á su enemigo. . . .

Los dos pelearon con bravura. . . .

Asegurado el enterrador de haber quitado la vida á su rival, arrastró sus despojos mortales hasta el agujero vacío, y echó tierra: después, llevando á cuestas á la mujer, se alejó lentamente de allí: eso fué todo.

## DOS PASIONES TRÁGICAS.

A AMADO NERVO.

Pedisteis, queridos amigos, una novelilla objetiva y enteramente impersonal, de aquellas en que el autor no encaja el escalpelo del análisis en su propio corazón, que son por los demás vidas, y el observador las copia para disipar el hastío de unos cuantos fastidiados cual vosotros.

Yo traigo algo mejor que la historieta; traigo un caso de amores, una aventura juvenil que naufragó en humeante coágulo de sangre, la novela de cuatro seres que teniendo derecho á esperar la dicha fueron terriblemente desgraciados.

En el drama que á su pesar representaron mis personajes, flota el mal sobre la atmósfera de sus pasiones combustionadas, sobrenada sobre los sedimentos de la inmoralidad, aletea como pájaro siniestro, exhalando rispidos graznidos, y devora las entrañas de sus inconscientes víctimas, gangrenándolas con los venenos del odio.

Y no es que ellos fuesen capaces de albergar en su pecho algún instinto infame.

Muy al contrario.

Eran buenos, poseían sentimientos nobles y se amaban tiernamente; pero su imprevisión ó su mala estrella produjo en sus organismos una complicada laboración psicológica, que al desequilibrarlos, acabó por causar consecuentemente el desenlace lamentable de mi historia.

Un suicidio y un duelo á muerte son las causas primordiales que integran mi relato.

Conforme á mi criterio de escritor, á mi apreciación de la belleza como artista, y á los procedimientos literarios que empalman en mis ideas, me parece y creo estúpida una narración en la que como factores principales funjan un frasco de veneno y una estocada de espadachín; pero como antes dije, en este caso soy narrador simple é imparcial de un hecho acontecido, y por eso mismo, irresponsable de las inverosimilitudes que en la secuela del pasional proceso ocurren.

Eran ellos dos íntimos amigos: ambos estudiaban jurisprudencia, y su edad fluctuaba respectivamente entre los veinte y veinticinco años; el cutis perlino y enfermizo de Gerardo (el mayor), denunciaba el beso maligno de los vientos costeros, en sus pupilas muy negras y dilatadas adivinábase un temperamento bilioso, aunque en

sus modales correctos y casi estudiados, se veía al hombre seguro de sí mismo, al que ha subordinado los impetus del corazón á los fueros de la inteligencia, aun á costa de sacrificios sobrehumanos: había extraña regularidad en sus facciones, por más que en ellas no se observase la conformidad artística de una cabeza de estudio: si su nariz era de puro corte griego, la curva de la prominente barba era romana, si en los ojos se leía la sensualidad y el amor á la carne, en sus labios blancos, delgados, volterianos, unos dientes menudos, hacían bullir entre el raloso bigotillo un gesto helado y sin animación, esa sonrisa que como ósculo de muerte estampa el pesimismo en el rostro de los que sufrieron ó creyeron mucho...

De Adrián sólo diré que era un imberbe boquirrubio y de aspecto casi afeminado.

Un cariño muy sincero unía filialmente á los muchachos, y á fe que era bien rara esa amistad entre dos temperamentos tan diversos como lo eran los suyos.

Cualquier bello día, después de beber fuerte y comer bien, con un tabaco en la boca y las manos metidas en los bolsillos del pantalón, vagaban los amigos por las calles, sin rumbo fijo, fastidiándose é imaginando tonterías.

Como la ociosidad hace concebir siempre todos los malos pensamientos, ocurrióse á los pa-

seantes lo que podría ocurrirse á dos varones cuyas edades sumadas no alcanzaban la mitad de una centuria.

Enamorar mujeres!

Ya los teneis como faunos en busca de amadriadas, hablando recio, mirando á las señoras audazmente y á los caballeros con provocativa arrogancia.

Pero ninguna de las madonas vistas encarnaba el arquetipo que ellos deseaban.

Esta era rolliza y fea como la sobrina de un sochantre de convento, la otra escuálida lo mismo que un renacuajo momificado en frasco de vidrio para perpetuarse en las vitrinas de un naturalista maniático, y feas las demás, feas como vestiglos, capaces de hacer claudicar todas las caballerías del perínclito Quijada.

Como si la casualidad se empeñase en poner á dura prueba la determinación adoptada por los atolondrados, cuando estaban más tristes y dispuestos casi á renunciar á sus eróticos propósitos, pasaron á su lado, cual fugaz exhalación, dos enlutadas.

—¡Son muy lindas! exclamaron á una voz los fastidiados, y lanzada al viento esta trivial exclamación, corrieron tras las fugitivas, siguieronlas, observando la curva garbosa de los talles, el atrevido arranque del seno, el rítmico balanceo de la cadera, la media que con estu-

diado disimulo apareció frente á una mondadura de naranja, y todas esas nimiedades que, ligadas entre sí, hacen los capítulos de las novelas insípidas que inventamos los hombres cuando nos hallamos cerca de una mujer de la que no hemos visto una epistola con faltas de ortografía.

Habrían las parejas caminado tres ó cuatro avenidas, cuando las perseguidas, á quienes seguramente disgustaba aquel flirteo, detuvieron un fiacre de alquiler que á la sazón pasaba, subieron á él, dando al automedonte una dirección que los curiosos no escucharon, y recostadas en los mugrientos cojines del armatoste, desaparecieron muy en breve.

Los ojeadores se miraron (perdonad el símil), como dos podencos ante cuya vista hubiese pasado el fantasma de un gazapo.

Por su parte, las damiselas olvidaron también muy pronto á los impertinentes, y ahí habrían quedado las cosas, si acontecimientos imprevistos no se hubiesen encargado de continuar la empezada novela hasta desenlazarla en dramático final.

Ya es tiempo, amigos míos, de que disculpe una falta de galantería que cometí, presentando primero á los hombres que á las mujeres.

Maelovia y Anatolia eran sus nombres de crisma, tenían por dote dos ó tres fincas bien renta-

das, de sólida construcción, aseguradas de incendio y limpias de hipotecas ó municipales predios.

Eran hermanas.

En Maclovía había una hermosura potente y tropical: esbelta, de formas robustas, con tez sonrosada y vellosa como un albaricoque en sazón; ojos verdes, boca sensual y ademanes provocantes: la clasificaría un psicólogo entre esas bellezas que pierden á sus amadores, porque hablan sólo á los sentidos: para ella todo era grande: en su fogoso temperamento no existieron nunca los términos medios, y sus pasiones, lo mismo que sus aborrecimientos, fueron insaciables siempre: sentía instintivamente el coquetismo, y sabía esgrimir esa arma traicionera con la maestría de una mujer experimentada: adoraba la intriga y el malhablamiento: vestía con una elegancia que se hacía llamativa por lo estudiada y alhajaba con sortijas sus manos que eran pequeñitas: cuando bailaba un vals de Strauss, lo hacía con abandonos de bayadera, velando sus pupilas tras el párpado hebreo, inflamando las inquietas fosas de su nariz, sonriendo voluptuosamente al brincador é incitándole con la blancura de sus brazos descubiertos.

Rara mujer. Nunca tuvo un rasgo de sensibilidad: desde pequeñuela fué orgullosa y maleante: aprendía malhumorada las lecciones, era el terror de sus condiscípulas, hacía preguntas alar-

mantes á las profesoras, y acompañada de dos ó tres granujas, trepaba á los frutales del jardín para enseñar las piernas á sus camaradas y robar las cerezas: á los diez años tuvo un novio: á los quince, riñó á sombrillazos con una señora casada que era muy celosa: siendo ya mujer, avanzado ese período de la vida en que las necesidades fisiológicas de un temperamento femenino adquieren toda su fuerza y todas sus curiosidades, Maclovía sustrábase á la ley común, y aunque todo hacía suponer lo contrario, fué indiferente á banalidades, amoríos ó galanteamientos inofensivos.

Allá en las nebulosidades de su mente, perseguía cierto ideal un tanto metafísico, y si no entregó su corazón á ninguno de los que hasta entonces habían solicitado sus afectos, era porque el varón creado en las brumas de su imaginación, no había caído á sus plantas, para eruirse triunfador después.

Anatolia fué siempre el contraste de su hermana: era muy rubia, pequeñita, con piel de blancura mate y hermosos ojos color de violeta: tenían sus modales el encanto virginal é infantil casi de esas colegialas cuyos cuerpos no tocados por tacto masculino, exhalan un perfume que provoca al hombre: diríase que sólo un débil soplo de vida animaba aquel cuerpecillo que tenía la fragilidad de las cosas intocables: sentía el espiri-

tualismo con toda la delicadeza de su alma sensitiva y se conmovía hasta el llanto ante esos cielos de plenilunio en que la novia de Pierrot expande tenue polvillo de platino y lo tamiza en los jardines niquelando las hojas que modulan monótonas melopeas agitándose en los brazos de los árboles.

Sentía especial predilección por los gatos, esos animalejos mediatibundos y molondros que cuidan su tocado con prolijidad señorial, beben leche de vacas, haciendo muecas encantadoras, y les agrada roer un pernil de conejo, chamuscando sus bigotes como púas de acero, en el rescoldo de la estufa: amaba á los felinos, tal vez porque son amigos del que sufre, y tienen un lado fantástico que ha intrigado siempre á los espíritus legítimamente artistas: en efecto, señores, los gatos son tan fantásticos y sugestivos como el cuervo: lo mismo que él, pasean en la noche: igual á él, son los pobladores de la sombra, y á su modo, frecuentan las techumbres derruidas y los dombos de las torres: los hay negros, con piel aterciopelada y pupilas de carbunco, que dan serenata á los vecinos, riñendo en los tejados, y á las horas calladas corretean en macabro cortejo, peleándose con las lechuzas, los gnomos y todos los duendes que la tiniebla habitan: poseen el sibaritismo real de los perfumes: absorben un pompón de acacias, dilatando voluptuosamente

las fosas de su roxelana naricilla, y un frasco de Ilang-Ilang los sumerge en beatíficas somnolencias: roncan sobre los muebles, acompañando con su monótono ronroneo á Brahms ó á Chopin, que hablan en el piano con la niña de la casa, hacen telas de araña con las bolas de hilo de la quintañona, y si están de monos, desgarran con sus uñas, como garfios de ágata, la última novela de Daudet ó el antifonario en cuyas páginas se confunde, con efigies de santos y amuletos benditos, la florecilla que al ojal del gabán llevó algún boquirrubio, ó el plieguecillo odorante en que Dandin declara sus amatorios deseos: la gata es amiga de los niños que retozan en la moqueta, ahuyenta á los ratones que acobardan á la nerviosilla y se hace ovillo en su regazo, cuando agobiada por el primer dolor soba su lomo arqueado con las manos delicadas: acompaña en sus soledades al abuelo, lame con la lengua erizada de puntas su tarantulesca mano y entibia carifosa aquellos pies que la frialdad de la huesa empieza á helar. . . .

¡Y las gatas muertas!

No os ha preocupado ese funeral en que Colombina y Pautalón, canturrean responsos, y lloriquean inconsolables la tropa menuda y las muñecas?

Anatolia tenía también otros amores: su canario trovero, el tiesto de gardenias, el poema de

Tristán é Isolda y un librito de oraciones: La Imitación de Cristo.

Quando los camaradas fueron presentados á las doncellas en una de esas reuniones en que se inician los conocimientos superficiales, procuraron á toda costa intimar su amistad: sin trabajo consiguieron que las hermanas les admitiesen en su modesto salón, y sin dificultad también lograron inspirarles profunda simpatía. Los sucesos caminaban perfectamente bien, porque Anatolia y Maclovia, al percibirse de que eran por sus visitantes cortejadas, hicieron su elección en completo acuerdo con los intrusos. El amor vibró en aquellas almas el trino más glorioso de sus apasionantes canciones, y á solas, al deshojar una flor ó contemplando el celaje que se difunde en el piélago ignimovo del ocaso, las muchachas, sacudidas por un mismo estremecimiento, pronunciaban dos nombres en voz baja:

—Gerardo.

—Adrián.

Los varones declararon su pasión á las mujeres, cada uno en formas apropiadas á su carácter: Adrián, tembloroso y conmovido, pidió el amor con humildades de mendigo; Gerardo, con palabras rebuscadas y frases de sombrío colorido, apologizó lo que él llamaba su cariño.

Quando Anatolia escuchó al pazguato Adrián, que vertiendo lagrimones le ofrecía su vida, ten-

dióle la imperial manecita, volviendo hacia atrás el rostro para ocultar su rubor.

Maclovia, al ver de hinojos al fiero Gerardo, rió con un cinismo de mal gusto, y acomodándose en un canapé, como para disfrutar mejor del espectáculo, dijo á su caballero:

—Explique usted cómo me quiere.

Otro, tal vez, hubiera tomado el sombrero y marchádose descontento á su casa: pero mi extravagante estaba ya doblegado, y se quedó porque sabía muy bien que el hombre que se arrodilla ante una dama frívola, invitándola á pecar, debe levantarse siempre vencedor.

Maclovia, arrebatada por la elocuencia de la oración, fascinada por la luz que llameaba en las pupilas de Gerardo, satisfecha su vanidad mujeril ante la caída de ese gran rebelde, inclinó el gallardo cuerpo, como diciéndole:

—Si mis formas le han parecido á usted bonitas, manéjelas á su talante y gusto, pues tuyas son porque le amo.

Quizá entendió el audaz el pensamiento aquel, porque, irguiéndose, buscó la boca de Maclovia y hubo en el retrete algo como una conjunción de lujurias.

Desde esa vez, las hermanas se engalanaban coquetamente para esperar la tertulia de sus novios: hubo jiras campestres, paseos á la sombra de los chopos, y excursiones por ferrocarril ó

agua en el estío. Floreció el idilio. En un período de tres meses, la existencia de aquellos cuatro seres deslizóse mecida inefablemente: fenecida aquella embriaguez de la primera impresión, Anatolia sentíase aún dichosa, porque en su corazón sólo podía imponerse una exigencia noble: amar. Maclovia, en cambio, padecía en silencio, y su primera simpatía por Gerardo se convertía violentamente en odio. Con la sagacidad de la coqueta que ve á su lado á un hombre con bastantes atractivos para ser querido hasta la demencia, á fuerza de estudiar laboriosamente y sondear aquel extraño temperamento, no sin ímprobos trabajos, acabó por comprender que su amante no la estimaría nunca, y que lo que ella creía amor perdurable, era sólo un antojo que ultrajaba su orgullo de matrona altiva. A todas las mujeres les agrada que sus partes ocultas despierten anhelos; pero siempre quieren que en el fondo de aquel deseo exista algún respeto, aunque sea en porción dosimétrica y sólo lo indispensable para no alarmar lo que ellas entienden por dignidad. Maclovia, desengañada, pues, de Gerardo, comenzó á fijar su atención en Adrián, de quien se había formado una opinión por cierto bien mezquina, y con gran sorpresa, encontró en el prometido de Anatolia todas las cualidades que para el suyo hubiera deseado.

Vislumbrada apenas por su pupila esa percep-

ción, comenzó á querer al amigo de su hermanita, de una manera insensata, resuelta á todas las perversidades, con una de esas inclinaciones impetuosas que sólo buscan su objeto, y para llegar á él lo arrollan todo.

El joven, creyendo comprender los desdenes de aquella hembra antes tan fogosa, pensaba, afirmándose en su pedante filosofía:

—Es como todas; buen mentecato sería si creyese alguna vez en las mujeres!

Puede tanto la presunción, que muchas veces sugestionados por ella, afirmamos lo contrario de lo que sentimos: eso justamente le ocurría á Gerardo: cuando dejó de acordarse de Maclovia, frunciendo el entrecejo, y sin saber por qué, pensó en la púdica Anatolia: desde ese día, huyó para siempre la tranquilidad de aquel hogar: Anatolia y Adrián se abandonaban á su ventura, sin sospechar las amarguras que á la otra pareja torturaban, avivando con su inocente delirio la flama de aquellas teas que muy en breve destruirían su dicha hasta dejarla en cenizas convertida. . . .

Insensatos! Dormían en el cráter de un volcán que humeaba: los celos más siniestros ya bramaban en las entrañas de los otros, y la erupción pasional iba á vomitar sus odios hasta volver cobrizo y tempestuoso aquel cielo límpido y

sin nubes donde aleteaban las mariposas tropicales de sus sueños.

Un día, dirigiase Adrián al tocador de su amada, y al franquear la puerta retrocedió espantado: había visto á Gerardo, á su amigo, á los pies de la criatura: en el paroxismo de la cólera, aproximóse al desleal, y sin lograr contenerse, lo abofeteó de una manera ignominiosa: el insultado irguió su corpulenta estatura, sonrió despreciativamente, y después de golpear á su agresor, saludó á la dama y se alejó: siguió un instante de silencio que el loco Adrián interrumpió, diciendo á la inocente niña:

—No sabía que había entregado mi corazón á una mujer liviana, á una cualquiera, á una cortesana. . . . vamos. . . . ya lo dije!

Fué injusto, ciertamente. Fué grosero, ciertamente. Pero estaba furibundamente celoso, y la injusticia y la grosería son de ordinario la razón de los celos. La gravedad de la ofensa hizo el encuentro inminente, y después de varias y acaloradísimas disputas, decidieron los testigos de los contrincantes que el duelo se verificara acabadas de firmar las actas: fué elegido como sitio para el combate una pequeña planicie sobre la que estaba un cementerio: á la hora convenida presentáronse allí los adversarios y después de las fórmulas en el ridículo caso usuales, procedieron los padrinos á los preliminares del delito: era una

noche tempestuosa: llovía copiosamente, y bajo la copa de los sauces que se doblaban azotados por el ábrego, cruzaron sus estoques los que ya no eran amigos.

De-pués de una lucha encarnizada y breve, uno de los peleantes rodó á la maleza ensangrentado.

Con presteza acercáronse al caído los galenos, y sólo pudieron certificar que estaba muerto: la punta del estoque había destrozado uno de sus ojos, haciendo espantosos estragos en el cráneo: la sangre chorreaba por la órbita destruida, y corriendo sobre la lívida piel, imitaba ramazones de coral: aplacada que fué la consternación dominante en los autores de la tragedia, dirigiéronse en grupo á una berlina de alquiler, que apostada cerca del lugar, les aguardaba para conducirles de retorno á la ciudad: Gerardo, ante la disyuntiva de regresar en el vehículo acompañando el cadáver de su víctima ó marcharse á pie soportando las iracundias de la tormenta, prefirió lo último: saludó á sus cómplices y cuando perdió de vista el vehículo, descendió de la eminencia en veloz carrera, tropezando con las pedrezuelas que rodaban las corrientes y dejando fragmentos de sus vestidos en las puntas de los magueyes que extendían sus dentadas pencas como pugnando por obstruirle el paso: al romper el alba, cuando la fatiga había agotado

sus fuerzas por completo, columbró la tórrida capital envuelta en las brumas matinales.

Una rubia claridad iluminaba las vetustas casucas de los extramuros.

La campana de una capilla de plazuela, llamaba hasta desgafitarse, y por la abertura de su entreabierta puerta de roble, tragaba á las beatas, que todavía sofolientas, llegaban con su grasiento libro de rezos en la mano: ante aquel burdo espectáculo, Gerardo sintió de improviso la necesidad de ser bueno, causóle profunda y sincera envidia la paz de aquellas almas vulgares, y sin complicaciones de ninguna especie, llamó á la fugitiva fe, deseoso de guarecerse bajo sus misericordiosas alas... y esa vez, como otras muchas, se halló impelido al mal y abandonado á sus miserias.

Dirigióse al hogar de las jóvenes, gesticulando como un maniático, y sin preocuparse de los transeuntes papanatas, que se burlaban de él creyéndole un escapado del hospital de San Hipólito.

Llegó. Abrió las puertas audazmente y corrió anheloso á la alcoba donde había pasado sus mejores días: no era ya el pequeño saloncillo donde las muchachas hablaban de amor á los amigos: había cirios que chisporroteaban, paños negros, calma, la imponente calma de las estancias mortuorias... y una muerta... Anatolia!

De qué había perecido la joven?

Un vaso, vacío ya, lo revelaba todo.

—Veneno!

Maclovia, pues ella hablaba, explicó el suceso á su amante.

—Y Adrián....?

—Muerto: yo lo he matado....!

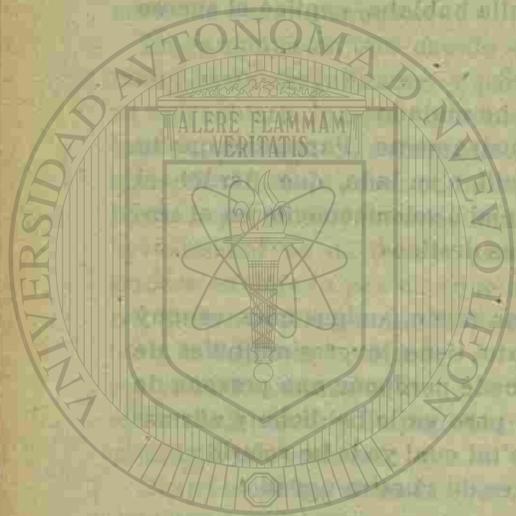
Se abrazaron efusivamente. Parecía que la muerte estaba allí, á su lado, que Asraël, el ángel luctuoso, oficiaba solemnemente en el trágico esponsal de sus destinos.

Y, después....

Tenéis muchísima razón, amigos míos, es muy tarde ya, mi relato tiene inverosimilitudes de aquellas que no puede perdonar una persona de mediana sensatez, pero ya lo he dicho y afirmado, ocurrió el caso tal cual yo lo he referido... perdonadme si no es de vuestro agrado!

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"

Año 1625 MONTERREY, MEXICO



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA

## LA OBRA MAESTRA.

A BALBINO DÁVALOS.

No creas, preciosa Ismenia, que lo que voy á contarte es un embuste urdido en la fantasía para decomisar tu atención quince minutos; tampoco imagines que invento la historia de lo que no ha sucedido nunca, por más que ese defecto sea una costumbre en la que, confieso ingenuamente, incurrimos todos los emborronadores de cuartillas.

No, amiguita mía, Antíoco Entrambasaguas existe, digo más, somos amigos íntimos, tan íntimos, que nunca nos hemos pedido prestado un peso. . .

Voy á referir una de sus acciones malas, la más punible tal vez; pero antes, permíteme hacer, no la anatomía de su corazón, que esa sería tarea prolija y superior á mis fuerzas, sino una brevísima digresión, que nos ponga, por decirlo así, en legítimo y puntual conocimiento del carácter de mi héroe. ®

No hagas una muequecilla encantadora para decirme que ya no hay héroes ni en las novelas por entregas de á quince centavos; no, interesante burlona, aplaca tu punzante mofa porque bien seguro estoy de que mi atolondrado joven es muy merecedor del calificativo.

Antioco Entrambasaguas podrá ser un mozo de buena presencia, si así figurártelo quieres; su físico me interesa muy poco y en manera alguna dará motivo á una disputa; lo que sí me conviene asegurar, y lo aseguro, es que al tropezar con él podrías fácilmente confundirle con cualquiera, lo cual no quiere significar que vista con buscado alifio ó lleve en la truculenta testa un chambergo Rubens cepillado á contrapelo.

No, bellísima Ismenia, el perverso Antioco es tan limpio y pulcro como un gato de casa decente, en el comercio social, habla bien de los que piensa horrores, escucha, sin sentirse acometido de hidrofobia, todas las sonatas que le obsequian las Bashkirtseff mexicanas, paga á sus acreedores, bebe cerveza en jarros de Flandes y tiene amor fanático por una copia del Perseo de Cellini, de la que se hizo propietario en un bazar de brie á brac.

Como pudo haber sido carbonero, millonario, gendarme ó domador de fieras, resultó pintor, pero un pintorcito muy desventurado y muy raquítico, un verdadero manchador de trapos!

En su vocación se equivocó lastimosamente, como casi todos los que acometen empresas difíciles careciendo de temperamento y de carácter. . . . .

En su oficio, y sin para ello argüir razones de buena ley, odia cordialmente todos los simbolismos de sus colegas de Munich, las complicadas composiciones del Renacimiento, las estrambóticas faunas de Beöklin, las apopléticas y beodas rubicundeces flamencas y hasta las palideces desmayadas de esa escuela religiosa que se inicia en Gioto y termina en Beato Angélico.

Se llama impresionista sirviéndose de una de esas palabras que hacen moda porque las inventan los gomosos y por su insigne anodinismo no significan nunca nada.

En los esbozos de que está repleto su estudio he visto el color atormentado y pervertido hasta lo inaudito.

Yo no sé de qué extraña orquestrica arranca ese diantre de hombre las demoníacas actitudes de sus figuras.

Intenta un claro obscuro á la Rops, y sobre fondo negro como techumbre de fragua, amontona matices amortecidos y humosas penumbras para bosquejar, á pincelazos aventados, la cabeza del suicida en cuya lengua colgante y renegrida por los efectos del veneno se clava un dardo de luz híbrida. . . . .

En las fisonomías que sorprende está redivivo y palpitante odio artificial.

Verás en ellas la mirada imbécil del tomador de opio, la anublada del haschichino ó la del neurótico consumido á fuego lento por el morfínismo; observarás los visajes de la desesperación asomándose entre dientes inválidos, incrustados en encías violáceas, recocidas por el alcohol, manos peludas ostentando una sarmentosa ramificación de nervios atrofiados por el agotamiento, las piernas anquilosadas de los que mueren en los hospitales ó los despojos de todos los victimarios del crimen pasional con su tórax acribillado de heridas de puñales. . . .

Un día llegó á su taller solicitando jornal de modelo una pobre mozuela de esas que se hunden en los lodos del arroyo con una impudencia que á fuerza de ser inconsciente se aproxima á las lindes de la castidad cenobítica.

Después de mucho vacilar, aceptó el pintor á la desvalida, obrando así únicamente porque era bonita y le inspiraba cierta conmicación.

Y no es que Entrambasaguas sea redentorista de los que creen, en su estúpido lirismo, que toda mujer caída puede convertirse en ángel como la oruga en mariposa; tampoco es romántico con los azucarados resabios de mil ochocientos treinta, como muchos que andan por el mundo, nada

de eso, tiene su misantropía, como la tienes tú, como la tengo yo y como la tienen otros!

La verdad es, hermosa Ismenia, que Antíoco admitió á la muchacha, única y exclusivamente porque en su embrutecimiento de solterón se despertaba con gruñidos feroces la necesidad animal é imprescindible de una mujer.

Teresa se abandonó exclusivamente al protector, enamorada, porque creía gallarda su presencia, agradecida, porque había encontrado un amparo en su abandono, humilde, porque admiraba con entusiasmo de hembra á su amigo y creía en sus talentos con más fe que en Dios mismo. . . . y. . . . acaso, acaso, porque era la primera vez que sentía la seda joyante de su cútis frotada por el calorcito de una caricia voluptuosa no pagada á puntapiés de calafate ó con monedas de mercader de carne humana. . . .

Finadas las primeras embriagueces del entusiasmo, del amor, de la lujuria y de la bestialidad, que está más abajo de la concupiscencia y es como el *De Profundis* de todas las fiebres que provocan hervores en la sangre y palpitaciones en el corazón, llegado el día en que la razón, con todas sus frialdades analíticas, comenzó á picarle las entrañas, ocurrióse al pintor, que la tierna enamorada no sólo iba á enflorar su tálamo con las rosas del deleite, sino también á hacerle la revelación suprema. ®

¡Su obra maestra!

Con mirada de iluminado sorprendió todas las patricias perfecciones del cuerpo de su querida: pasaba el tiempo olvidado de los pinceles, de su cantimplora de aguardiente, de la enorme pipa turca que le brindaba nebulosos vapores llenando su mente de sueños de sátrapa, de las pindáricas estrofas de su poeta favorito ó los lirios rojos que cultivaba en tiestos elegantes. . . .

Vivía en éxtasis, contemplando el tono aperlado de aquella piel que tenía heroicas nitideces, pasmado ante ese bélico himno de la carne que se revelaba sabiamente en curvas suavísimas y nerviosas flacuras. . . . .

Besaba con sus labios excitados las combas rebeldes de aquel seno, la atenuación egipcia de la cadera, la mano frágil, el rostro expresivo, circuido por negrísimo cabellos que chorreaban fúnebremente sobre la lírica turgencia de sus hombros. . . . .

En ese ciclo de su maravillosa enajenación por la línea, sus pesadillas sensuales junto á Teresa no buscaban el saciamento del goce impuro, antes bien, la resurrección de un mito muerto conjurado por el ingenuo y tenaz presentimiento de su futura gloria artística. . . . .

La muchacha bohemia había llegado al abandonado tugurio para llevarle el más elevado de los amores, el de las musas, el que cifie las frentes

pensadoras con la corona de abrojos tan codiciada por los que saben que sobre las mezquindades de la vida corriente flota, raudo, un fantasma, que sólo prodiga sus besos á los raros, á los ungidos en el divino sacerdocio del arte, á esos claudicantes que desprecia Aliboron porque son los desertores en la lucha de ambiciones burguesas donde es preciso tremolar una bandera que tiene por símbolo. . . . un cerdo cebado y un talego rebotante de dineros!

Antifoco Entrambasaguas sentía aproximarse el momento de la concepción, y la cobardía del neófito le intranquilizaba, llevando á su pensamiento, como carga de centauros encabritados, mil y mil preocupaciones sombrías. . . .

¡Si no tenía talento, si era un pobre embadurnador, si despues de vivir para un sueño se estrellaba su impotencia en él como esas golondrinas que al bajar su vuelo tropiezan con las piedras y se rompen la cabeza. . . . !

Ante la primera audacia, sentía el miedo supersticioso del ladrón que roba la custodia, el horror siniestro del desesperado que quiere arrojar al cielo un escupitajo en forma de blasfemia, el trágico pavor del que nunca se ha visto cara á cara con la muerte. . . . .

¡Su obra maestra!

Trabajarla con asiduidad incomparable, trabajarla mucho, tenazmente, hasta ver trasladadas

al lienzo aquellas ideas que lo desvelaban con su provocante mariposeo . . . .

Preparó con lentitud el trabajo, puso colores en las paletas, colocó el caballete en la mejor posición, y después llevó á Teresa á un lugar del aposento donde toda la claridad diurna bañara su desnudez con polvito de sol.

Pintaría á Cleopatra muerta. Por largo tiempo fué un entusiasta devoto de la gran reina tebana, amó sus grandes ojos sombreados de antimonio, sus lujosas túnicas fimbriadas de grecas caprichosas, sus fetiches de alabastro y lapislázuli, á Isis y á Nephtys, á Sumauth el de la cabeza de cinocéfalo y á Hator con su airón de plumas de avestruz. . . .

Veneró también los animales sagrados que adornaban las columnatas de sus palacios faraónicos, sus amores formidables, sus versatilidades increíbles y su muerte tan grandiosa!

La brocha lamió la tela dándole al momento colorido.

Después la espátula trabajó como la navaja de un chispero que riñese con un chulapo por alguna Dolores veleidosa. . . .

Terminadas varias secciones de un trabajo abrumador, Antíoco Entrambasaguas dió por terminado el cuadro aquel.

Lo contempló un instante.

Su mirada se enturbió, y llevando las manos al

rostro, espantosamente demudado, lloró como un cobarde.

La producción le avergonzaba: era odiosa: carnes magulladas y amarillas, expresión estúpida en la faz, senos de nodriza bretona, músculos groseros y contornos acentuados de un modo varonil. . . .

Cualquiera supondría que estudió frente á la plancha de un anfiteatro, ante el cadáver de una de esas impulsivas que truecan su lecho de impudicias por el de la muerte.

Cuando se aplacó un tanto su estupor, Antíoco Entrambasaguas sintió, nuevo Leaconte, que le atormentaban las serpientes del furor.

Y en un rapto de cólera leonina se arrojó sobre el modelo.

La lucha fué breve. Sus manos atenacearon el cuello de Teresa hasta lograr estrangularla por completo. . . .

Y sucedió en ese instante, que frente al despojo mortal de su víctima sintió el asesino que la inspiración, como un cometa de brillante cauda, pasaba por su mente ensombrecida. . . .

Pintó de nuevo con rapidez vertiginosa, y después de muchas horas de trabajo, cuando la muerta comenzaba á corromperse, dió el último toque y retrocedió algunos pasos buscando la perspectiva de su cuadro. . . . .

El triunfo es completo.

Había producido una obra genial!

Será cierto, mi señora Ismenia, que para vencer, los artistas, tienen siempre que sacrificar impiamente á la musa que los hace creadores y fuertes . . . ?

Será cierto que por un siniestro fatalismo, el dolor acerbo ó el horripilante crimen serán penosamente la moneda con que compren su gloria los apasionados de la belleza invicta. . . . ?

Me hace daño la risa que te causa la historietta, pero, ríe mucho; cuando las mujeres bonitas rien hasta ajar las blondas del corpiño ó romper el varillaje del corsé, las pesadumbres y las tristezas emigran, como los pájaros nocturnos cuando la albirrubia mañana destiñe sus fuchinas en los pálidos orientes . . . .

## LA CRISIS.

A JOSE MARÍA OCHOA.

La señorita Abigail hizo un gesto de cólera y con el semblante enrojecido por las copiosas lágrimas que vertía, entró á su alcoba, sentóse al borde del lecho y estrujando el pañuelo con las manos:

—¡Pues sí, aunque te enojés, lo quiero!

—Es un cualquiera.

—¡No me importa!

El señor Valenzuela, tembloroso y demudado, haciendo ademanes melodramáticos y protestando á regañadientes, dejóse caer medio muerto en la butaca.

—¡La chiquilla!

Y ante lo irremediable se atarantaba; no, no podía comprender el intempestivo arrebató de esa colegiala que siempre obedeció sus mandatos con los ojos bajos: como á una evocación fatídica, aparecía ante su cansada retina el cuadro triste y monótono del pasado: novela vul-

Había producido una obra genial!

Será cierto, mi señora Ismenia, que para vencer, los artistas, tienen siempre que sacrificar impiamente á la musa que los hace creadores y fuertes . . . ?

Será cierto que por un siniestro fatalismo, el dolor acerbo ó el horripilante crimen serán penosamente la moneda con que compren su gloria los apasionados de la belleza invicta. . . . ?

Me hace daño la risa que te causa la historietta, pero, ríe mucho; cuando las mujeres bonitas rien hasta ajar las blondas del corpiño ó romper el varillaje del corsé, las pesadumbres y las tristezas emigran, como los pájaros nocturnos cuando la albirrubia mañana destiñe sus fuchinas en los pálidos orientes . . . .

## LA CRISIS.

A JOSE MARÍA OCHOA.

La señorita Abigail hizo un gesto de cólera y con el semblante enrojecido por las copiosas lágrimas que vertía, entró á su alcoba, sentóse al borde del lecho y estrujando el pañuelo con las manos:

—¡Pues sí, aunque te enojés, lo quiero!

—Es un cualquiera.

—¡No me importa!

El señor Valenzuela, tembloroso y demudado, haciendo ademanes melodramáticos y protestando á regañadientes, dejóse caer medio muerto en la butaca.

—¡La chiquilla!

Y ante lo irremediable se atarantaba; no, no podía comprender el intempestivo arrebató de esa colegiala que siempre obedeció sus mandatos con los ojos bajos: como á una evocación fatídica, aparecía ante su cansada retina el cuadro triste y monótono del pasado: novela vul-

gar, sin peripecias, desarrollada con lentitud desesperante en medio de las exigencias de una labor estúpida, la del burgués que pone á contribución sus mediocres energías por acumular monedas y llegar á alcanzar un bienestar. Después de embrutecerse veinte años tras el mostrador, comerciando en alhajuelas de miríflaque y perlas de vidrio azogado, era al fin dueño de un capitalillo cuya cifra hacía las veces de tarjeta de visita en los salones de la aristocracia del dinero, á la que por derecho de rico frecuentaba.

El desahogo de su posición le permitía vestir á Abigail como una duquesa de Saint Germain; con su orgullete de palurdo enriquecido, veía cortejada por toda la garzonía del gran tono, y con su astucia de villano testaturado sabía ponerla siempre á cubierto de las asechanzas de los cazadores de dotes.

Llegaba á la senectud sin lamentarse de la existencia, gozando en lo muy interno con la filial solicitud de esa adorable compañera que le había sido otorgada por el destino como una recompensa de los tiempos malos, y de improviso, cuando nada faltaba á su dicha, un extraño, un nadie, venía de la calle y sin preámbulos le arrebatada el corazón de su bien amada niña.

¿Era eso justo?

Aviejarse bajo el yugo del trabajo, fabricar

una alma piadosa y buena, cultivarla como planta de invernáculo, edificar con paciencia de hormiga la torre blanca de la felicidad, y, cuando después de copiosos sudores y prolijos afanes se levantaba airoso el monumento, llegaba un novio petimetre, con su florecilla en el ojal, y sin preámbulos, á título de candidato á matrimonio, se llevaba impunemente la postrera alegría del viejo laborioso. . . . ¡Ah! . . . El ladrón no tenía respetos que coartasen el logro de sus fines, pero ella, ella, la voluntaria y dócil cómplice de sus manejos por qué desconocía los vínculos de la sangre de tal modo? . . . ¡Ingratitud sin ejemplo. Descastarse, renegar de un padre bueno y amoroso por el primer zascandil que llega, entregarse á trueque de unas cuantas epístolas eróticas, olvidar así los sacrificios y desvelos de un pobre hombre, valetudinario casi, que apresuró su ancianidad trabajando rudamente, y por ella perdió la salud y el vigor, por ella, sí, por ella sólo! No. Su enemigo, el intruso, tenía irremisiblemente que sucumbir; él, Valenzuela, viejo y todo, sentía surgir arrogante y vivo el valor que creía perdido ya completamente. Aún estaba vigoroso y bravo. Pelearía como un león mutilado. ¡Hasta vencer ó estrellarse! Ah! Si él pudiese matar, con qué indecible placer precipitaría en la fosa al seductor. . . .!

Sus lívidos labios se arrugaron en las comisuras

ras por amarga sonrisa. Frente á sus pupilas inyectadas volatineaba la silueta esbozada y reidora del rival, su boca balbuciente por la rabia contenida, se ahogaba en un vómito de vocablos insolentes, sus instintos malvados desperaban con impetus de bestia, el odio, el siniestro demonio, hacia correr veneno por sus arterias y el deseo de la venganza se apoderaba instantáneamente de sus potencias.

¡Aniquilarle! . . . ¡Humillarle! . . .

Para qué si ella lo quería?

Esa reflexión lo avergonzaba.

Aquellos seres estaban realmente vinculados por los fortísimos ligamentos de un cariño?

Atormentando uno perecerían los dos?

Entonces, él era un pobre iluso, un maniático que en su insana obsecación hacía sufrir á dos amantes acreedores á la ventura.

Padeciendo su hija podría él experimentar placer alguno?

Muerta ella, él viviría?

Debía consentir, lo ordenaba el deber, la tranquilidad de todos, la moral, la religión, la sociedad.

—¡Consentir!

Y volvía más tenaz y obsesora su primera idea.

¡Un hortera que ni siquiera disculpaba su osadía con un talego repleto de monedas, un poli-

chinela que paseaba su insolente y minúscula personalidad por las baldosas de la calle, un sietemesino que osaba sobornar lacayos, mientras él, Valenzuela, que fué siempre bueno y nunca dañó á nadie, se transformaba en un malvado y urdía proyectos monstruosos, y blasfemaba, contorsionándose, para sacudir esas pasiones que como manojo de víboras bravas lo mordisqueaban por doquiera. . . .? Y de un afecto paternal, santo y lleno de abnegaciones, nacían aquellas rebeliones tan mezquinas? . . . . ¡Misterio! . . . . ¡Arcano! . . . . Transigir? . . . . ¡Nunca! . . . . Entonces se casarían, se irían muy lejos, perdería las carantoñas de su Abigail, caminaría solo y sin apoyo por los barrios y paseos. Serían ellos felices! Ellos! Y él, el poseedor legítimo y absoluto del talismán disputado, quedaba en el olvido, solo, y moriría de tristeza y de abandono.

¡Eso no! . . . . ¡Jamás! . . . . ¡Jamás!

¿Qué voz era aquella que con zumbido de cigarra murmuraba así á su oído:

—¡Hombre al fin! Por la ley atávica de tu linaje eres cobarde, incrédulo y tacaño. No puedes desprenderte del barro de la tierra. Los escarabajos que brotan del humeante estercolero sólo saben redondear bolas de excremento para rodarlas después hasta morir. Es su suerte. No intentes dignificar tus miserias: las pasiones humanas, cuando redundan de sus fuentes, no pue-

de ennoblecerlas ningún título, ni el de padre, que es augusto por el tributo que á natura rinde. Interroga á tu conciencia y díme: Tu empeño por ser el exclusivo afecto de esa pobre Abigail no es idéntico al del odioso avaro que guarda en lóbrega cueva su tesoro? No es el amor que santifica y redime, la nota acordada al himno universal, el sentimiento que te conturba, sino el yo, el bien propio, el egoísmo, un egoísmo feroz: quieres conservarla porque la necesitas: en tu infame desvario intentas sacrificar dos juventudes, por satisfacer un antojo loco y vil..... horrendamente vil! Obstruyes el natural desenvolvimiento de un impulso que es sagrado, violas leyes morales, preceptos religiosos, fueros de la sociedad que temes, de la familia que has creado, por el culto á sí propio, por adoración á ti mismo, por egoísta, por idiota! . . . ¿Pretendes hacer de esa criatura una solterona camandulera y deslenguada? . . . ¿La hermana de la caridad que cuide tus achaques y amortaje tu cuerpo de hemiplégico? . . . ¿Con qué derecho das muerte súbita á las más opulentas floraciones de su juvenilia, impidiéndole que sea buena esposa y madre buena? . . . ¿Eso es amor? . . . ¡Sacrilegio! . . . Sembraste la planta, vivió y creció, y al aproximarse á la estación exúbera, cuando espolvoreados de sol brotan los botones, tronchas el tallo impidiendo que floreen! . . . y to-

do porque el perfume de esos pétalos daña tu olfato porcino. . . . dí, insigne presuntuoso, en qué código se castiga tan nefando delito?

¡Drama sin solución! Misteriosa é interminable cadena, eslabonada con lo bajo y lo sublime!

Volvía el problema á su punto de partida, robustecido en su sarcarmo, más cruel, más implacable, más abstruso.

El señor Valenzuela cayó en una de esas torvas meditaciones que enlobreguecen el espíritu con las tinieblas del Erebo ó lo alumbran con las claridades del Empíreo.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA

## DIARIO DE UN SIMPLE.

A JOSE ALBERTO ZUEGAGA.

Entre los papeles de un joven estudiante, vecino mío, que se ahorcó en una buhardilla frontera a la que yo habito, había un sobre dirigido a mí, y en su interior, lo que copio:

*Enero 6.*—Cada día se robustece más y más mi convicción: soy el tipo perfecto del soñador de género werteriano, y por anacronismo en mi tiempo, romántico, furibundamente romántico, acaso el último mite de esa especie que vive en el mundillo.

Delítome en locos entusiasmos con libros de heroínas tísicas ó enamorados decadentes, y para que nada falte a mi depravación moral, tengo la monomanía de garrapatear versos, de esos, que como dice Theophile Gautier, hacemos todos, a la edad en que se estila el juicio corto y los cabellos largos.

Frecuentemente padezco exaltaciones sensuales por mujeres muertas en la más remota anti-

güedad ó concebidas sólo en las imaginaciones de los noveleros.

En la historia de mis impresiones han escrito poemas sensacionales, la Evangelina de Longfellow, Lady Macbeth, Santa Teresa, Merella, y tantas y tantas que como aladas visiones de luz volaron deslumbrándome con sus albeantes radiaciones. Ninguna dama de las que yo puedo ser novio ó marido ó amante, ha logrado poseer el secreto de causar perturbaciones en mi organismo. He querido siempre abstractamente. A ésta, porque imaginé que sus brazos eran los perdidos de la Venus mutilada; á esa, porque las frenéticas alburas de su piel me hicieron pensar en Adriana abandonada; á la otra, porque sus bucles á la prerrafaelista tenían el brillante negror de sedefa madeja fabricada por gusanos japoneses, y á las demás, por sus pupilas de Medusa ó sus rizos de oro pálido porque aureolaban el óvalo seráfico del rostro con la melena fosfórica de Espirita.

La mujer ha sido para mí la hembra, y nunca, nunca, he llegado á paladear los deleites de ese amor paradisiaco que anida en la cabaña y el alcázar.

Mis ilusiones florecen sólo en las nieves de la indiferencia, viven efímeras y enfermizas el breve tiempo que he podido creerlas imposibles, para morir después al más leve soplo del hastío.

Siempre he perseguido á la esperanza, porque es la incansable fugitiva, y con frecuencia, escribe en los corazones, páginas candentes. . . . . que puede borrar una impresión trivial.

Amo á las rosas con pétalos de terciopelo, cuando tiemblan en sus endeblen tallos espinosos; las odio en mi mano, porque hacen brotar sangre y se marchitan.

Creo que ser devoto de una bella á la distancia en que el lente analítico hace inapreciables los detalles, es sentir el amor en su más refinado exquisitismo: me horripilan los desencantos: prefiero amar á una falsa belleza, desde lejos, á saber que las gracias de su sonrisa las hizo una postiza dentadura, que el brillo de los ojos lo poetizaron unos pincelazos de carbón, y el tono sonrosado de la piel es un maceramiento de coloretos y polvos cutáneos.

Marzo 6.—Algunos días, el vacío de mi alma sin afecciones determinadas, me causa vértigos: veo el Nirwana muy cerca, en la noche caótica, donde, nauta de lo incognoscible, se aventuramás y más mi fantasía. . . . . Siento debilidades propias de la edad senil, mis carnes al tornarse débiles y exangües adquieren una amarillez que me da apariencias de cadáver, entristece mi ju-

ventud como alondra en la época invernal, y cuando la diátesis llega á las recrudescencias de su período álgido, caigo, inerme y prisionero, en las telarañas del fastidio....

*Abril 2.*—Quiero aproximarme á un fantasma indolente y luminoso que he columbrado entre las vaguedades de mis paraísos artificiales.

Es una figura inmaterial, que me ronda, sigue mis pasos, habla cosas de amor á mis oídos y hace huir á mi ángel bueno con sus gloriosas impudencias....

*Abril 20.*—¡Confusión demoniaca!

Creyérase que en bullente microcosmo de mi cráneo produce la sangre inflamada muchas explosiones rojas.

¡Oigo ruido de alas! Estoy seguro que mariposea y vuela en el espacio un suspiro del extramundo ó algún fluido psíquico sensible á mi neurosis.

¿Será porque leo á Hegel y á Swedenborg?

¡Tal vez.... acaso!

*Mayo 3.*—Pacem suma tenent....!

*Mayo 20.*—He visto en el escaparate de no sé qué fotografía la imagen de una mujer. Debe haberse retratado á propósito de algún baile de fantasía, porque viste un caprichoso traje de campesina: faldellines albaneses enseñando el nacimiento de una pierna delgada, que, según la expresión de Dumas, promete no serlo en adelante: hay no sé qué romancesca nostalgia en sus pupilas, el talle es delicadamente fino, su seno se eleva sólo con la valentía necesaria para perfilar una curva clásica, sonríe como deben hacerlo las musas á los poetas, y en su cuello, admirablemente modelado, se enroscan varias sartas de cuentas: serán perlas....

*Junio 3.*—¡No hay remedio! Estoy profundamente impresionado por la joven del retrato. Cada vez que paso frente al establecimiento, deténgome ante el cristal y la observo escrupulosamente, descubriendo siempre algún encanto nuevo que contribuya á armonizar sus perfecciones. Mi cariño está lleno de virginidades. Me he vuelto niño. Tengo rubores de colegiala á

quien sorprende la pubertad pensando en un hombre, y tiemblo cuando alguna idea pecaminosa me acomete en mis contemplaciones á su efigie. Concurro á los paseos, á los hipódromos, al teatro, y entre las bellezas, que según Alfonso Karr, mientras más desnudas mejor vestidas van, no he podido encontrar alguna que se le parezca. Lo infructuoso de mis pesquisas acrecienta peligrosamente mi neuropatía, y aunque me siento peligrosamente enfermo, aunque como Gerardo de Nerval, exclamo: ¡Ah! Creo estar enamorado. Entonces creo estar enfermo; ¿no es verdad? pero si creo estar enfermo, lo estoy. ¡A pesar de eso no me decido á obedecer el tratamiento de un físico, porque adivino que hablará de un microbio infinitamente pequeño, á quien es forzoso exterminar arrojándole una batería de pildoras y redomas de farmacia: además, mi mal no es de los que cura la medicina, nace en lo profundo, ha echado muy hondas raíces, se parece al del ahorcado de la calle de la Vieille Lanterne!

*Junio 30.*—¡La he visto! Es muy rubia: sus ondulantes cabellos caen en espirales doradas sobre los hombros, nimbando su faz asiria con un halo fosforescente y ambarino: es su frente de

novicia, blanca, con la palidez enferma de los lirios que se mueren sobre el mármol de los sepulcros, digna de guardar como arca santa los más hermosos pensamientos: tiene su carne suave y tierna, transparencias nivosas, es el cuerpo esbelto y frágil, las manos, pequeñitas, son nobilísimas y crueles, como las de esas reinas que firmaban con niveas plumas sentencias sangui-narias: más que mujer, se me antoja una alma, porque no hay en sus formas nada que punce ó hiera á los sentidos. . . . está espiritualizada!

¡Es rica! Pregónanlo á gritos, los diamantes de sus sortijas, las finísimas blondas y sedas de sus vestiduras. . . . el fausto regío de sus trenes!

¡Oh, sensitivo autor de los Versos Dorados, oh! pobre loco de Passy, yo siento en toda su intensidad tus amarguras!

*Agosto 4.*—Habéis visto á la diva en moda, hollar sonriente con sus leves pies la alfombra de flores que arrojan electrizados sus fanáticos? . . . Habeísla visto en el escenario (ese altar donde oficia su coquetería) tomar el más valioso buqué y hundir la roxelana naricita en las corolas, olvidando, ingrata, el modesto ramillete que en su tímida fragancia lleva la admiración de algún sufriente anónimo, el más desdeñado porque es

el más vehemente y sincero? . . . Así mi amor es ignorado de la que derechamente lo inspiró, tiene pudibundeces de violeta, estremecimientos de sensitiva, miedo á las desfloraciones!

Quiero que pase triunfante á mi lado, sin sospechar que entre la turba que cuchichea está un corazón palpitando furiosamente por ella.

Agosto 20.—¿Quisiera saber su nombre, que una sola de las palabras amables que prodiga á los que por ella no han padecido, sea para mí solo, que me mire con sus pupilas de diamante negro!

Septiembre 8.—Ayer entré á la iglesia. No soy creyente, pero venero á los dioses. Me agradan los templos por su obscuridad contemplativa, sus santas afligidas y sus cirios crepitantes. Creo que las naves sombrosas albergan legiones de almas con tocas de monja y cruces de abadesas. Sus inscripciones latinas, son cristianas teogonías, conjuran leyendas poéticas hundidas ya en el polvo canoso de los siglos muertos; el confesionario, habla de luchas internas, y terrores, y

perdones, y conciencias purificadas por la santa bendición!

Mi amigo el capellán, que es un viejecito escuálido, de faz hierática, una especie de Voltaire con sotana de jesuita, hacía los preparativos de una boda, que por voto religioso iba á celebrarse sin boato.

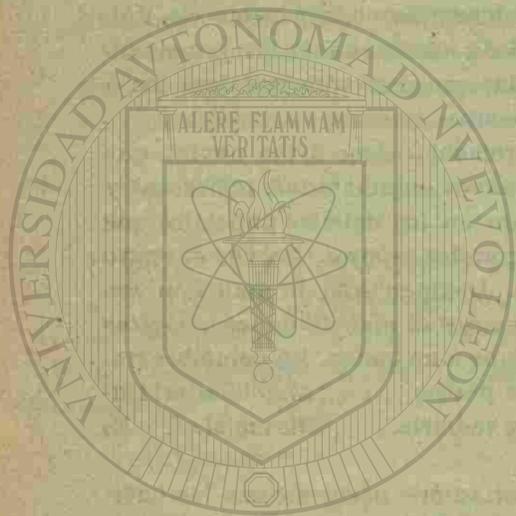
Esperé la ceremonia. Amo á las novias que enclavijan las manos enguantadas, temerosas y alegres, pensando en los deleites nupciales que se acercan. Llegan los esposos. No veo el rostro de la prometida. Distingo sólo un manchón vaporoso y blanco entre el mar de cabezas negras que se agitan. Subo á un banco. La columbro ya. Está radiante de placer. . . . ¡Angelical criatura! . . . Me ve y se burla! . . . Dios mío! . . . Es ella! . . .

¿Por qué gemirían mis nervios como las cuerdas de viejo clavicordio entre las garras de una fiera?

Con esta interrogación termina el diario. ®

El día veintiuno de Septiembre del mismo año ocurrió el suicidio de ese amador paradisiaco.

Su resolución mereció mi aplauso, porque yo no compadezco ni á los vivos ni á los muertos.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"DIF. ASO. REYES"  
CALLE 1625 MONTERREY, MEXICO

## CONFLICTO GRAVE.

A PEDRO ESCALANTE PALMA.

Que un hombre se apasione vilmente de dos mujeres, aunque parezca escandaloso, es tan natural como que á una dama le ocurra exactamente lo propio por tres varones. Comunmente esos amadores en plural procuran disculpar su felonía, alegando el recurso de los contrastes: rubia y morena, esbelta y rolliza, tonta y vivaz, pobre y rica. Fabián no disponía de esa fórmula que solapadamente puede atenuar la infidelidad, porque las dos muchachas por quienes él se perecía, eran muy parecidas, tan parecidas como dos gotitas de rocío. Tenían casi la misma edad, pensaban idénticamente, fueron educadas en un mismo colegio, la dote de ambas alcanzaba igual cifra, dormían en la misma alcoba, leían juntas sus novelas, y estupendo fenómeno entre dos rivales, se amaban francamente y con ternura: eran hermanas.

Ignorándolo, Fabián había acreditado una reputación de hombre singular, sin que sus humo-

rismos y genialidades fuesen, por fortuna, capaces de encamilarle á la casa de locos.

No era el más jaquetón de los galanes de su barrio, ni perpetraba elegías cursis, ni encrespaba sus cabellos, ni vestía desaliñadamente, ni desatinaba en disertaciones escabrosas delante de las señoras, hablando de escepticismo y desengaños para hacerse interesante, nada de eso: su fama de hombre excéntrico la adquirió debido más á un exceso de cordura que á un principio de demencia, porque aunque el concepto resulte alambicado ó paradógico, nadie negará que ante el criterio de la comunidad burguesa es más fácil ganarse el título de loco siendo cuerdo, que el de cuerdo siendo loco.

Las mamás con hijas cotizables en el mercado matrimonial le acogían melosamente y elogiaban sin cesar su figura é indumentaria, riéndole porque no hacía visitas ni frecuentaba círculos.

Muchas señoritas vestidas á la última moda, sabedoras de que ese joven no feo y de aspecto bonachón poseía una fortuna muy bien saneada, declararon en estado de sitio su pacífico é inofensivo corazón, el cual, según dicho de ventruadas y casamenteras matronas, no había pertenecido á ninguna beldad.

Un caballero rico y no muy sandio, que conservaba á los veinticinco años una alma virgen

y un capital al que no habían abierto brecha ni el bacará ni los muslos de una bailarina, era en verdad presa digna de codicias.

Por esa única y exclusiva razón el honrado y benévolo mayorazgo se vió atacado ruda y encarnizadamente por una poderosa artillería de miradas suplicantes: tuvo que aplicar frascos de vinagre alcaloide y sales amoniacaes á la picaresca naricita de muchas vírgenes, violadas ya por sueños caprinos, que tenían la atingencia de accidentarse en sus brazos: soportó aparentando propicio talante, infinitas y fantásticas historietas sentimentales; escuchó, resignado, los aullidos de muchos pianos desafinados ó las lamentaciones de padres fósiles entregados á políticas ó catarros crónicos, y fué, por luengos meses, halagado hasta lo empalagoso por una parvada de solteritas que lo buscaban como las palomas golosas al granero.

Ante su impasibilidad, las chicuelas sin dote propalaron que no tenía sentimientos; otras, monstruosamente feas, murmuraban que era un presuntuoso; otras, enteramente viejas, conjuraban su nombre haciendo cruces, porque según su decir, era un ateo; las gotosas abuelas lo calumniaron también sangrientamente, y hasta los maridos de buena fe se permitieron desacreditarle en muchas partes.

Por mucho tiempo el inocente Fabían sufrió

con estoicismo de espartano la tormenta de iracundias que como castigo del cielo llovía sobre su cabeza, preguntándose en el colmo del asombro cuál pudiera ser la causa de aquella malquerencia que las amables doncellas se empeñaban en manifestarle.

En el más amargo periodo de su caída fué ocasionalmente presentado á Sabina y á Mercedes, doncellas huérfanas, de regular posición, bonitas, inteligentes y honradas: caso raro, aquellas niñas no adularon al prócer ni se mostraron indignadas ante sus impasibles cortesías: recibieronle con espontánea camaradería, sin mostrarse tímidas ni descocadas: no platicaron de perendengues ó gonzadas amorosas ni insinuaron en la conversación palabras de esas que orillan á un señor decente á las ceremonias y madrigales que en lo íntimo le fastidiarían soberamente.

Sea que la indiferencia de las hembras lastimara el vidrioso orgullo de aquel efebo, que como Hílas estuvo á punto de ser raptado por las ninfas, ó que derechamente se sintiese enamorado, ello fué, que cierta noche, contemplando el hermes de la luna y el chispear de los luceros, juró á las dos criaturas una pasión volcánica y trágica, á la que ellas, ignorantes de la perfidia de su amador, prometieron corresponder con todas las fórmulas que en casos tales son de uso corriente y común.

Aunque las muchachas, por su aspecto, eran más gemelas que los Dioscuros, moralmente sus instintos se hallaban siempre en contraposición.

Sabina era impetuosa y capaz de todas las locuras de una impulsiva.

Mercedes, por el contrario, tenía la santa bondad de los espíritus fuertes, y su sensitivo corazón era un manantial inagotable de ternuras.

Sus temperamentos, representando fuerzas é impulsos enteramente disímbolos, estaban subyugados á la voluntad veleidosa del aturdido por los hilos de una pasión, de igual intensidad, aunque revelada de maneras muy diversas.

La psicología de Fabián era por demás drolática y complicada.

Cuando palpitaron en sus órganos las primeras eclosiones de la pubertad, sus más próximos amigos y parientes llegaron á creer que estaba loco, tantas y tan gordas fueron sus extravagancias: en ese lapso de la vida en que la juventud echa á vuelo sus clamoreantes campanas, y la hembra surge ante las atónitas virilidades del adolescente con todos los satanismos y con todas las artimañas del pecado, porque pecadores son sus ojos, y pecadores son sus labios y pecadora es su carne, Fabián codició furiosamente á todas las pensativas que supieron dejar en su recuerdo la coruscante huella de una mirada diabólica: se enamoró sucesivamente de una cir-

quera con nalgas de exuberancia calipigia, de alguna gazmoña amiga de su madre, de la esposa de su profesor de lógica, de su madrina de confirmación y probablemente hasta de la portera de su casa.

Como se colegirá, en tipo de tan peregrinos antecedentes, una afección como la que le conurbó por las jóvenes, tenía que prosperar, causando sus consecuentes estragos.

La extraña aventura hacia trastrabillar al amador sobre una hilera de horcas caudinas.

Torturando su ingenio, logró por mucho tiempo que ninguna de las novias sospechara la traición de que estaban siendo víctimas, pero como por el inexorable fatalismo que determina el destino de los vivos, todas las tragedias de la existencia tienen que desenmarañarse alguna vez, llegó por fuerza el día en que las burladas supieran hasta en sus más incógnitos detalles todas las maquinaciones del traidor.

Su estupefacción fué mayor que la del santísimo Job cuando el ángel agorero fué á notificarle las tremendas nuevas.

Dejándose arrebatado por los furiosos del momento, juraron tomar venganza del perverso: Sabina, haciendo belicosos ademanes y arrastrada por sus melodramáticos instintos, llegó á pensar en venenos y puñales; Mercedes, después

de cavilar mucho, quedóse como entontecida en un aletargamiento de marmota.

Ya atenuado el colérico paroxismo, las dos lloraron copiosamente, y abrazadas, cayeron de hinojos ante la Madona, encareciéndole como buenas cristianas que arrancara de su pecho aquel maldito hechizo que amenazaba perturbar por siempre la paz filial de sus afectos.

Arrojaron las cuitas de sus conciencias en la rejilla del confesonario, refiriendo todos sus escrúpulos al padre cura, y procurando en un severo examen espiritual, que ningún repliegue de sus almas pasara desapercibido á la investigación saludable del mentor.

Este, que era un viejecillo experimentado y muy sabio, después de oír atentamente la novela, dijo á sus penitentes:

—Huir muy lejos.

Cuando se aleja la blonda soñadora, dejando plantado á un amante que sufre, es porque el olvido, ese pájaro siniestro, ha manchado con la sombra de sus alas la aurora de un amor efímero....

A la hora en que el muriente crepúsculo chorreaba oro molido sobre el luto de la noche avencindada, llegó Fabián á la casa de sus amigas, con un ramillete de violetas en cada mano y dos cartuchos de bombones en las faltriqueras de su americana.

Llamó discretamente.

Como no le contestaran, colóse á los aposentos de rondón, y después de minuciosa investigación acabó por convencerse de que la jaula estaba vacía y las alondras habían volado.

Entonces alejóse llorando de aquel hogar donde había sido dichoso tantas veces.

Las torres desgafitaban sus bronces celebrando con regia pompa las exequias del sol, y la tristeza indefinible de la noche que llegaba, lo invadía todo prontamente... prontamente.

## INSTANTÁNEA.

A ANTONIO DE LA PEÑA Y REYES.

Así el cuadro: Un cielo invernizo, anodino y opaco, con turbio blancor de grumos de humo: el espacio silente, torvo, sin trinos de aves, sin claridades límpidas, sin rayos de sol: una familia de palomas tiritando sobre la torre de vieja capilla: en la plazuela, alfombrada de cieno, con negras vibrantes de alquitrán, las casucas del barrio plebeyo, ostentando en sus pustulosos muros grandes manchones oscuros, huellas de un torrencial aguacero, extinto ya: adherida á los ciementos una greca de granizo no licuada aún, extendida opulentamente, con todo el orgullo de las cosas blancas, extendida como un anchuroso encaje de Malinas que fimbriase la falda de una mendiga, y la luz, una luz mortecina, do-  
rando lo que podía: un charquito do naufragaba un barquichuelo de papel de periódico que fabricó un parvulillo desnudo é incircunciso, una piedra humeante, un vidrio chorreado, un bal-

Llamó discretamente.

Como no le contestaran, colóse á los aposentos de rondón, y después de minuciosa investigación acabó por convencerse de que la jaula estaba vacía y las alondras habían volado.

Entonces alejóse llorando de aquel hogar donde había sido dichoso tantas veces.

Las torres desgafitaban sus bronces celebrando con regia pompa las exequias del sol, y la tristeza indefinible de la noche que llegaba, lo invadía todo prontamente... prontamente.

## INSTANTÁNEA.

A ANTONIO DE LA PEÑA Y REYES.

Así el cuadro: Un cielo invernizo, anodino y opaco, con turbio blancor de grumos de humo: el espacio silente, torvo, sin trinos de aves, sin claridades límpidas, sin rayos de sol: una familia de palomas tiritando sobre la torre de vieja capilla: en la plazuela, alfombrada de cieno, con negruras vibrantes de alquitrán, las casucas del barrio plebeyo, ostentando en sus pustulosos muros grandes manchones oscuros, huellas de un torrencial aguacero, extinto ya: adherida á los ciementos una greca de granizo no licuada aún, extendida opulentamente, con todo el orgullo de las cosas blancas, extendida como un anchuroso encaje de Malinas que fimbriase la falda de una mendiga, y la luz, una luz mortecina, do-  
rando lo que podía: un charquito do naufragaba un barquichuelo de papel de periódico que fabricó un parvulillo desnudo é incircunciso, una piedra humeante, un vidrio chorreado, un bal-

dosín roto ó el pelaje atigrado de un felino que aventuraba pasos cautelosos por el suelo tortuoso y desigual . . . .

Por allí el tugurio.

Como los pequeños metían boruca insoporable, el señor Juan despertó sobresaltado de su letargo.

Anonadado por las brutales escenas de la noche anterior, habíase desmayado en el jergón.

Sombrias pesadillas hacían su sueño más penoso que la realidad misma.

La historia cotidiana. El movimiento escénico de aquella gátera, nido de pesadumbres y desesperaciones, habitáculo de vicios, de blasfemias y de lamentos:

Que el amante de la Toribia llegó muy tarde ya, borracho, con la embriaguez sombría de los dipsómanos, que golpeó á la mujer, maltrató á los niños é injurió sus canas de viejo veterano, las canas del señor Juan, del héroe sin nombre, que ciego y baldado sufría con resignación de mártir las bestialidades del hombre y los desbocados vicios de la hija, la perdida que obcecada por siniestro atavismo se prostituía en todos los lugares indignos para llevarle cada año un recién nacido espurio . . . .

¡El día nuevo! ¿Qué era para el señor Juan? Un escalón más al descenso incesante hacia el

hoyo, otra patética escena agregada al drama elegíaco de su vida!

Limpió su rostro lo mejor que pudo, vistió su vieja osamenta con andrajos, y aturdido por el atiplado vocerío de los harapiezos que pedían pan, buscó á tientas el nudoso báculo, llamó al perro amigo, y claudicante y pesaroso se lanzó al acaso.

La compasiva estanquera dióle á crédito un billete de lotería, con cuya venta podría obtener unas cuantas piezas de cobre.

Casi alegre instalóse cerca de una iglesia concurrida: allí, confundido entre falsos indigentes y ladronzuelos de baja estofa, cada vez que oía rumor de pasos, extendía la sarmentosa diestra ofreciendo su mercancía:

—Veinte mil pesos para hoy!

¡Ninguno compraba! Las señoras caritativas pasaban de largo, sin mirarle siquiera; alguna que otra jugadora fanática se detenía un instante, estudiaba el número, ajaba el sutil papel, sumaba trabajosamente las cifras, abría el grásiento portamoneda y después de embromar un buen rato marchábase impasible: ®

—No me gusta ese número!

Transcurrían las horas, pasaban violentas, fugitivas, implacables, aproximábase el momento del sorteo, el señor Juan se sentía desfallecido

por el hambre, pensaba con el corazón oprimido en los nietezuelos abandonados en el tugurio, y para olvidar el sufrimiento torturante que le embargaba, ofrecía el billete con suplicante y gemebunda voz:

— Veinte mil pesos para hoy!

Llegó un pillastrín, tomó el papel de la temblona mano que lo vendía, y después de cambiarlo por otro inútil, que devolvió al cuitado, se largó tarareando alegremente.

El señor Juan sentía morir, sus piernas vacilaban, sudaba copiosamente, y los síntomas de un vahido producido por su excesiva debilidad, le llenaban de terror.

Levantaba la velluda mano y llorando como una mujer exhibía su mercancía.

Una beata, entapujada y jibosa, que salía del templo acariciando las cuentas de la camándula, acaso atormentada por un remordimiento ó deseosa de ganar una indulgencia que atenuara el saldo de sus culpas, sintió piedad por el desvalido, detúvose ante él, tomó el billete, estornudó, calóse las obscuras gafas con chocante parsimonia, y luego de observarlo con prolijidad, dijo:

— ¡Es falso!

Y por su descomunal boca, bigotuda y tumefacta, se escapó un torrente de insultos y reprimendas.

Atraído por los ruidosos aspavientos de la vieja llegó un municipal, se informó del caso, y entonces el señor Juan, á golpes, empujones y bastonazos, seguido de una caterva de pilletes que silbaban y vociferaban, fué llevado á la Inspección de Policía, acusado de ladrón y escamoteador!

Protestaba su inocencia, pedía perdón por el delito que no había cometido, imploraba, sollozando, la piedad de sus verdugos... y todos relan y se burlaban sangrientamente!

El billete fué vendido.

Obtuvo el premio.

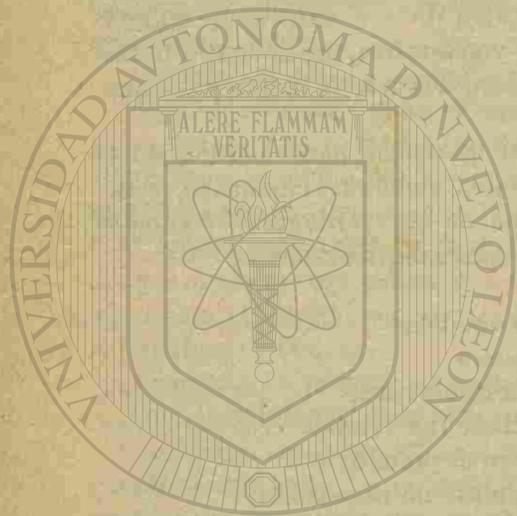
Lo compró un rico avaro.

Por qué el billete fué vendido...?

Por qué obtuvo el premio...?

Por qué lo compró un rico avaro...?

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

## INDICE.

	Págs.
Dedicatoria . . . . .	1
El Caso de Pedro . . . . .	17
Un Crimen Raro . . . . .	29
El Rey de las Gemas . . . . .	37
Amor Insulso . . . . .	47
Monografía . . . . .	109
El Viejo Error . . . . .	123
Escrutinio . . . . .	133
Dos Cartas . . . . .	143
La Muerta . . . . .	151
Dos Pasiones Trágicas . . . . .	169
La Obra Maestra . . . . .	179
La Crisis . . . . .	187
Diario de un Simple . . . . .	197
Conflicto Grave . . . . .	205
Instantánea . . . . .	





UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UJA

IDAD AUTÓNOMA DE  
CIÓN GENERAL DE

FEC